

¿Cuál está siendo la evolución
de la reacción social
contra la crisis?

5

Propuesta de horizonte ético: por una pedagogía de la indignación y la esperanza

COORDINADORES

María Silvestre
Imanol Zubero

AUTORES Y COLABORADORES

Xabier Aierdi
Iratxe Aristegui
Félix Arrieta
Eduarne Bartolomé
Usue Beloki
Galo Bilbao
Patricia Campelo
Ana Irene del Valle
Ane Ferrán
Jone Goirigolzarri

Marian Ispizua
Amaia Izaola
Germán Jaraiz
Rosalía Mota
Arantxa Rodríguez-Berrio
Peru Sasia
María Silvestre
Emma Sobremonte
Elisa Usategui
Imanol Zubero

Contenido

5.1. Introducción	399
5.2. De una indignación a otra(s)	404
5.3. La política en la era de la desconfianza	408
5.4. El retorno de los valores y las emociones	419
5.5. Populismos y xenofobia	423
5.6. Ansiedad por el estatus	437
5.7. Crisis de valores, valores en crisis: privación nostálgica, miedo y resentimiento	452
5.8. Compartir los miedos, educar la indignación, recuperar la esperanza	460
5.9. Conclusiones	469
5.10. Bibliografía	472

Capítulo 5

Propuesta de horizonte ético: por una pedagogía de la indignación y la esperanza

«Las sociedades en las que vivimos están marcadas por una dualidad irritante, difícil de resolver. Por un lado, en las últimas décadas ha aumentado el malestar con la situación socioeconómica, con las condiciones económicas y laborales; probablemente desde fines de la segunda guerra mundial no haya habido tanta gente indignada al mismo tiempo por las consecuencias políticas y sociales de la economía de mercado del capitalismo. Por otro lado, a esta indignación masiva parece faltarle una orientación normativa, un sentido histórico para delinear un objetivo de la crítica planteada, de modo que queda particularmente muda y replegada sobre sí misma; es como si al malestar generalizado le faltara la capacidad de pensar más allá de lo existente y de imaginarse un estado de la sociedad más allá del capitalismo. Este desacoplamiento entre la indignación y cualquier orientación hacia el futuro, entre la protesta y todas las visiones de algo mejor es una situación verdaderamente nueva en la historia» (Honneth 2017: 17).

5.1. Introducción

Cuando redactábamos el capítulo 6 del anterior Informe Foessa (Zubero, coord., 2014) nos situábamos en un contexto de crisis que, teniendo un evidente origen próximo en la quiebra catastrófica del modelo hipotecario de alto riesgo en Estados Unidos, respondía sin embargo a procesos estructurales de largo plazo: neoliberalización, desregulación, extensión de la lógica mercantil, acumulación por desposesión, etc. (Lorente y Cappella 2009; Ramonet 2009). Procesos en primera instancia económicos profundamente imbricados —de manera sinérgica en algunos casos, antagó-

nica en otros— con procesos de naturaleza cultural e ideológica que expresan diversos modelos y aspiraciones de lo que deben ser una sociedad y una vida buenas. En este contexto, la hipótesis que orientaba nuestra reflexión se desdoblaba en dos direcciones relacionadas entre sí:

- a) La manera en la que la crisis nos está afectando tiene mucho que ver con el tono moral que la sociedad española fue adquiriendo en los años anteriores a la explosión de la burbuja inmobiliaria-financiera.

b) La salida de la crisis —la dirección en la que tal salida se produzca— y el rumbo que la sociedad española escoja en el futuro van a depender en gran medida del tono moral que en estos años de crisis vayamos desarrollando.

Cuatro años después, en este VIII Informe volvemos sobre esta hipótesis para encontrarnos con un escenario ambivalente. Por un lado, toda la realidad de sociedad movilizadora, de innovación social, de auto-organización social, de prácticas sociales transformadoras que identificábamos y valorábamos entonces siguen activas y continúan siendo una muestra de capacidad cívica para afrontar con éxito situaciones de crisis (Subirats y García-Bernardos, eds. 2015; Blanco *et al.* 2015; Castells *et al.* 2017; Sánchez Hernández 2017; Pradel y García Cabeza, eds. 2018). A ellas se han sumado en tiempos más recientes otras movilizaciones, reivindicaciones y luchas de enorme simbolismo y potencial: la huelga feminista del 8 de marzo de 2018 (Moriána Mateo 2018), las movilizaciones de las y los pensionistas (Tricio 2019), los movimientos de sin papeles y manteros⁽¹⁾, la Marea Básica contra el paro y la precariedad (Marea Básica 2017), la lucha de las Kellys (Cañada 2015)⁽²⁾, las reivindicaciones de las trabajadoras y trabajadores del capitalismo de plataformas, etc.

Pero en los últimos cuatro años nuestra sociedad también está viviendo acontecimientos y procesos que apuntan a evoluciones futuras más preocupantes (eclosión de populismos excluyentes, euroescepticismo, renacionalización de la política, rechazo de la diversidad, etc.), a cuyo análisis dedicaremos una parte importante de este capítulo. Se trata de procesos que hace cuatro años eran más una posibilidad que una realidad: en aquel momento las expresiones de la acción social movilizadora contra la crisis y su gestión autoritaria se manifestaban fundamentalmente como prácticas

con vocación alternativa, solidaria, fundadas en la colaboración y la autogestión en el marco local. Pero en aquel momento ya apuntábamos a la existencia de un potencial disruptor de este escenario de cambio social conformado por los que denominábamos *círculos viciosos de la economía moral del bienestar* (Zubero, coord., 2014: 421-422), que caracterizábamos así:

1. El *círculo de la desconfianza*: la corrupción, real o percibida, refuerza la desafección institucional, el desapego político y el relativismo ético, con la consecuencia de un debilitamiento de la cultura cívica y su sustitución por una cultura *cínica*.
2. El *círculo del resentimiento*: el asalariado medio, el que tiene nómina, siente que está perfectamente controlado por Hacienda; sin embargo, considera que otras personas, menos controladas que él (profesionales liberales, autónomos, rentas más altas) defraudan; lo que le provoca un profundo malestar, que le lleva a relacionarse con los impuestos en términos exclusivamente de coerción; por lo que exigirá recibir servicios que supongan un «retorno» equivalente a los impuestos que paga. El resultado en la conversión del ciudadano en *cliente*, lo que dificulta la fundamentación ética de la fiscalidad, su consideración como deber de solidaridad, para quedar reducida a mera exacción o, en el mejor de los casos, a inversión privada a la espera de contraprestación en forma de servicios provistos públicamente, pero consumidos individualmente.
3. El *círculo de la impotencia política*: quienes creen que el poder político está condicionado por los intereses del poder económico se muestran menos satisfechos con la democracia, confían menos en la capacidad de la política para reducir las desigualdades económicas y evalúan más negativamente la calidad de los servicios públicos. El resultado es el crecimen-

(1) <http://manteros.org/>

(2) <https://laskellys.wordpress.com/quienes-somos/>

to de la *desafección* política y, como consecuencia, un mayor debilitamiento de la política democrática.

4. El *círculo de la exclusión*: la exclusión social y el abstencionismo electoral se solapan, generando una radical exclusión política de las personas y los colectivos más vulnerables y más necesitados de la existencia de un Estado de bienestar consolidado. El resultado es el *desempoderamiento* de las personas y los colectivos que objetivamente más partidarios deberían ser de un Estado de bienestar universalista.
5. El *círculo de la precarización laboral*: la dualidad del mercado de trabajo hace que el Estado de bienestar sea poco redistributivo, beneficiando más a los trabajadores estables que a los desempleados o a los trabajadores precarios. Como consecuencia, se produce la paradoja de que los grupos sociales con menos recursos económicos son más partidarios de las políticas redistributivas, pero no tanto de una expansión del Estado de bienestar que implique un aumento de impuestos. El resultado es un reforzamiento de la ambivalencia ciudadana ante el Estado de bienestar.
6. El *círculo del sentimiento de desamparo*: aunque son las clases bajas las que más están perdiendo con la crisis, la recomposición del discurso ciudadano sobre el Estado de bienestar parece estar siendo impulsada por unas clases medias que se sienten maltratadas por el poder político y agraviadas frente a otros colectivos sociales que, en su opinión, reciben muchas más ayuda y protección del Estado. El resultado es la *ruptura de la universalidad* y la conversión del espacio de las políticas sociales en un campo de lucha entre grupos de interés.

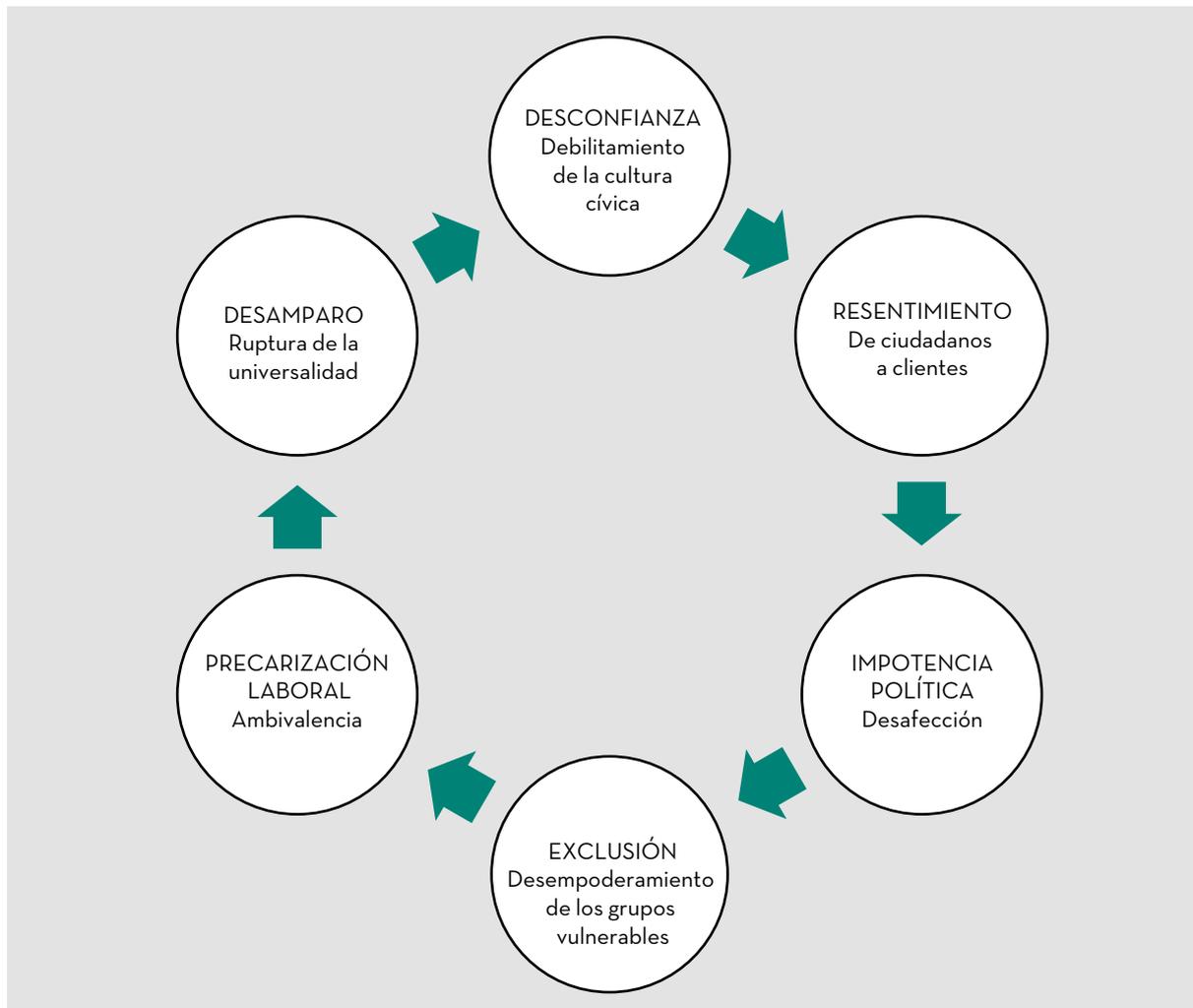
Cada uno de estos círculos viciosos, decíamos entonces, actúa socialmente según la lógica de la *profecía que se cumple a sí misma*, alimentando

dinámicas que acaban por tener como resultado más desafección, más impotencia, más cinismo, más inseguridad, más competencia (figura 5.1).

Si nos fijamos bien, comprobaremos que todos esos «vicios» circulares tienen algo en común: todos surgen de, o afectan a, ese poroso grupo social que se ha dado en llamar «clases medias»; las personas que constituyen este colectivo son quienes acaban de sufrir una pérdida de seguridad (descenso salarial o pérdida de empleo), o sienten miedo por su futuro (pensiones) o el de sus hijas e hijos (movilidad social descendente), o se sienten amenazadas por otros colectivos (inmigrantes, clases bajas).

Según la Encuesta EINSFOESSA 2018, «el 13% de la población, 6 millones de personas, que se sitúan en el espacio de la integración se encontrarían en una posición de gran debilidad, viviendo tan al día que un ligero empeoramiento en la situación socioeconómica haría que sus posibilidades de transitar a la exclusión sean muy elevadas» (Comité Técnico de la Fundación FOESSA, 2018: 17). Cabe pensar que, si dicho empeoramiento se produjera, gran parte de estos seis millones reforzaría, aún más si cabe, los valores que inspiran y sostienen los círculos y que cuestionan un modelo de bienestar universal o que limitan la legitimidad de su crecimiento. De ellas depende en gran medida cuál sea la evolución futura de las políticas sociales y del Estado de bienestar. Las hemos identificado como «clases medias», recurriendo a un concepto científicamente vago y políticamente problemático (Gayo 2013), pero es una forma sencilla de resumir una historia compleja y prolongada en el tiempo, narrada magistralmente por la historiadora Selina Todd (2018): la conversión, a lo largo de las tres cuartas partes del siglo XX, de la clase obrera, asociada en su origen a la pobreza y la necesidad, en la gente, en el pueblo. Esa gente (normal), ese pueblo (llano), esas clases (medias), somos nosotras y nosotros: quienes trabajamos a cambio de un salario o nos ganamos la

FIGURA 5.1. Los círculos viciosos de la economía moral del bienestar



Fuente: Elaboración propia.

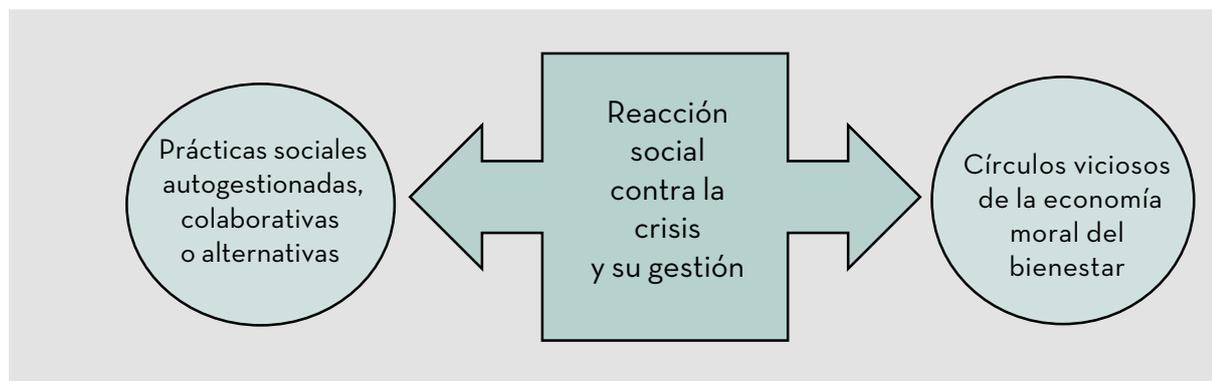
vida en actividades autónomas; las personas que encontramos en los sindicatos, en el funcionariado, en la universidad, en los partidos, en las manifestaciones, en los colegios electorales... Es por ello que tienen (tenemos) la capacidad de ejercer como votantes decisivos⁽³⁾. Pero si, en el escenario de la competencia electoral, las políticas públicas se orientan fundamentalmente hacia unas

clases medias que en los países más desarrollados «se perciben a sí mismas como si estuvieran social y culturalmente amenazadas» (Nachtwey 2017: 165), el efecto redistributivo de gasto social en España, ya muy limitado por favorecer más a colectivos en situación de bienestar relativo (trabajadores indefinidos, pensionistas...) que a los colectivos en situación más precaria (*outsiders* laborales) se reduciría aún más.

(3) Se considera tal a aquellas personas o grupos de electores que, con su voto, consiguen inclinar la balanza política en favor de sus intereses.

Recordemos, en este sentido, la famosa «curva del elefante» de Christoph Lakner y Branko Milanovic

FIGURA 5.2. Bifurcaciones de la acción social contra la crisis



Fuente: Elaboración propia.

(2016), mediante la que estos investigadores plasman la evolución de los ingresos medios en el mundo entre 1988 y 2008⁽⁴⁾. En una mirada general, los datos indican que a lo largo del período considerado el mundo ha experimentado un importante crecimiento económico, por encima de un 20%, pero su distribución por regiones del mundo y grupos sociales ha sido muy desigual. Las personas que se identifican con las nuevas clases medias emergentes en países de rápido crecimiento como India o China, han experimentado un impresionante crecimiento de sus ingresos, que supera el 80%. También las personas más ricas del mundo, las que se sitúan en el percentil más elevado (el famoso 1%), ha visto aumentar sus ingresos por encima del 60%. Pero en este escenario de crecimiento global, aparece un colectivo que apenas se ha beneficiado del mismo, e incluso ha visto cómo sus ingresos se estancaban o disminuían: se trata, esencialmente, de las clases medias y medias bajas de Europa y Estados Unidos, a las que la globalización no les ha reportado los beneficios que se prometían.

De ahí que en el Informe anterior ya señaláramos que muchas investigadoras e investigadores rela-

cionaban el ascenso de los populismos de derechas en Europa con la movilización política de unas clases medias que sentían amenazado su estatus socioeconómico; y citábamos a Tony Judt: «Si podemos tener democracia, la tendremos. Pero, sobre todo, queremos seguridad. A medida que aumentan las amenazas globales, el orden ganará en atractivo» (Judt 2010: 206). Desde la perspectiva estricta del interés, ya sea como ganadoras que aspiran a mantener su situación de bienestar, ya como perdedoras que luchan contra el deterioro de su situación, las clases medias pueden acabar promoviendo la ruptura del universalismo característico del Estado de bienestar socialdemócrata.

En el presente informe conectamos con aquello que ya apuntábamos en 2014: la posibilidad de que la reacción social contra la crisis y su gestión austerioraria pudiera evolucionar en el sentido de un *experimentalismo democrático* (Unger 1999), de la construcción de utopías reales (Wright 2014) a través de la proliferación y fortalecimiento de unas prácticas sociales que se enfrentaban a las peores consecuencias de la crisis, a la vez que cuestionaban sus causas; pero también el riesgo de que la consolidación de ese escenario de círculos viciosos anillados impulsara una cultura de la desconfianza y el resentimiento (figura 5.2).

⁽⁴⁾ https://elpais.com/economia/2016/07/21/actualidad/1469113402_924600.html

5.2. De una indignación a otra(s)

En febrero de 2018 la revista *Letras Libres* publicaba un número cuya portada estaba dedicada a «La era de la indignación»⁽⁵⁾. Pero, bajo este epígrafe, lo que se abordaba era la crítica a esa nueva ola de corrección política que, según algunas opiniones, se habría convertido en los últimos tiempos en una peligrosa deriva hacia la censura, cuando no directamente hacia un fascismo blando, pero no por ello menos grave: «El escándalo no ha muerto. Al contrario: parece que surgen nuevas formas de censura, y cada vez son más frecuentes las peticiones de retirar obras de arte y los intentos de acallar voces que se consideran ofensivas. Estos esfuerzos represivos siempre se hacen en nombre de las buenas intenciones: antes partían de los conservadores, pero ahora también surgen de sectores progresistas». ¡Qué diferencia con aquella portada de la revista *Time* dedicada a «The protester», el manifestante, elegido personaje del año en 2011, y encarnado entre otras por cuatro personas participantes en el 15M!⁽⁶⁾

¿Qué ha cambiado en estos últimos siete años para que un concepto como «indignación», que en 2011 sirvió para dar nombre a un ciclo de protesta política que se extendió prácticamente por todo el mundo (Fernández, Sevilla y Urbán 2012; Castañeda 2012; Tejerina *et al.* 2013; Jasper 2014; Bringle y Pleyers 2017; Gerbaudo 2017), pase ahora a redefinirse en términos de censura? Una somera búsqueda de referencias relacionadas con esta cuestión nos indica que no se trata de una simple y esperable deriva desde una inicial situación carismática hasta una fase de rutinización (en términos de Max Weber), o desde una experiencia de estado naciente hasta un momento de institucionalización (siguiendo a Francesco Alberoni). No. Más allá de este destino que la sociología prescribe para toda realidad social

—el paso desde una situación inicial de entusiasmo, creatividad y apertura hasta otra de institucionalización, habituación y agotamiento— parecería que el impulso originario que caracterizó aquel «espíritu del 2011» se ha transmutado en su opuesto.

Desde dentro o desde los entornos del 15M se ha criticado su giro electoralista (Díaz Parra y Jover 2017), la clausura de un ciclo de protesta con el surgimiento de unas nuevas élites políticas adaptadas a la actividad institucional (Rodríguez 2016) o, incluso, su contribución a generar una indignación sin serenidad que ha sido aprovechada por la extrema derecha (García Montero 2018). Desde fuera del 15M hay quien concluye que «la indignación se quedó en un gesto improductivo» (Innerarity 2018), quien acepta que «del 15-M ha quedado una conciencia más aguda de exigencia democrática [pero] no ha habido cambio político y no hay realmente nueva política» (Bayona 2018), y quien recupera/arrebata aquella indignación de entonces para transformarla en esperanza bienestarista sobre la base de unas políticas levemente socialdemócratas (Díez 2017).

¿Cuál es la huella que ha dejado el 15M en la sociedad española? No es fácil responder a esta pregunta. Existe, por supuesto, una experiencia personal del 15M, una experiencia que, en realidad son centenares de miles: profundas, intransferibles, inconmensurables⁽⁷⁾. Entre los miles de lemas, que proliferaron en 2011, hubo uno, escrito a mano en un sencillo pliego de papel, que llamaba poderosamente la atención: «Nosotros, los de Sol, ya no somos los mismos»⁽⁸⁾. En efecto, para mu-

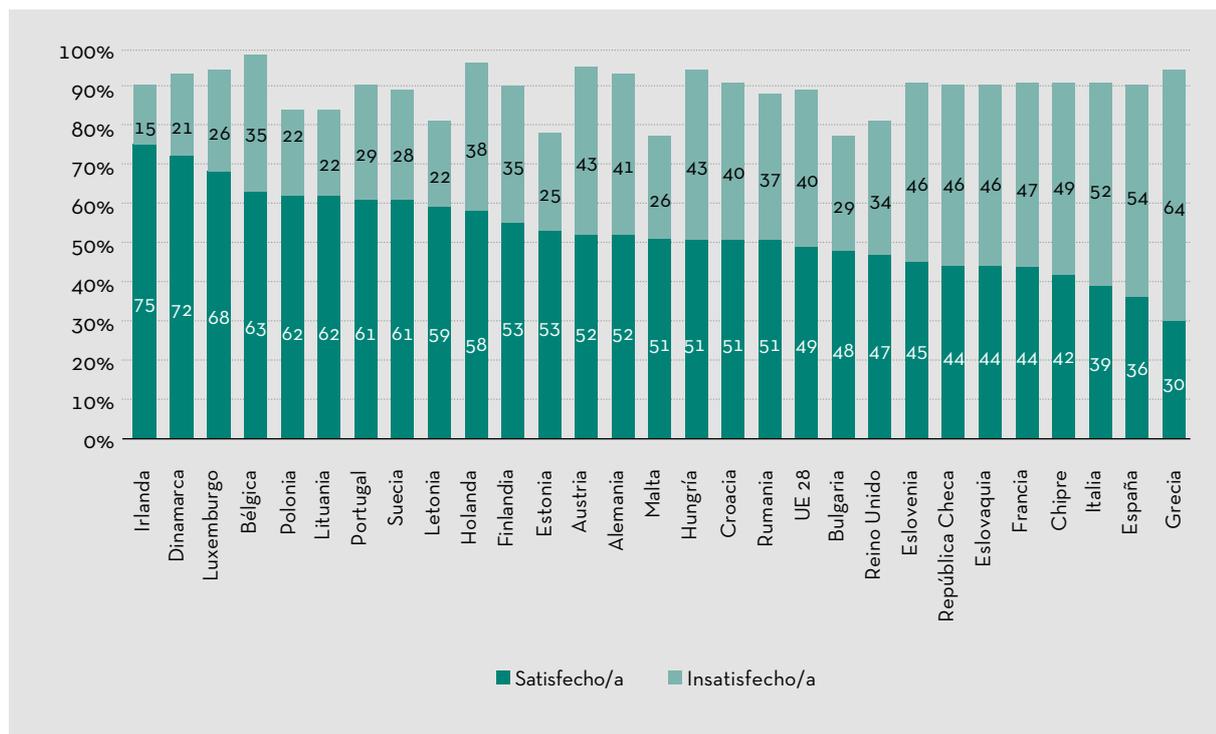
(5) *Letras Libres*, n. 197 2018. <https://www.letraslibres.com/espana/revista/la-era-la-indignacion>

(6) <http://content.time.com/time/person-of-the-year/2011/>

(7) <https://www.vice.com/es/article/j5kxd4/15m-madrid-espana-7-anos-despues-inigo-erregon>

(8) La fotografía, tomada en mayo de 2011 por Imanol Zubero, puede verse aquí: <https://imanol-zubero.blogspot.com/2011/05/ayer-me-pase-un-buen-rato-empapandome.html>

GRÁFICO 5.1. Porcentaje de personas que se declaran satisfechas/insatisfechas con el funcionamiento de la democracia en los distintos países de la Unión Europea. 2018



Fuente: Elaboración propia a partir del Eurobarometer Survey 90.1, octubre 2018.

chas personas jóvenes el 15M ha sido una experiencia generacional de politización fundamental (Benedicto y Ramos 2018).

Existe también una huella institucional, objetiva: fin del bipartidismo, aparición de nuevas fuerzas políticas, nuevo municipalismo. Se ha producido una profunda reconfiguración del sistema de partidos, en parte por la creciente diferenciación en el electorado según la variable edad (Ahumada 2018); también ha aumentado la insatisfacción con la democracia y la desconfianza hacia los partidos políticos: España es en la actualidad uno de los países de la Unión Europea donde más personas se muestran insatisfechas con el funcionamiento de la democracia (gráfico 5.1).

Si atendemos a la Encuesta de la Fundación FOESSA, que inspira y motiva este informe, cons-

tatamos que la satisfacción con la democracia disminuye a medida que aumenta la exclusión social. Atendiendo a las cuatro categorías que contempla el informe, integración plena, integración precaria, exclusión moderada y exclusión severa, observamos que quienes se sitúan en los ámbitos de exclusión muestran mayor insatisfacción por la democracia en España (tabla 5.1).

La diferencia es mayor en la opción de respuesta «satisfecho», que obtiene un valor de 21,5% entre quienes se integran plenamente, es decir, una persona de cada cinco, mientras que tan solo alcanza el valor de 13,4% entre quienes están en una situación de exclusión severa.

En todo caso, resulta difícil sustraerse a la sensación de que, tras unos pocos años, las aguas de la normalidad política, económica y cultural están volviendo

TABLA 5.1. Porcentaje de personas que se declaran satisfechas/insatisfechas con el funcionamiento de la democracia en España en función del grado de integración social. 2018

	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Total
Muy insatisfecho	17,4	21,2	24,7	23,5	20,3
Insatisfecho	33,3	34,4	34,9	39,1	34,5
Ni satisfecho ni insatisfecho	25,8	25,0	22,2	22,3	24,8
Satisfecho	21,5	18,0	17,3	13,4	18,9
Muy satisfecho	1,9	1,4	1,0	1,6	1,5
	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia a partir de la EINSFOESSA, 2018.

a los cauces por los que discurrían antes de 2011. ¿No hemos aprendido nada? Una encuesta reciente sobre el impacto de la crisis a los diez años de su inicio ofrece resultados sumamente preocupantes:

- Tras diez años desde el inicio de la crisis, la mayoría de las personas encuestadas considera que España es en la actualidad un país con peor calidad del empleo (78%), más pobreza (73,6%), más desigualdad social (67,4%) y menor desarrollo económico (58,5%).
- El 84,4% de las personas encuestadas considera que no hemos salido de la crisis, aun cuando algunos indicadores puedan mostrar cierta mejora.
- El 93% afirma que la crisis ha supuesto más sacrificios para las personas que menos tienen.
- A pesar de todo, las instituciones consideradas responsables de la crisis no parecen haber aprendido nada de la misma: el 66% no cree que los empresarios estén dispuestos a renunciar a parte de sus beneficios para aumentar los salarios, el 61% no cree que los gobiernos prioricen las necesidades de la ciudadanía frente a las necesidades de los mercados, y el 57,8% no cree que el sector financiero se preocupe por el interés general.

- Tal vez por ello, el 81,7% de las personas encuestadas está convencida de que España sufrirá una nueva crisis en los próximos cinco años, y tan solo un 3% considera que se han puesto en marcha los mecanismos y regulaciones suficientes para su prevención.
- Los únicos datos positivos que se desprenden de esta encuesta son los que se refieren a las transformaciones experimentadas por la ciudadanía española a lo largo de este decenio de crisis, que se habría vuelto más dispuesta a realizar sacrificios (48%), más participativa (42,4%) y más solidaria (40,8%), aunque también más materialista (34,7%)(9).

Por su parte, la Encuesta sobre la Resiliencia de los Hogares en España de la Fundación FOESSA (ENREFOESSA 2017), centrada en la capacidad de los hogares y de las familias para afrontar el futuro, recoge el dato de que «solo un 9% de los hogares bajo el umbral de la pobreza percibe, en estos momentos, la recuperación económica en sus condiciones de vida» (Comisión Técnica Fundación FOESSA 2017: 4). Según esta encuesta, para el 50,1% de la población española la situación para afrontar pe-

(9) <https://ep00.epimg.net/descargables/2018/11/10/34eac e53ebccda0639767f6e249fbf8.pdf>

ríodos de crisis habría empeorado, lo que significa que «la red de seguridad con la que cuentan las familias españolas se ha debilitado en más de la mitad de los hogares especialmente, en la capacidad de ahorrar, el ahorro acumulado, la capacidad para hacer frente a una reforma necesaria de vivienda, la capacidad de comprar cosas y la capacidad para resistir una nueva crisis económica en general» (Comisión Técnica Fundación FOESSA 2017: 5). Cuestiones claves para mantenerse a flote si atendemos a los tipos de afrontamiento y apoyos que suelen utilizar las familias en situación de exclusión moderada o severa (Díez *et al.* 2018).

En este año 2018 en el que se conmemora el 50 aniversario de aquel otro mayo de indignación y esperanza (Romanos 2018), el destino del mayo español de 2011 parece seguir los mismos pasos que su antecesor francés: «Papá, cuéntame otra vez...». Aunque se reivindicquen las «persistentes potencias del 15M», se denuncia la conversión de sus expresiones más institucionalizadas (Podemos, Mareas y Confluencias) en poco más que un proyecto de recambio de élites políticas (Rodríguez 2016: 177-178); o en un programa *ciudadanista* levemente reformista, perfectamente adaptado a las contradicciones existenciales de unas clases medias amenazadas por la exclusión, que no aspiran a cambiar un sistema capitalista al que confían su bienestar, sino a reducir sus aristas más duras por la vía de su reforma moral (Delgado 2016). De ahí el balance agrídulce que, año tras año, ha venido haciéndose de la evolución del acontecimiento 15M, hasta culminar en cuestionamientos tan agrios como el siguiente:

¿Qué fue de toda aquella fuerza, de aquel enorme caudal de nueva política que iba a regenerar la vida pública y darle la vuelta como a un calcetín? ¿Dónde se ha perdido, dónde se ha disipado, dónde se ha dilapidado, quién lo ha hecho? ¿Qué fue de la indignación y de los indignados, ahora que sigue la desigualdad, y siguen los desahucios, y los escándalos de corrupción, y los abusos del poder, y el drama de

los jóvenes con futuro gris o directamente negro, y tantos otros graves problemas de los de hace siete años? (Escolar 2018).

Cabría incluso pensar que aquella indignación de 2011 ha dado paso a otras indignaciones, que son las que marcan la agenda social y política en la actualidad: la del movimiento feminista (la histórica huelga general feminista del 8M, el movimiento MeToo, las movilizaciones contra la justicia patriarcalizada), la que más elementos en común tiene con el ciclo abierto por el 15M; pero también otras protestas aparentemente más alejadas, por sus contenidos o por sus protagonistas, de la indignación de 2011: las movilizaciones de los pensionistas, el liderazgo creciente de los Comités de Defensa de la República en el *procés* catalán o, incluso, la emergencia del voto ultraderechista reflejado en la irrupción de Vox en las elecciones andaluzas.

La indignación sigue aquí: viva y presta a ser activada. Otra cosa es cuál sea el detonante que la provoque y cuál el referente sociopolítico que la canalice. Como recuerda Daniel Innerarity, «el cuadro de las indignaciones estaría incompleto si no tuviéramos en cuenta su ambivalencia y cacofonía. El disgusto ante la impotencia política ha dado lugar a movimientos de regeneración democrática, pero también está en el origen de la aparición de esa «derecha sin complejos» que avanza en tantos países» (Innerarity 2016).

Reflexionar sobre estas *bifurcaciones de la indignación* nos permitirá analizar las transformaciones que se han producido en el marco de valores de la sociedad española desde que se publicara el anterior Informe Foessa en 2014 **(10)**.

(10) Para profundizar en esta temática puede consultarse el Documento de trabajo 5.1. *La reorganización de los valores sociales durante la crisis: evidencias de la encuesta europea de valores*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.

TABLA 5.2. Porcentajes de voto válido y de escaños en el Congreso obtenidos por los dos principales partidos políticos españoles en las elecciones generales. 1977-2016

	1977	1979	1982	1986	1989	1993	1996	2000	2004	2008	2011	2015	2016
Voto	63,7	65,2	74,5	70,1	65,4	73,6	76,4	78,7	80,3	83,8	73,4	50,7	55,6
Escaños	81,1	82,6	88,3	82,6	80,6	85,7	84,9	88,0	89,1	92,3	84,6	60,9	63,4

Fuente: Metroscopia, 2017(11). Elaboración propia. En 1977 y 1979 la suma es de los partidos UCD y PSOE. A partir de esa fecha, son PSOE y AP/PP.

5.3. La política en la era de la desconfianza

Decíamos en el apartado anterior que algunos de los efectos más objetivos del ciclo histórico abierto como consecuencia de la crisis de 2008 son los que pueden constatarse en el campo político. Un resumen bastante adecuado de estos efectos puede formularse en los siguientes términos:

Quizás uno de los legados del 15M puede ser el haber contribuido a crear una sociedad políticamente más crítica e inconformista. Y, a nivel institucional, el haber propiciado, a partir del caldo de cultivo del malestar social en el que han crecido los nuevos partidos, una mayor fragmentación política que puede generar una nueva cultura política en la que estén mejor representados los diferentes intereses y demandas de la sociedad española (Romero 2017).

La cuestión de la fragmentación política parece más que evidente: si nos fijamos en los porcentajes de voto válido y de escaños en el Congreso obtenidos por los dos principales partidos políticos españoles en las elecciones generales celebradas entre 1977 y 2016, comprobamos que a partir de 2015 el bipartidismo característico del sistema de partidos español se transforma en un sistema multipartidista (tabla 5.2), con cuatro partidos (PP, PSOE, Podemos y Ciudadanos) rondando o superando el 20% de los votos.

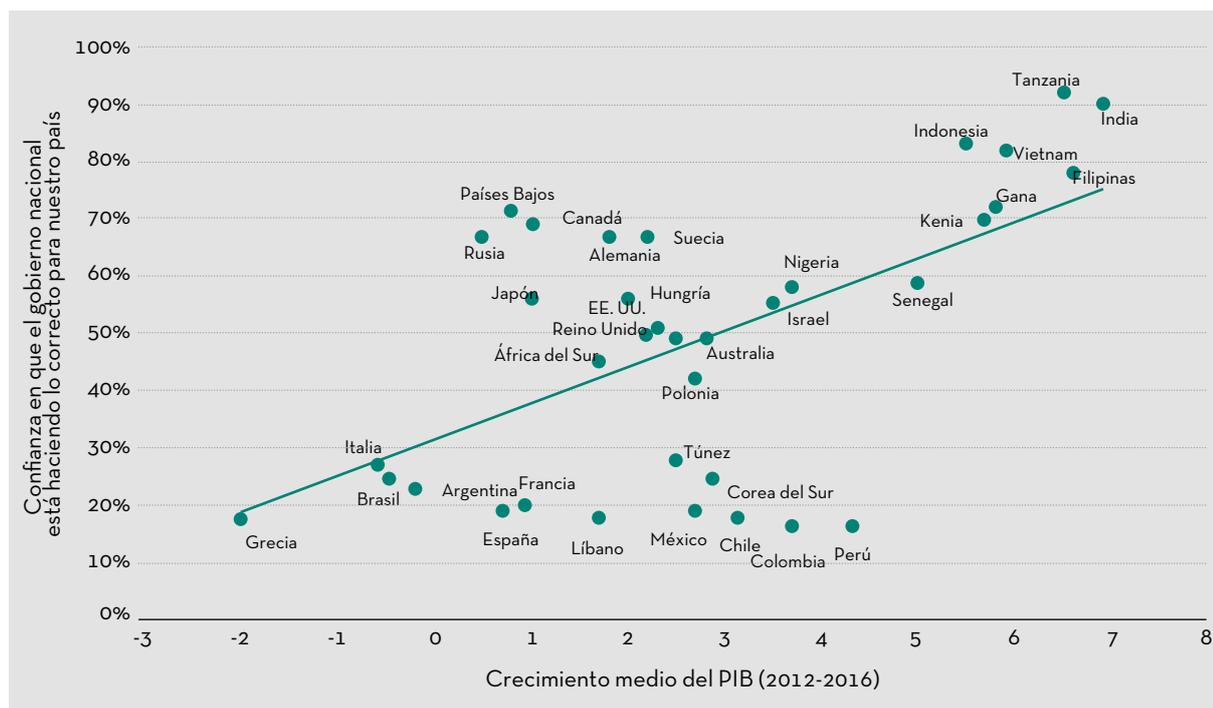
Siguiendo con los indicadores objetivos que nos ilustran sobre los cambios experimentados por la sociedad española desde 2011, ya hemos señalado en el apartado anterior que España es uno de los países de la Unión Europea donde más personas se muestran insatisfechas con el funcionamiento de la democracia: un 54%, solo por debajo de la castigadísima Grecia (64%).

Existe abundante evidencia empírica que permite sostener la tesis de que los factores económicos tienen una importancia crucial a la hora de explicar los cambios en la confianza ciudadana hacia los gobiernos y las instituciones políticas en general, y ello tanto en el nivel individual como en el nacional (Jiménez Díaz 2013; Polavieja y Gallie 2013; Kroknes, Jakobsen y Grønning 2015; Raffini, Peñalva y Alaminos 2015; Foster y Frieden 2017). Si la economía va bien, nuestras opiniones y actitudes políticas, en general, mejoran. Parece una cuestión de Perogrullo: primero vivir, luego filosofar. Un ambicioso estudio del Pew Research Center (2017) detecta una alta correlación entre la situación económica de un país (medida en términos de crecimiento medio del PIB entre 2012 y 2016) y la confianza de la gente en sus respectivos gobiernos (gráfico 5.2).

Como vemos, España se encuentra entre los países en los que la confianza hacia el gobierno es menor, tal como ocurre con otros países de bajo crecimiento económico. Se llega a hablar de «prociclicidad» (*procyclicality*) o de la orientación procíclica de esta variable, la confianza política, en nuestro país, fuer-

(11) <http://metroscopia.org/ciclos-electorales-del-bipartidismo-al-cuatripartidismo/>

GRÁFICO 5.2. Relación entre confianza en el gobierno y crecimiento del PIB en distintos países. 2012-2016



Fuente: Pew Research Center, 2017.

temente dependiente de la evolución de la economía (Caballero y Álvarez-Díaz 2018).

Sin embargo, el estudio de Pew nos ofrece un dato que, en nuestra opinión, resulta mucho más llamativo que esta esperable relación entre confianza política y situación económica: España es uno de los países en los que la percepción negativa o positiva de la situación económica incide en menor medida en la confianza en el gobierno (tabla 5.3). Frente a diferencias de 60 puntos porcentuales en el caso de Italia, o superiores a 45 en Holanda, Suecia, Hungría o Alemania, España se queda en los 32 puntos, solo por encima de Francia y de Estados Unidos (entre los países económicamente más desarrollados). Y aun así hay que tener en cuenta que en Estados Unidos la confianza en el gobierno es elevadísima entre quienes tienen peor percepción de la situación económica, y algo superior a la española en el caso de Francia.

Han transcurrido ocho años desde aquella primavera de 2011 en la que, a ojos de algunos de los más avezados analistas de los procesos sociales contemporáneos, «eran evidentes los síntomas de una nueva era revolucionaria, una época de revoluciones encaminadas a explorar el sentido de la vida más que a tomar el poder en el estado» (Castells 2012: 14). Desde entonces han mejorado sensiblemente las expectativas sobre la situación económica, tanto la del país como las personales. Como consecuencia, la preocupación por el paro o por los problemas de índole económica ha disminuido en veinte puntos porcentuales. Sin embargo, en España continúa predominando una valoración muy negativa de la situación política, en niveles prácticamente iguales a los que se daban en abril de 2011 (tabla 5.4).

En particular, llama la atención que el posicionamiento ideológico de la ciudadanía española se mantenga prácticamente constante (con un ligero

TABLA 5.3. Relación entre confianza en el gobierno y opinión sobre la situación económica actual del país. 2017 (%)

	La situación es mala	La situación es buena	Diferencia
Venezuela	16	79	+ 63
Italia	16	76	+ 60
Holanda	22	78	+ 56
Suecia	22	75	+ 53
Hungría	36	85	+ 49
Alemania	30	76	+ 46
Rusia	46	89	+ 43
Túnez	20	62	+ 42
Argentina	12	54	+ 42
Israel	26	67	+ 41
Japón	41	81	+ 40
Jordania	41	80	+ 39
Canadá	44	82	+ 38
Reino Unido	28	66	+ 38
India	55	92	+ 37
Nigeria	39	76	+ 37
Polonia	17	54	+ 37
Australia	28	62	+ 34
Indonesia	63	95	+ 32
España	9	41	+ 32
Corea del Sur	18	49	+ 31
Filipinas	57	86	+ 29
Sudáfrica	32	59	+ 27
Francia	15	41	+ 26
México	11	35	+ 24
Senegal	42	65	+ 23
Líbano	13	35	+ 22
Colombia	4	26	+ 22
Kenya	59	79	+ 20
Brasil	20	39	+ 19
Estados Unidos	42	58	+ 16
Chile	7	23	+ 16
Perú	3	18	+ 15
Ghana	64	77	+ 13
Tanzania	82	94	+ 12

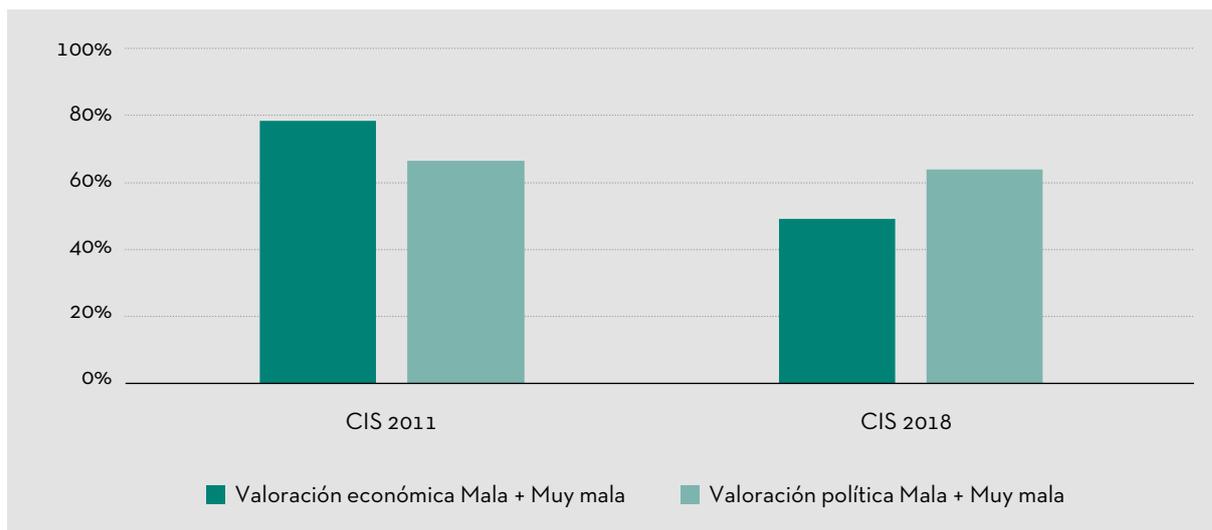
Fuente: Elaboración propia a partir de Pew Research Center, 2017.

TABLA 5.4. Evolución de la opinión sobre determinadas cuestiones entre abril de 2011 y septiembre de 2018 (%)

		Abril 2011	Sept. 2018
Valoración de la situación económica actual de España	Buena + Muy buena	2,0	6,2
	Regular	19,0	44,1
	Mala + Muy mala	78,4	49,1
La situación económica actual del país es mejor, igual o peor que hace un año	Mejor	5,3	18,8
	Igual	35,1	55,2
	Peor	57,6	24,2
Cómo calificaría su situación económica actual	Muy buena + Buena	25,7	31,2
	Regular	49,5	46,8
	Mala + Muy mala	24,4	20,3
Valoración de la situación política actual de España	Buena + Muy buena	3,4	4,5
	Regular	25,6	28,7
	Mala + Muy mala	66,5	63,8
La situación política actual del país es mejor, igual o peor que hace un año	Mejor	3,3	14,4
	Igual	56,9	47,4
	Peor	35,2	34,4
Principales problemas de España (multi-respuesta)	Desempleo / paro	82,5	60,7
	Problemas de índole económica	47,2	24,8
	Los/as políticos/as en general, los partidos, la política	21,5	19,2
	Inmigración	12,0	15,6
	Educación	5,2	8,4
	Corrupción y fraude	5,1	25,2
Piensa que es muy, bastante, poco o nada probable que durante los próximos doce meses pierda su empleo actual	Muy probable	5,6	3,0
	Bastante probable	13,9	8,6
	Poco probable	43,1	37,9
	Nada probable	32,1	41,7
Posicionamiento izquierda (1) - derecha (10)	1-2	7,3	9,2
	3-4	27,4	26,5
	5-6	35,1	33,9
	7-8	10,4	10,4
	9-10	2,2	2,2
Suponiendo que mañana se celebrasen elecciones generales, ¿a qué partido votaría?	PSOE	20,5	18,6
	pp	27,1	12,9
	IU (ICV en Cataluña)	4,1	-
	Unidos Podemos / En Comú Podem / Compromis / En Marea	-	9,8
	Nacionalistas (CiU, PNV, ERC, BNG, NaBai / PNV, ERC, PDeCAT, EH Bildu)	4,1	5,0
	UPyD	2,5	-
	Ciudadanos	-	12,3
	Blanco	5,8	3,6
	No votaría	12,9	11,7
	No sabe todavía	17,4	19,9

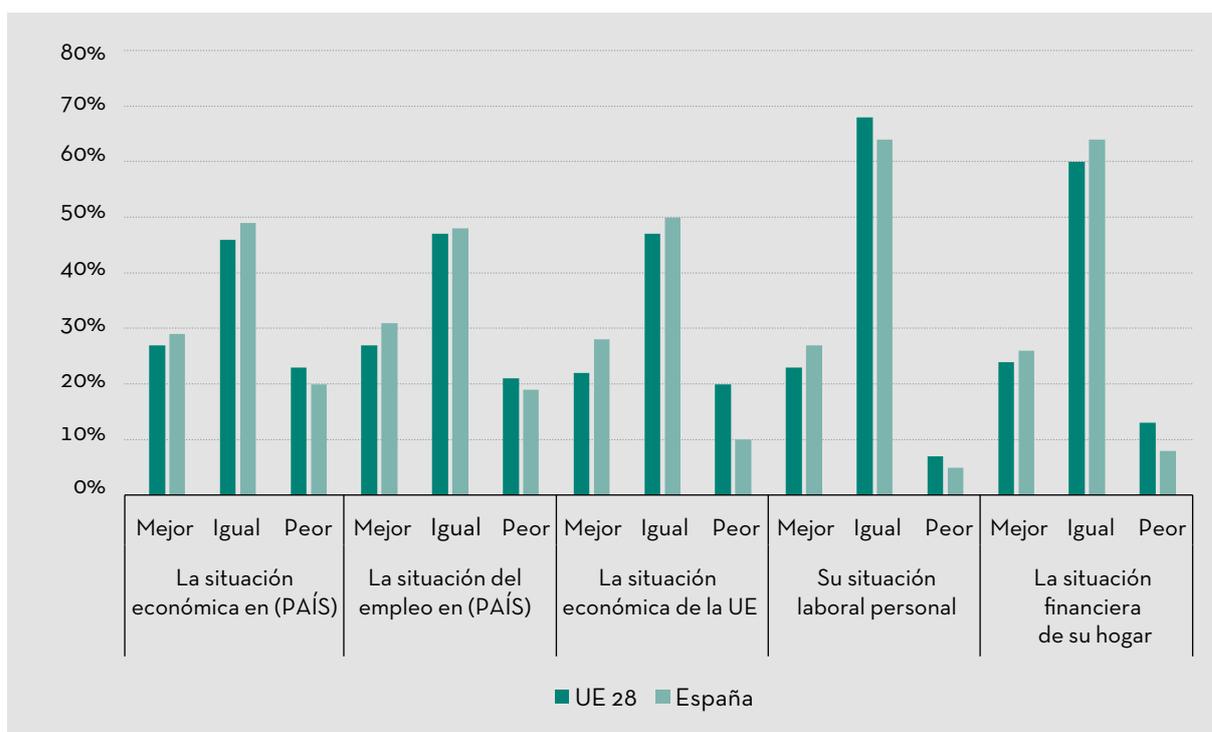
Fuente: Elaboración propia a partir de CIS, barómetros de abril 2011 (n.º 2.885) y septiembre 2018 (n.º 3.223).

GRÁFICO 5.3. Valoración «Mala+Muy mala» de la situación económica y política en España, comparación. 2011-2018



Fuente: Elaboración propia a partir de CIS, barómetros de abril 2011 (n.º 2.885) y septiembre 2018 (n.º 3.223).

GRÁFICO 5.4. ¿Qué expectativas tiene para los próximos 12 meses: serán mejores, peores o iguales, en relación a...? 2017



Fuente: Elaboración propia a partir del Eurobarómetro Standard 88, otoño 2017.

incremento de quienes se posicionan en la extrema izquierda), así como el hecho de que, a pesar de la aparición de nuevas fuerzas políticas, el porcentaje de ciudadanas y ciudadanos que no votarían en unas elecciones generales o no saben si lo harían haya vuelto a los niveles de 2011.

Podríamos decir que se ha consolidado una opinión sumamente crítica con la política y sus principales agentes que, de alguna manera, se ha desacoplado de la opinión sobre la situación de la economía (gráfico 5.3). De manera que si en 2014 se podía afirmar que «se había abierto una auténtica crisis política en paralelo a la crisis económica todavía pendiente de resolver» (Gil Calvo 2014: 42), hoy comprobamos que la virtual resolución de la crisis económica o, cuando menos, de sus expresiones más gravosas, no parece suficiente para llevar las aguas de la política a su cauce anterior.

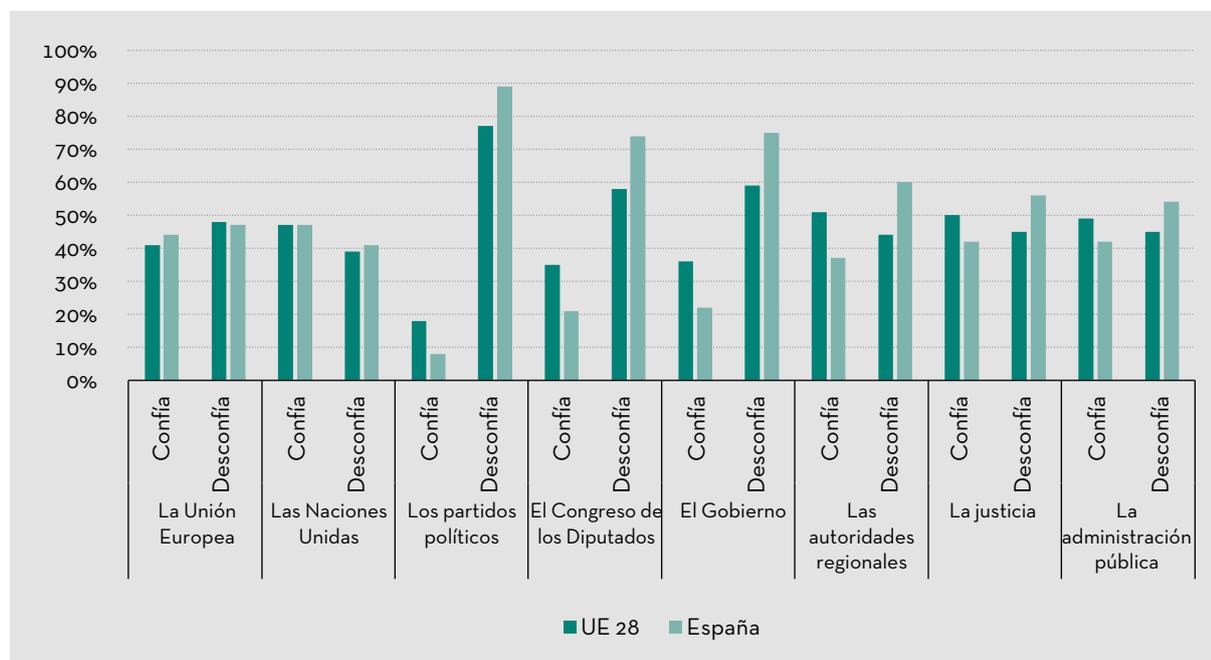
Este fenómeno de desacoplamiento, que se observa también en la EINFOESSA 2018, se muestra

con mayor claridad si comparamos el caso español con lo que ocurre en el conjunto de la Unión Europea. Utilizando datos del Eurobarómetro (otoño 2017), comprobamos que las expectativas económicas a un año vista son en España mejores que las que se expresan en el conjunto de la Unión (gráfico 5.4).

Sin embargo, la confianza hacia las instituciones políticas nacionales (no así en el caso de las internacionales) es, en todos los casos, sustancialmente menor en España que en la Unión Europea (gráfico 5.5).

De manera que en España, si bien la crisis económica ha podido actuar como factor agravante de la crisis política, esta segunda crisis no se explica por la primera (Torcal 2014; Christmann y Torcal 2017). Aunque varíen las cifras y la manera de reflejarlo, aunque se realicen en momentos temporales distintos, todos los sondeos y encuestas de opinión que intentan recoger la valoración que la sociedad

GRÁFICO 5.5. Confianza en diversas instituciones políticas. 2017



Fuente: Elaboración propia a partir del Eurobarómetro Standard 88, otoño 2017.

española hace de sus instituciones políticas confirman una crisis de la política relativamente autónoma de la coyuntura económica. Así, un sondeo de SocioMétrica de enero de 2018 sitúa como las instituciones menos valoradas a los partidos políticos, al Congreso, al Senado y al Gobierno(12). En el mismo sentido, Metroscopia confirmaba en 2016 que las instituciones que conforman el sistema político son las peor valoradas, con valores particularmente bajos en el caso de los políticos, los partidos políticos y el Parlamento(13). Por su parte, el Eurobarómetro especial de abril de 2017 (n.º 461) señala a España como uno de los países europeos con el porcentaje más bajo de población que dice confiar en su gobierno nacional (el 18%), solo por encima de Eslovenia (17%) y Grecia (13%). Además, nuestro país era, junto con Letonia, el único de toda la Unión Europea en el que la confianza hacia el gobierno nacional había disminuido respecto al año anterior (2016)(14).

Nos enfrentaríamos a una *crisis de representación* que, si bien se asienta en la experiencia de la crisis económica, va más allá de esta (Vidal 2018). «No nos representan», aunque la economía parezca ir mejor. En España la política se ha convertido en un problema en sí misma. Y en esta crisis el efecto de la corrupción sobre la confianza política ha sido demoledor (Ares y Hernández 2017).

A pesar de que España no tiene un problema de corrupción sistémica y de que en nuestro país la corrupción del funcionariado es baja, lo cierto es que existe un serio problema de corrupción política (sobre todo en los gobiernos locales) y, sobre todo, la percepción de existencia de corrupción

por parte de la ciudadanía es elevadísima (Villoria 2015). No entraremos en la discusión sobre la relación existente entre la corrupción real y la percibida, ni sobre la influencia que la cobertura mediática de los casos de corrupción tiene sobre la opinión pública (Palau y Davesa 2013). Pero lo cierto es que a partir de 2012 la corrupción y el fraude han pasado a ocupar los primeros puestos en el *ranking* de problemas de España (gráfico 5.6). ¿Porque la corrupción es mayor a partir de esa fecha? Seguramente no, si atendemos a los muchos casos conocidos desde antaño (Blanco 2017) y a la reflexión que al respecto hace Manuel Villoria, fundador y miembro de la Junta Directiva del capítulo español de Transparency International:

Cualquier análisis mínimamente riguroso de los casos de corrupción actualmente investigados puede demostrar que la mayoría provienen de aquellos años en los que, en España, presumiblemente la corrupción se reducía y el país crecía sin límites previsibles. Entonces apenas se hablaba del tema, una gran parte de los ciudadanos votaba a los corruptos e implícitamente se asumía que la corrupción era aceite para el sistema. En suma, cuando en España la situación económica era positiva y así se percibía por la mayoría de los españoles, la percepción de corrupción bajaba, hasta el punto que entre 2001 y 2006, los años de la especulación y de la burbuja urbanística son los años en la serie histórica de ASEP, que va de 1994 a 2011, donde hay más españoles que consideran que la corrupción ha disminuido algo y mucho (34,6% en 2002 y 34% en 2006). Sin embargo, el análisis de los casos descubiertos posteriormente demuestra que esa es una de las épocas más corruptas de la historia reciente de España (Villoria 2015).

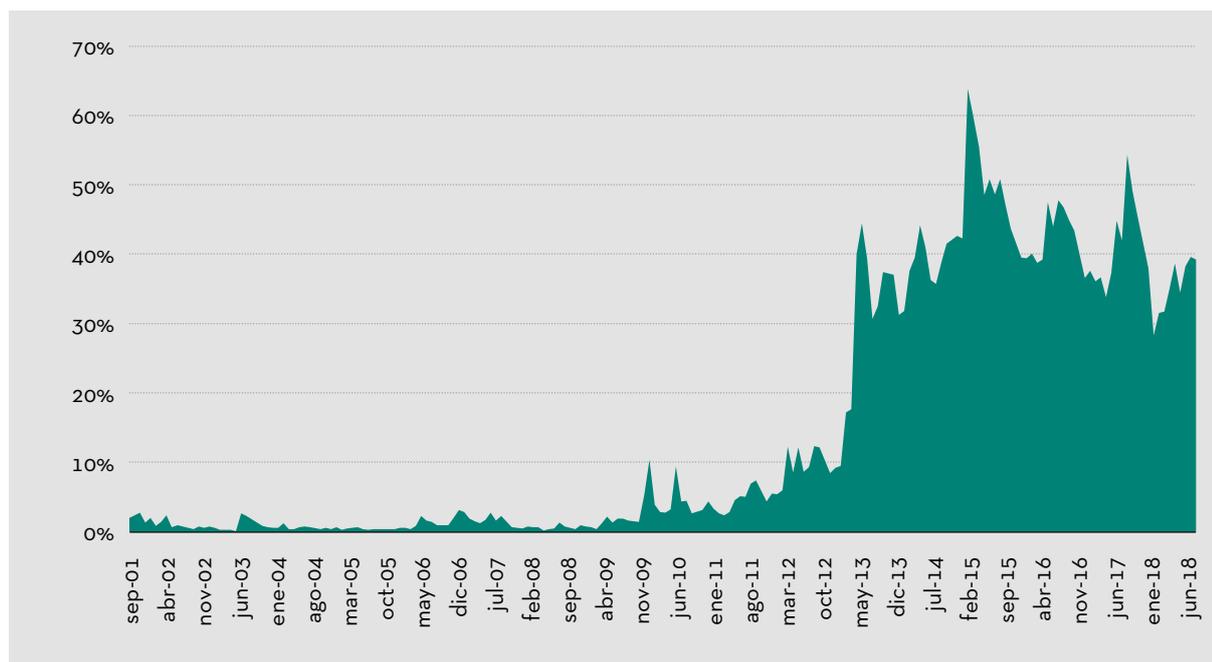
Sin embargo, a partir de 2011 el umbral de tolerancia para con la corrupción política (al menos el expresado por la opinión pública en las distintas encuestas y por la ciudadanía manifestándose en

(12) <http://sociometrica.es/2018/01/ene18-confianza-en-las-instituciones/#more-653>

(13) <http://metroscopia.org/sistema-educativo-sindicatos-bancos-y-grandes-empresas-pierden-la-batalla-de-la-confianza-de-los-espanoles/>

(14) <http://ec.europa.eu/commfrontoffice/publicopinion/index.cfm/Survey/getSurveyDetail/instruments/SPE-CIAL/surveyKy/2173>

GRÁFICO 5.6. Evolución de la consideración de la corrupción y el fraude como principal problema de España, septiembre 2001-junio 2018



Fuente: Elaboración propia a partir del Barómetro mensual del CIS.

las calles) se redujo de manera tan significativa como repentina. Michael Ignatieff señala que ninguna sociedad se muestra a los ojos de su ciudadanía como plenamente legitimada, pues siempre existen situaciones de abuso y de injusticia; pero hay momentos en los que esa ciudadanía dice «basta», y cuando esto ocurre se produce un punto de inflexión «de naturaleza moral [que] se da cuando un abuso tolerado durante mucho tiempo es percibido de pronto como una expresión del desprecio moral de una élite hacia su gente» (Ignatieff 2018: 276-277).

Esta inflexión debe mucho a la crisis económica de 2008 y a su gestión política austerioraria: una ciudadanía acusada de imprevisión y de haber vivido por encima de sus posibilidades, castigada con el desempleo, la precarización, el desahucio y la desposesión de servicios públicos esenciales, empezó a codificar la crisis como «estafa» y señaló a políticos, empresarios y banqueros —fundidos bajo el

concepto de «casta» (Rizzo y Stella 2015; Jones 2015)— como el objeto de su ira. Pero su carácter de inflexión moral no se explica solo por la crisis: en esta moralización de la respuesta ciudadana a la corrupción ha tenido un papel fundamental la lectura que de la crisis hicieron plataformas y movimientos ciudadanos —«redes de indignación y esperanza» (Castells 2012), «redes de vida desbordantes» (Villasante 2014), «redes de ternura y solidaridad» (Jover 2015)— construidos desde un profundo compromiso con las víctimas de la crisis.

Un compromiso que se ha expresado como crítica de la política, pero no como renuncia a la misma. De hecho, el interés por la política ha aumentado significativamente durante los años de la crisis: si en 2008 (CIS, estudio 2750) solo el 29,5% de las personas se manifestaban como muy o bastante interesadas en la política (el 69,7% decían estar poco o nada interesadas), en 2016 (CIS, estudio 3141) el interés había aumentado diez puntos,

hasta llegar al 40,1% (y el desinterés había disminuido en la misma proporción, situándose en el 59,7%).

Para interpretar esta aparente contradicción podemos recurrir a distinguir entre la *política* y lo *político*, como en los últimos tiempos viene realizando Chantal Mouffe: «Concibo lo “político” como la dimensión de antagonismo que considero constitutiva de las sociedades humanas, mientras que entiendo a “la política” como el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana en el contexto de la conflictividad derivada de lo político» (Mouffe 2007: 16). Abundando en lo mismo, en una obra anterior lo planteaba así: «Distinguir entre “lo político”, ligado a la dimensión de antagonismo y de hostilidad que existe en las relaciones humanas, antagonismo que se manifiesta como diversidad de las relaciones sociales, y “la política”, que apunta a establecer un orden, a organizar la coexistencia humana en condiciones que son siempre conflictivas, pues están atravesadas por «lo» político» (Mouffe 1999: 13-14).

Es esta una distinción que, en la tradición crítica, viene de lejos. *Lo político* es un escenario y un terreno, el de la lucha de clases, en el que tiene lugar históricamente el conflicto resultante de la situación de explotación a la que una mayoría se ve sometida por una minoría. Pero lo político suele quedar encubierto por *la política*, identificada con lo que se relaciona con el estado o su expresión, el poder. De ahí la crítica marxista a la actividad política en cuanto tal, considerada como una operación general de «fetichización» que instaura, como si de unos procesos normales (naturales) de regulación se tratara, unas instituciones dotadas de poderes extraordinarios, con la supuesta capacidad de definir o encarnar el «interés general». Esas realidades, desde la perspectiva marxista, no existen como tales, sino que las impone un sistema (al que son funcionales) y las ejercen personas de carne y hueso, cuyos intereses están estrechamente li-

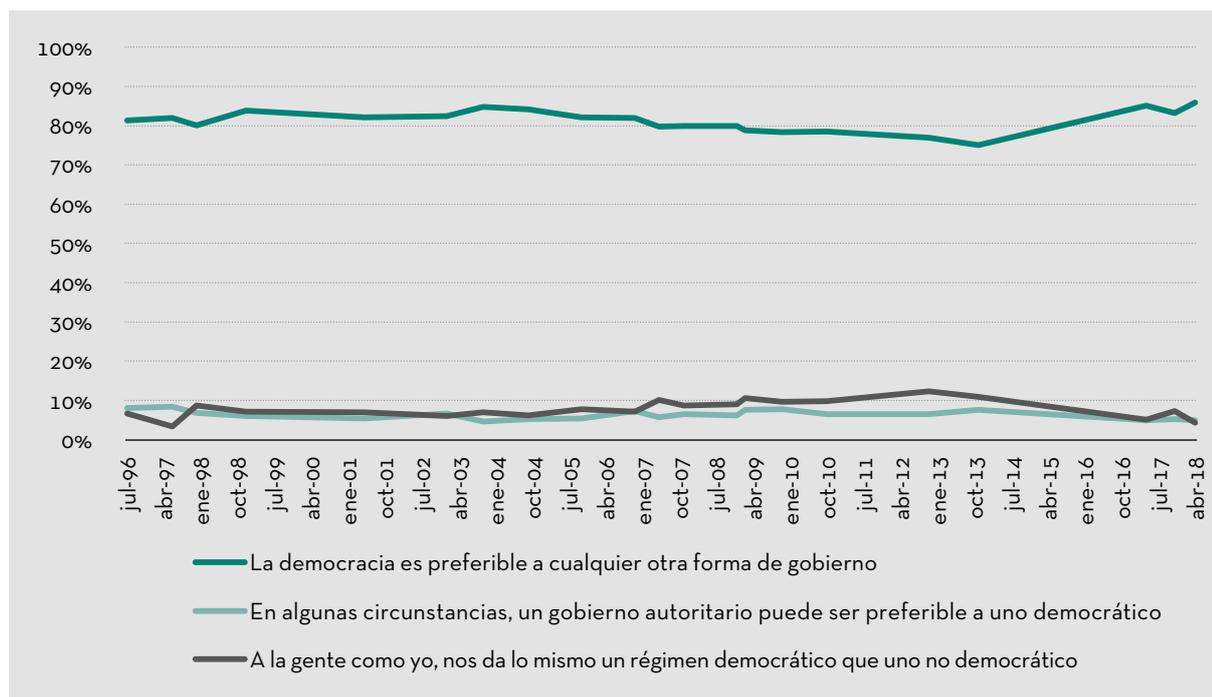
gados a ese sistema (Châtelet, Pisier-Kouchner y Vincent 1977: 15-21).

Incluso podríamos recurrir a la distinción, menos ideológica y más analítica, entre *polity*, *politics* y *policy* que, aunque solo sea plenamente inteligible en su idioma original, el inglés, resulta esencial para cualquier análisis político aplicado (Irure 2002; Subirats *et al.* 2008: 37; Harguindéguy 2013: 23). La política como *politics* se refiere al juego político diario, con sus conflictos y alianzas, sus negociaciones parlamentarias, a las interacciones entre los distintos actores políticos (partidos, sindicatos, movimientos sociales, grupos de interés). La política como *policy* tiene que ver con las decisiones que toman las administraciones públicas, con los actores y procesos en ellas implicados, con sus resultados (acciones, planes y programas). Por último, la política como *polity*: hace referencia a la arquitectura constitucional del sistema político, a la forma de gobierno y de estado, pero también al modelo de sociedad (derechos, libertades y compromisos mutuos) que esta arquitectura institucional quiere proteger y promover; se trata, por tanto, de una perspectiva ética.

En función de estas diferenciaciones y a la luz de los datos que hemos ido presentando, cabría concluir que lo que está en crisis en España es «la política» (o la *politics/policy*), pero no así «lo político» (o la *polity*).

En este sentido, resulta de mucho interés atender a los resultados del proyecto de investigación «Los efectos de la crisis económica en la democracia española: legitimidad, insatisfacción y desafección», desarrollado por un equipo de investigación del Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Autónoma de Madrid (Pérez-Nievas *et al.* 2013). La investigación parte de una pregunta bien directa: «¿En qué medida la terrible crisis económica española está conduciendo a una crisis de la democracia?». Como ya hemos indicado, esta pregunta se apoya en la abundante evi-

GRÁFICO 5.7. Valoración de la democracia como forma de gobierno. 1996-2018



Fuente: Elaboración propia a partir del CIS, serie A.3.07.03.001.

dencia empírica que, desde hace tiempo, descubre un creciente deterioro de la confianza ciudadana en las instituciones democráticas que se agudiza como consecuencia de las crisis económicas. Sin embargo, diagnosticar correctamente este deterioro –sus causas lejanas y próximas, sus potenciales consecuencias sociopolíticas– exige distinguir entre tres dimensiones del apoyo democrático y la satisfacción ciudadana con el sistema político:

- La *legitimidad*, o el apoyo ciudadano que concita el sistema democrático en comparación con otros regímenes políticos.
- El *descontento* tiene que ver con la insatisfacción que la ciudadanía expresa respecto al funcionamiento de la democracia, con especial atención al desempeño de la clase política, los partidos y las instituciones, y a su capacidad para resolver los problemas que afectan a la ciudadanía.

- La *desafección*, expresión de desconfianza hacia la política y las instituciones democráticas, de desinterés y alejamiento; sentimiento de ineficacia política⁽¹⁵⁾.

En función de esta y de otras investigaciones realizadas por miembros del mismo equipo de investigación cabe concluir que, si bien el descontento con el funcionamiento de la democracia es una dimensión que varía sensiblemente en función de la situación económica, aumentando en coyunturas negativas, tanto la desafección como la legitimidad son relativamente estables en la sociedad española: desde mucho antes de la crisis, casi como una característica estructural de la vida democrática española, se comprueba la existencia de un «sustrato de pasividad y apatía» en la relación con la esfera política de buena parte de la ciudadanía

(15) Para una exposición en profundidad de estas tres dimensiones ver MONTERO, GUNTHER Y TORCAL (1999).

TABLA 5.5. Tipología ciudadana en función de su interés por la política / confianza en el Parlamento. 2013

	Confianza	No confianza
Interés	Ciudadanía cívica	Ciudadanía crítica
Sin Interés	Ciudadanía deferente	Ciudadanía desafecta

Fuente: Elaboración propia a partir de Pérez-Nievas *et al.*, 2013, p. 85.

(Benedicto 2006: 122; Lorente y Sánchez-Vitores 2018); pero la buena noticia es que la legitimidad de la democracia se mantiene constante entre la ciudadanía española, llegando al 86% en abril de 2018 (gráfico 5.7).

Con el fin de profundizar en estas cuestiones e ir más allá del concepto «desafección», que todo parece poder explicar, el estudio de la UAM proponía una útil tipología a partir de la combinación del interés por la política (que, como hemos señalado, ha crecido) y la confianza en el Parlamento nacional (que ha disminuido), distinguiendo cuatro grupos ciudadanos: a) una ciudadanía *cívica*, interesada y confiada; b) una ciudadanía *crítica*, interesada pero desconfiada; c) una ciudadanía *deferente*, sin mayor interés pero con confianza en las instituciones; y d) una ciudadanía *desafecta*, formada por quienes no muestran interés en la política ni confianza en el Parlamento (tabla 5.5)(16).

¿Cómo ha afectado la crisis de 2008 a esta tipología ciudadana? Tomando en cuenta el período 2002-2012, según el estudio la crisis parecería haber alentado una notable disminución en los perfiles cívico (del 20% al 14%) y deferente (del 33% al 24%), un ligero incremento del perfil desafecto (del 37% al 40%) y, lo más destacado, un importante aumento del perfil crítico (del 10% al 22%) (Pérez-Nievas *et al.* 2013: 85). «Este perfil crítico –señala el equipo de investigación– apoya la de-

mocracia frente a cualquier tentación autoritaria y tiene gran interés en la política; aunque desconfía de las instituciones políticas actuales» Por ello, consideran que «la actual crisis económica, no supone una amenaza seria para la legitimidad democrática», si bien estaría «generando la aparición de un nuevo perfil de ciudadanos críticos cuya indignación política es perfectamente compatible con su perfil democrático» (Pérez-Nievas *et al.* 2013: 193).

Desarrollando esta perspectiva y analizando los resultados de las elecciones generales de 2015, otra investigación descubriría que el votante «satisfecho» (categoría construida mediante la combinación de deferentes y cívicos) tendía a apoyar al PP, que Podemos concentraba el voto crítico, mientras que las personas desafectadas repartían sus apoyos en distintas proporciones entre casi todos los partidos; estas personas podrían estar conformando una «ciudadanía en *stand-by*», a la espera de «nuevos actores que sean capaces de despertar su interés y compromiso político» (Lorente y Sánchez-Vitores 2018: 57).

En este escenario de insatisfacción rampante, con una mayoría de la población ubicada en posiciones de crítica o de desafección, los partidos e instituciones «del bienestar» (es decir, las organizaciones sociopolíticas clásicas surgidas tras la segunda guerra mundial, constructoras y defensoras de los Estados de bienestar hoy en crisis) ven como pierden terreno frente a los «partidos del malestar», que culpabilizan de la crisis a las viejas instituciones (Pardo 2017: 103). Pero ese malestar político no es nuevo, ni se ubica en ex-

(16) Sin cambiar su sentido, hemos modificado la denominación de los tipos con el fin de utilizar un lenguaje inclusivo. Las denominaciones originales eran las siguientes: cives, críticos, deferentes y desafectos.

clusiva en un solo campo del espacio ideológico, el de la izquierda, como hemos podido pensar durante los primeros años de la crisis, cuando la indignación se expresó, fundamentalmente, bajo la forma del 15M o la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, primero, o la de Podemos y las distintas confluencias municipalistas a partir de 2014. Estas han podido ser las expresiones sociopolíticas que han adoptado una mayoría de esa ciudadanía crítica e incluso una parte de la desafecta. Sin embargo, en estos momentos vemos surgir en España (en Europa antes) expresiones sociopolíticas, ahora también electorales, que se incardinan en el espacio del *populismo de derechas*: demandas de populismo punitivo, reivindicación de prácticas definidas como tradicionales (desde la caza y los toros hasta celebraciones re-

ligiosas como las procesiones o la Navidad) y, de manera muy destacada, la irrupción de Vox en las elecciones andaluzas. ¿Podiera ser que, en estos momentos, las actitudes y las prácticas políticas desafectas estén ganando terreno a las actitudes y prácticas críticas?

En los próximos años, a medida que se recompone un nuevo campo político tras el terremoto de la crisis de 2008 y su gestión austerioritaria, es probable que nos veamos periódicamente sacudidas por un voto de *resentimiento* que, como advierte Boaventura de Sousa Santos, use las instituciones «como armas de ataque» (Santos 2017: 16). Un voto fuertemente emocional, fundado sobre la afirmación explícita de valores y de modos de vida supuestamente amenazados.

5.4. El retorno de los valores y las emociones

En 1999 Josep Ramoneda reflexionaba sobre el agotamiento de la «pasión política», visualizando un escenario de eclipse de las utopías, de indiferencia y desentendimiento ciudadanos, un tiempo postpolítico de mera administración de las cosas. Se preguntaba entonces: «Las movilizaciones de indignación moral con que, de cuando en cuando, la ciudadanía responde a la política, de Ermua a Bruselas, de París a Londres, se diluyen por falta de cauces de continuidad. ¿Quién transforma políticamente la jugada?» (Ramoneda 1999: 26).

En 2011 la pasión política volvió, incontenible, a la escena política, bajo la forma de la indignación (Jasper 2014). Releer algunos de los libros publicados en aquellos primeros años de la crisis nos recuerdan el clima de indignación moral que entonces se vivía: *Indecentes: Crónica de un atraco perfecto* (Ekaizer 2012); *Democracia intervenida: Políticas económicas en la gran recesión* (Fernández-Albertos 2012); *¡Acabad ya con esta crisis!* (Krugman 2012), *Traición al sueño america-*

no: Cómo los políticos han abandonado a la clase media (Huffington 2012); *Un reportero en la montaña mágica: Cómo la élite económica de Davos hundió el mundo* (Robinson 2013); *Piratas de lo público: El neoliberalismo corsario al abordaje del Estado del Bienestar* (Losada 2013); *No pasarán: Contra la economía caníbal* (Martin 2013); *Por qué la austeridad mata: El coste humano de las políticas de recorte* (Stuckler y Basu 2013); *Emergencia alimentaria: Grecia, Portugal, España* (González Parada 2014).

Una indignación que, como planteábamos en el VII Informe (Zubero, coord., 2014: pp. 400-402), se apoyaba en una *economía moral* que interpretó la crisis como una traición de las clases dirigentes (políticas y económicas) a la sociedad a la que deberían servir: «Para meternos en esta depresión —clamaba Krugman— han hecho falta décadas de malas políticas y malas ideas que prosperaron porque durante mucho tiempo estuvieron funcionando muy bien, no para la nación en su conjunto,

sino para un puñado de gente rica y con muchísima influencia» (Krugman 2012: 34). Pero lo más insostenible de todo era comprobar que aquellas mismas personas que nos habían llevado hasta aquí pretendían ahora salir indemnes (¡y hasta beneficiadas!) de la crisis:

Hemos gastado demasiado», dicen los que se hallan en la cima económica, desdeñando con notable despreocupación el hecho de que ese «dispendio» no ha sido sino el coste de tener que salvar sus activos con las arcas públicas. Y al mismo tiempo, lo que esas personas que viven de forma muchísimo más holgada que el común de los mortales y que muestran muy poco interés en contribuir al pago de los platos rotos le están diciendo a los ciudadanos que ocupan las posiciones inferiores de la escala de renta es que tienen que «apretarse el cinturón» (Blyth 2014: 53).

Con mucha más claridad en años recientes, pero también en los primeros años de la crisis, fueron muchos los analistas que insistían en que las políticas de austeridad implementadas por los gobiernos y las instituciones europeas no eran las únicas posibles (Castells *et al.* 2018: 205; Cooper y Whyte *eds.*, 2017; Holland 2016; Schäfer y Streeck 2013). Otras respuestas a la crisis eran posibles, pero los gobiernos optaron, en general, por aquellas que hacían recaer el peso y las consecuencias más gravosas de estas sobre los grupos sociales más frágiles.

De esta manera, tanto la crisis de 2008 como la indignación que generó a partir de 2011 se interpretó por las y los analistas y se expresó por la ciudadanía protagonista como una cuestión esencialmente moral: una crisis moral (Ramoneda 2011) que provocó una explosión de indignación fruto del sentimiento generalizado de estar sufriendo una profunda injusticia (Laraña y Díez 2012). Respecto de lo primero, conviene recordar lo que escribía Antón Costas:

Una forma simple de apreciar que estamos ante algo diferente a una crisis convencional es prestar atención a las palabras que con mucha frecuencia son utilizadas para describir las conductas y valores que están detrás de esta crisis. Son frecuentes términos como avaricia, fraude, corrupción, injusticia, robo, falsificación, desconfianza, ocultación de información, publicidad engañosa, mentira, imprudencia, negligencia profesional, cobardía, complicidad, prepotencia o arrogancia, por mencionar solo las más utilizadas. (...) En otras ocasiones se discutía únicamente sobre las políticas macroeconómicas más adecuadas para hacer frente a la recesión y buscar una salida rápida para la recuperación. Ahora no se discute solo de políticas, sino de conductas, valores, virtudes e instituciones que son básicas para el buen funcionamiento de la economía de mercado. Este es un cambio que nos hace pensar que lo que ahora está ocurriendo es diferente a lo que hemos vivido con crisis económicas y financieras anteriores (Costas 2010: 12).

En cuanto a lo segundo, recordemos el Manifiesto «Democracia Real Ya», impulsado por la plataforma homónima, considerado como el pistoletazo de salida de la acampada de Sol:

Somos personas normales y corrientes. Somos como tú: gente que se levanta por las mañanas para estudiar, para trabajar o para buscar trabajo, gente que tiene familia y amigos. Gente que trabaja duro todos los días para vivir y dar un futuro mejor a los que nos rodean.

Unos nos consideramos más progresistas, otros más conservadores. Unos creyentes, otros no. Unos tenemos ideologías bien definidas, otros nos consideramos apolíticos... Pero todos estamos preocupados e indignados por el panorama político, económico y social que vemos a nuestro alrededor. Por la corrupción

de los políticos, empresarios, banqueros... Por la indefensión del ciudadano de a pie.

Esta situación nos hace daño a todos diariamente. Pero si todos nos unimos, podemos cambiarla. Es hora de ponerse en movimiento, hora de construir entre todos una sociedad mejor.

Una declaración de indignación fundada sobre elementos esencialmente morales que terminaba con una contundente afirmación: «Es necesaria una Revolución Ética»⁽¹⁷⁾. En afortunada expresión de Jordi Mir, el 15M formuló un proyecto de *democrÉtico* (Mir 2016).

Es verdad que posteriores manifiestos y declaraciones, empezando por el mismo documento de consenso surgido el 20 de mayo de 2011 en el marco de la acampada de Sol, obviaban cualquier referencia explícita a cuestiones de carácter ético o moral para centrarse en propuestas directamente políticas y económicas (Antentas et al. 2011: 82-84; Roitman 2012: 41-43). Y así en junio de 2011 Daniel Serrano se imaginaba a sí mismo arengando a las personas acampadas en Sol –«como la foto de Jean-Paul Sartre en el 68 subido a un cubo metálico de basura dirigiéndose a los obreros de la Renault»–, preocupado por ver el movimiento de los indignados cayendo en la indefinición, «flaqueando en una tensión de facciones posibilistas, espiritualistas, utópicas, desorientadas»:

iCompañeros!, recordad las palabras del camarada Lenin: «Salvo el poder, todo es ilusión». O sea, que o nos hacemos mayorcitos y apostamos por pelear el cambio de verdad o nos quedamos en un folclore de paz y amor sin consecuencia alguna. Tomemos el Palacio de

Invierno, qué caramba, aunque sea con buenas maneras (Serrano 2011: 22-24).

De esta manera, la crisis y las respuestas a la misma fueron transformándose de una cuestión ética a una cuestión técnica: una cuestión de gestión económica (cuánto déficit se puede asumir, cómo asegurar la sostenibilidad de las pensiones, cómo crear más y mejor empleo...) o de gestión política (de organización de nuevas fuerzas políticas, de sorpasos, de alianzas...). Pero, para nuestra sorpresa, diez años después del inicio de la crisis económica, la política española y europea ha vuelto a un escenario en el que la reivindicación de los valores se ha convertido en un argumento central: la Fundación Valores y Sociedad reivindica la defensa de las raíces cristianas de Europa⁽¹⁸⁾; Vox se publicita bajo el lema «vota valores»⁽¹⁹⁾; el Partido Popular de Pablo Casado se propone recuperar, en palabras de un comentarista, «aquellos elementos que están en el origen de cualquier sociedad abierta y que, de manera indudable, han sido erosionados por una nueva moral intrusiva y represiva decretada desde el poder a favor de grupos de presión minoritarios», rehabilitación de los valores que «resulta esencial para preservar una sociedad libre» (Bernaldo de Quirós 2018).

Y en esto España no es diferente, aunque sí haya llegado algo más tarde. Ronald Inglehart y Pippa Norris han analizado el inesperado triunfo de Donald Trump y el auge de partidos populistas autoritarios en Europa como una reacción en revancha por los profundos cambios culturales producidos tras los años Sesenta, una reacción cultural frente a los valores progresistas y posmaterialistas encarnados en los nuevos movimientos sociales: el feminismo, el ecologismo, el pacifismo, el sinfronterismo, la multiculturalidad... (Inglehart y Norris 2017; Norris y Inglehart 2018). Aunque no solo (el factor fiscal es muy relevante), las cuestiones culturales y

⁽¹⁷⁾ <http://www.democraciarealya.es/manifiesto-comun/> . También puede encontrarse en Antentas et al. 2011: 75-78.

⁽¹⁸⁾ <http://www.valoresysociedad.org/>

⁽¹⁹⁾ <http://votavalores.org/>

normativas están en la base de movimientos reaccionarios como el Tea Party, como desvela Arlie R. Hochschild en su imprescindible aproximación a sus seguidores: «La gente de derechas parecía estar interesada en tres grandes asuntos: impuestos, fe y honor» (Hochschild 2018: 76).

En una entrevista de 2011 Zygmunt Bauman calificaba al 15M de movimiento «emocional» y, en su opinión, «si la emoción es apta para destruir resulta especialmente inepta para construir nada. Con emociones solo, sin pensamiento, no se llega a ninguna parte» (Bauman 2011). ¿Y con pensamiento solo, sin emociones? La izquierda democrática ha tenido siempre un problema a la hora de abordar la cuestión de los valores y de las emociones. A pesar de su indudable y constitutivo fundamento moral (Sánchez-Cuenca 2018), a lo largo del siglo XX la socialdemocracia, cada vez más incómoda con la dimensión ética y religiosa de la existencia individual y colectiva, acabó situada en el terreno de la gestión técnica, en el horizonte de la «utopía racional» (Quintanilla y Vargas-Machuca 1989). Pero este olvido del potencial político de las emociones acabó por mostrarse tan imposible como inconveniente.

Hoy se habla de «giro emocional» (Ahmed 2015; Zaragoza y Moscoso 2017) o de «giro afectivo» (Lara y Enciso 2013; Slaby y von Scheve 2019) para indicar la necesidad de incorporar en los análisis sociales el protagonismo que las emociones juegan en el mundo actual. Ya no basta con despreciar su influencia como si de un residuo de la historia se tratara. Los *animal spirits* señalados por Keynes como aquellas motivaciones no reductibles a la racionalidad económica que, sin embargo, influían de forma tan destacada como imprevisible en el funcionamiento de los mercados, no dejan de operar en todas las dimensiones de nuestra existencia: cuestiones como la confianza o el miedo, el sentido de la equidad, la interpretación de la corrupción, las narrativas que construimos para explicar(nos) nuestro comportamiento, no solo in-

fluyen en la economía (Akerlof y Shiller 2009), sino en cualquier campo de la acción humana.

«Todas las sociedades están llenas de emociones. Las democracias liberales no son ninguna excepción» (Nussbaum 2014: 13). Así comienza Martha Nussbaum su ensayo sobre el fundamento emocional de la política democrática. Como ella misma señala, existe la idea de que solo las sociedades movilizadas por pasiones nacionalistas, inflamadas por liderazgos personalistas o atrapadas en conflictos bélicos son intensamente emocionales, mientras que las democracias maduras solo pueden ser aburridas y desapasionadas, racionales y formalizadas. Nada más erróneo y peligroso para la política y las sociedades democráticas: «Ceder el terreno de la conformación de las emociones a las fuerzas anti-liberales otorga a estas una enorme ventaja en el ánimo de las personas y conlleva el riesgo de que esas mismas personas juzguen insulsos y aburridos los valores liberales» (Nussbaum 2014: 15).

En su debate con Adorno sobre la lógica de las ciencias sociales, Karl Popper sostuvo que el ideal de la ciencia pura y libre de valores es eso, un ideal normativo al que solo cabe aproximarse mediante la disciplina del rigor metódico, debe hacerse compatible con la dimensión extracientífica que impulsa la búsqueda del conocimiento: «Nuestras motivaciones y nuestros ideales puramente científicos, como el ideal de la pura búsqueda de la verdad, hunden sus raíces más profundas en valoraciones extracientíficas y, en parte, religiosas. El científico objetivo y «libre de valores» no es el científico ideal. Sin pasión la cosa no marcha, ni siquiera en la ciencia pura. La expresión «amor a la verdad» no es una simple metáfora» (Popper 1973: 111). Lo mismo cabe decir de la democracia y, en general, de cualquier proyecto de vida en común: sin pasión, la cosa no marcha. Otra cosa es de qué tipo de pasiones estamos hablando.

Pankaj Mishra habla de *la edad de la ira* para referirse a un tiempo caracterizado por una suerte

de irritabilidad universal que acaba convertida en resentimiento: «Un rencor existencial hacia el ser de los otros, causado por una mezcla intensa de envidia y sentimiento de humillación e impotencia, ese resentimiento, a medida que se recuece y se profundiza, envenena la sociedad civil y mina la libertad política, y actualmente está gestando un giro global hacia el autoritarismo y formas tóxicas de chauvinismo» (Mishra 2017: 21). Por cierto, Guy Standing (2011: 19) considera la ira como una de las cuatro experiencias —ira, anomia, ansiedad y alienación— que caracterizan la existencia del precariado⁽²⁰⁾, categoría social que este autor presenta como potencial sujeto político transformador en las actuales condiciones de globalización neoliberal: «Cada vez más gente comienza a comprender su situación dentro del precariado, reconocimiento que se traducirá en la construcción de una conciencia común de clase y que llegará a ser el motor del cambio. En vez de perder las esperanzas, primar la ineptitud o el desconcierto, los sentimientos pueden pronto mover

los mecanismos necesarios para pasar de la pasividad a la resistencia de un movimiento activo» (Standing 2014: 8).

Más adelante volveremos a esta hipótesis del precariado, pues creemos que, en la misma, por lo que tiene de resignificación de una experiencia de precariedad vital cada vez más extendida, podemos encontrar algunas claves importantes para plantear una reflexión de futuro en clave incluyente y cooperativa. Pero antes debemos confrontarnos con una realidad incómoda. Como señala Žižek, 2011 fue «el año que soñamos peligrosamente», pero en distintas, opuestas direcciones: «Sueños de emancipación movilizaron a los manifestantes de Nueva York, en la plaza Tahir, Londres y Atenas; y sueños oscuros y destructivos impulsaron a Breivik y los populistas racistas a lo largo y ancho de Europa, desde Holanda hasta Hungría» (Žižek, 2013: 7). Y son estos sueños oscuros los que, en el momento actual, parecen haberse hecho con las riendas de la indignación.

5.5. Populismos y xenofobia

Aunque Donatella della Porta sostiene que «si bien las protestas anti-austeridad han defendido una soberanía nacional, cuyos/as activistas perciben que ha sido arrebatada por las instituciones financieras (incluidos los bancos) y por los países más poderosos, las campañas han tendido a mantener una concepción inclusiva de la ciudadanía y visiones cosmopolitas» (della Porta 2015), otros analistas, como Colin Crouch, consideran que el clima de indignación surgido al calor de la crisis y su gestión austerioritaria es una variable más que se añade al caldo de cultivo donde se genera la actual ola de xenofobia en Europa: «La angustia ante la

globalización, el rencor por el comportamiento del sector financiero mundial durante los años previos a la crisis de 2008, la desazón por la llegada de un gran número de inmigrantes, y el temor al terrorismo islamista se han coaligado para generar un fuerte clima de xenofobia» (en Castells *et al.* 2018: 444).

En efecto, la crisis de 2008 ha actuado como un catalizador que ha impulsado de manera espectacular al populismo de extrema derecha, que elección tras elección ha crecido en casi todos los países (Funke y Trebesch 2017). Los casos del Movimiento 5 Estrellas, Podemos y Syriza, presentados en su momento como ejemplo de articulación política de la indignación en clave social, inclusiva y cosmopolita (retomando las palabras de della Porta), se han visto

(20) Standing habla de *anger*, traducida en la edición castellana de su libro como «aversión», lo que no es lo mismo (Standing, 2013: 44).

superados en número y en intensidad por una miríada de organizaciones sociopolíticas (viejas, nuevas o refundadas), capaces de organizarse a partir de potentes movimientos de base (*grassroots*) que compiten con éxito con las izquierdas en su propio terreno: los barrios, las protestas anti-austeridad, la reivindicación de generosas políticas sociales, etc. (Fielitz y Laloire, eds., 2016).

Desde el comienzo de la crisis y hasta prácticamente hoy mismo se ha especulado sobre la «excepción española»: a pesar de que la ciudadanía expresa distintas preocupaciones relacionadas con la inmigración y sus supuestos efectos, estas preocupaciones no habrían servido para generar un caldo de cultivo adecuado para el surgimiento de partidos abiertamente xenófobos, como sí ha ocurrido en otros países de nuestro entorno (González Enríquez 2017). La reacción social contra la crisis encarnada en el 15M y su discurso anticasta y la consolidación en España de un proyecto «populista de izquierdas» a partir del surgimiento de Podemos serían factores esenciales a la hora de explicar la limitación del campo político para la creación de partidos populistas de derechas en España:

El clima 15M neutraliza la emergencia de fascismos y microfascismos. No solo el auge electoral de los populismos derechistas tipo Amanecer Dorado o Frente Nacional que crecen por toda Europa (no existe en España una opción electoral de ese tipo), sino también los micro-fascismos callejeros que acompañan siempre a las crisis (delincuencia, estallido social, búsqueda de chicos expiatorios, etc.). La narrativa del 99% contra el 1% hace que el enemigo se busque, no en los inmigrantes o en los más pobres («improductivos», «vagos», etc.), sino en las oligarquías políticas y económicas (Fernández-Savater 2016).

Y lo cierto es que España ha sido uno de los países de la UE donde, a pesar de la dureza con la que ha golpeado la crisis, en menor medida se expresan opiniones abiertamente xenófobas o se han

producido fenómenos de rechazo explícito de las personas inmigrantes(21).

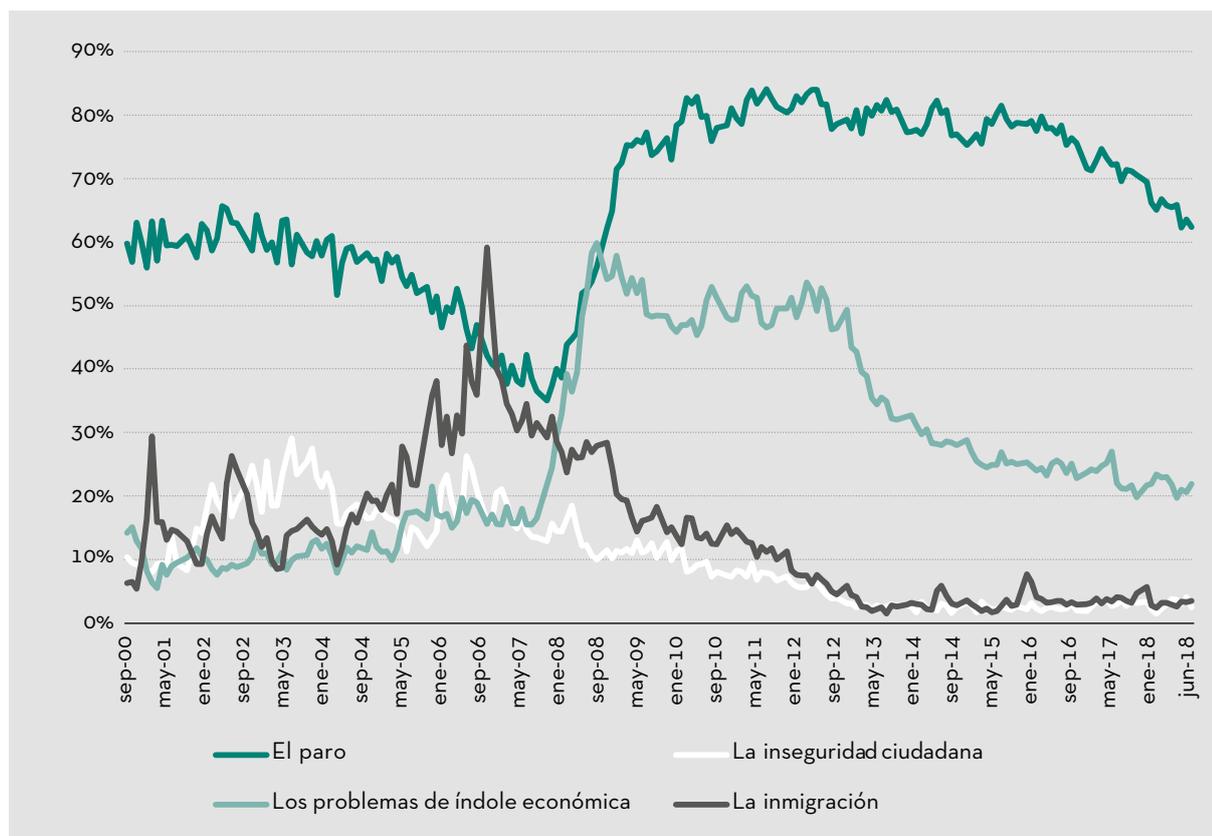
Escribe Massimo Franco: «Es impresionante constatar que, oleada migratoria tras oleada migratoria, atentado tras atentado, alarma tras alarma, el miedo se está convirtiendo en una “cultura”, en una ideología predicada, cultivada y fomentada a diario». Una cultura hegemónica, prosigue Franco, «capaz de influir no solo en la agenda de personajes que “juegan con el miedo”, sino también en la orientación de toda la sociedad. Por lo tanto, obliga a los partidos democráticos tradicionales a modificar sus políticas sociales, educacionales, sanitarias, a limitar algunas libertades en nombre de la seguridad; e inclusive a asumir actitudes discriminatorias en el plano racial, étnico, religioso» (Franco 2017: 79-80). Por supuesto, no es nuestra intención relativizar los actos de discriminación, rechazo, ocio y violencia que se han producido en España en contra de las personas inmigrantes, entre los que destacan la exclusión sanitaria provocada por el Real Decreto Ley 16/2012 sobre la sostenibilidad de nuestro sistema sanitario, que privó de la tarjeta sanitaria a las personas inmigrantes en situación irregular (situación revertida con el RDL 7/2018 sobre el acceso universal al Sistema Nacional de Salud), y los delitos de odio contra personas de origen inmigrante(22).

Una clave para entender esta situación de relativa excepcionalidad española hacia la inmigración la

(21) Esta cuestión se desarrolla en el Documento de trabajo 5.6. *Nuevas intolerancias para nuevos colectivos: inmigración y diversidad cultural*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.

(22) Alrededor de 600 incidentes en 2017, aunque el Movimiento contra la Intolerancia estima que podrían ascender a entre 4.000 y 6.000; en todo caso, muy lejos de los 24.000 casos de Alemania y los 60.000 de Gran Bretaña. Más información en <http://www.informeraxen.es/wp-content/uploads/2018/07/Especial-2017.pdf>. Ver también el Documento de Trabajo 5.6: *Nuevas intolerancias para nuevos colectivos: inmigración y diversidad cultural*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.

GRÁFICO 5.8. Evolución de la consideración como primer problema de España de los siguientes problemas: el paro, los problemas de índole económica, la inseguridad ciudadana y la inmigración, septiembre 2000-junio 2018



Fuente: Elaboración propia a partir del Barómetro mensual del CIS.

encontramos en la disociación existente en nuestro país entre la preocupación por la inmigración (y por la inseguridad ciudadana, tan a menudo relacionada con esta) y la preocupación por el paro y los problemas de índole económica: ambas preocupaciones evolucionan sin ninguna relación aparente entre ellas (gráfico 5.8). Aunque en el discurso político y mediático la relación paro/inmigración o inseguridad/inmigración se utilice, desgraciadamente, con ligereza, no parece que en la opinión pública española se establezca dicha relación de manera inmediata.

Abundando en esta excepcionalidad española, según los datos del Eurobarómetro Standard

88(23), publicado en otoño de 2017, la escala de preocupaciones en España es muy distinta de la de la Unión Europea: mientras que en España los temas considerados más importantes para el país son el desempleo (58%) y la situación económica (34%), con la inmigración en octavo lugar (7%), en la Unión Europea este se escoge como el segundo mayor problema (22%), a escasa distancia del primero, el desempleo (25%). También es muy distinto el grado de apoyo a una política europea común sobre migración: si en el conjunto de la UE el apoyo a esta propuesta es del 69%, en España

(23) https://ec.europa.eu/spain/sites/spain/files/eb88_nat_es_es.pdf

TABLA 5.6. Opiniones respecto de la inmigración y el refugio en España y en la UE. 2017 (%)

	España	UE 28
Favorables a la inmigración de personas procedentes de otros estados miembros de la UE	72	64
Favorables a la inmigración de personas de fuera de la UE	58	39
Favorables a proporcionar ayuda a las personas refugiadas	81	67

Fuente: Elaboración propia a partir del Eurobarómetro Standard 8 (2017).

sube hasta el 88%. En cuanto a la valoración de la contribución de las personas inmigrantes, el 62% de las y los españoles están de acuerdo en que esta es positiva, frente al 48% de media en la UE. Esta diferente valoración, siempre más positiva en el caso de la opinión pública española, se manifiesta especialmente en los casos más problemáticos, como son los de las personas refugiadas y las personas inmigrantes procedentes de fuera de la UE (tabla 5.6).

Sin embargo, la evolución experimentada por la opinión pública en España en relación con algunos de los temas que constituyen e impulsan la agenda *dextropopulista* (nación, pluralismo, diversidad, inmigración, Europa) apunta a la posibilidad de cambios que pueden cuestionar el mantenimiento de la idea de la «excepción española» en el futuro próximo.

Con relación a la Unión Europea, el Eurobarómetro Standard 8 de 2017 mostraba una sociedad española mucho más europeísta, en principio, que la mayoría de los países de la UE: el 88% de las personas encuestadas en nuestro país decían sentirse ciudadanas de la UE (frente al 70% de media en la Unión), el 71% se sentían unidas a la UE (frente al 55% de media) y el 73% unidas a Europa (el 64% de media en toda la UE). Pero, si diferenciamos entre un euroescepticismo blando, partidario de avanzar en la integración europea pero discrepante de determinadas políticas, y euroescepticismo duro, que rechaza la Unión Europea en cuanto tal y propugna la salida de la misma de su país (Castells et al. 2018: 375), en el transcurso de la crisis no ha aumentado en

España el rechazo explícito de la Unión Europea, pero sí un cierto alejamiento del ideal europeísta (Aixalà i Blanch 2014).

Según datos del Eurobarómetro 89.2 de mayo de 2018 España es uno de los países donde un menor porcentaje de la población considera que su opinión cuenta en la UE, el 35%, un porcentaje similar al de la muy euroescéptica Gran Bretaña; es también uno de los países donde mayor insatisfacción se expresa respecto del funcionamiento de la democracia en la Unión: solo un 38% de la ciudadanía española declara estar satisfecha, muy por debajo de la media de la UE (46%), y solo por encima de Grecia (29%). Asimismo, el 46% de la ciudadanía española considera que no es importante votar en las elecciones europeas. Sin embargo, España se sitúa por encima de la media de la UE (del 60%) cuando se pregunta si se piensa que pertenecer a la Unión es bueno para nuestro país: el 68% responde afirmativamente (frente al 47% en el Reino Unido)(24).

Como hemos planteado en el apartado 3 de este capítulo, cabe pensar que la valoración del funcionamiento de la democracia en la UE puede guardar relación con la situación económica de cada país. Así se indica en el Eurobarómetro 89.2, al comparar las distintas realidades de Irlanda y Países Bajos, por un lado, y de España y Grecia, por otro (tabla 5.7).

(24) www.europarl.europa.eu/at-your-service/files/heard/eurobarometer/2018/eurobarometer-2018-democracy-on-the-move/report/es-one-year-before-2019-eurobarometer-report.pdf

TABLA 5.7. Satisfacción con la democracia y situación económica en Irlanda, Países Bajos, España y Grecia

	Satisfacción con el funcionamiento de la democracia		Las cosas van por buen camino		PIB per cápita 2017	Tasa de desempleo 2018
	En nuestro país	En la Unión	En nuestro país	En la Unión		
Irlanda	80%	74%	74%	62%	60.729€	6%
Países Bajos	82%	51%	59%	41%	44.801€	3,9%
España	37%	38%	20%	26%	31.915€	16,1%
Grecia	28%	29%	9%	15%	23.224€	20,8%

Fuente: Elaboración propia a partir del Eurobarómetro 89.2.

Sin embargo, y al igual que veíamos anteriormente para el caso de España, no deberíamos contentarnos con pensar que esta crisis de confianza en el proyecto de integración europea es una simple consecuencia de la crisis económica y que, por ello, a medida que los procesos y los datos económicos se vayan normalizando el euroescepticismo se volverá euro-optimismo o, cuando menos, euro-realismo. Pero no parece que vaya a ser así. La crisis de 2008 y, sobre todo, la nefasta gestión que de la misma hizo la «troika» (Comisión Europea, Banco Central Europeo y Fondo Monetario Internacional) ha provocado una profunda herida en el proyecto europeísta. El discurso falsamente moralizante (Beck 2013) impulsado por los países del norte, con Alemania al frente, que buscaba encubrir la incómoda realidad de que, en todo caso, no pueden existir unos «deudores irresponsables» (supuestamente, los europeos del sur) sin que correlativamente haya «acreedores insensatos» (Castells et al. 2018: 99), puso en cuestión uno de los pilares fundamentales del proyecto de unidad europea, el de la solidaridad interna, precisamente cuando más necesario era su defensa:

Mientras los fundamentos de la vida cotidiana, del trabajo y la subsistencia en todas sus dimensiones funcionen sin contratiempos, tener un pasaporte europeo supone un valor añadido que en general la gente aprecia y apoya.

Pero en caso de que surja una crisis que exija la solidaridad entre los europeos en general, la debilidad de la identidad europea da paso al predominio de los intereses nacionales protegidos por el Estado-nación. (...) En resumen: la identidad europea, y por consiguiente la solidaridad europea, se termina ante la frontera (y el coste) de tener que compartir el dolor de las crisis que afectan a «los otros europeos» (Castells et al. 2018: 31).

Una consecuencia muy relevante de esta crisis de la solidaridad europea ha sido la marcada quiebra de confianza hacia la Unión Europea producida entre las personas con menos ingresos en países como España, Grecia, Italia o Portugal. Antes de la crisis, en estos países no había diferencias significativas en el apoyo a la integración europea en función de los niveles de ingresos, pero en la actualidad se ha generado una importante brecha en el europeísmo de los grupos con menores ingresos (Lapuente et al. 2018: 55-56). Lo advertía con rotundidad Peter A. Hall al comienzo de la crisis:

El problema es que el juego político que acompaña a la crisis no augura nada bueno. Afianzar la base institucional de una relación coordinada no solo requiere que los Gobiernos cooperen. También exige que estos consigan los apoyos necesarios en sus electorados. Pero

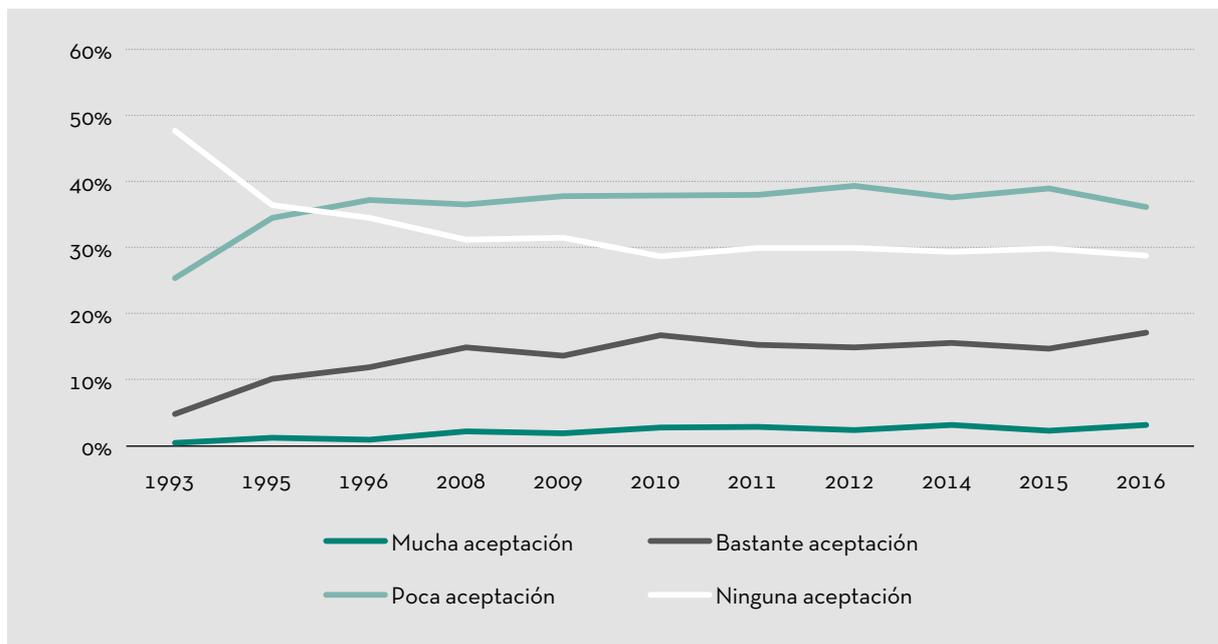
en la Europa de hoy están ausentes los esfuerzos para conseguir esos apoyos. Al contrario, el discurso político en el norte de Europa milita en contra de dicha cooperación. Incluso, los políticos con apoyo mayoritario, junto con los medios de comunicación, culpan de la crisis a la irresponsabilidad del sur de Europa en lugar de a los problemas estructurales de la UEM. (...) Esto es un problema: las palabras importan, la economía no rige el mundo sola. En el contexto de las exigencias electorales a corto plazo, los políticos se están comiendo las semillas de maíz de las que dependen sus futuras cosechas. Los propios términos en que los políticos del norte de Europa discuten hoy la crisis del euro harán que mañana sea más difícil conseguir el apoyo público necesario para lograr una cooperación eficaz (Pérez-Díaz, coord., 2012: 83-84).

En este contexto, entre 2013 y 2018 han surgido más de 70 nuevos partidos y alianzas en los

Estados miembros de la Unión, de los cuales 43 han logrado escaños en las elecciones legislativas de los diferentes países (Eurobarómetro 89.2 2017: 44). Partidos históricos, sobre todo los ubicados en el espacio de la socialdemocracia, han desaparecido. Y entre los nuevos partidos emergentes, muchos de los más influyentes son populistas de extrema derecha, con un discurso abiertamente euroescéptico y anti-inmigración (Lazaridis, Campani y Benveniste, eds. 2016; Algan et al. 2017; Georgiadoua, Rorib y Roumaniasc 2018).

Hasta la espectacular e inesperada irrupción de Vox en las recientes elecciones andaluzas del 2 de diciembre de 2018 España parecía inmune al contagio de este tipo de partidos políticos. Cuando en 2016 el CIS preguntaba sobre la aceptación que podría tener en España un partido xenófobo, solo un 3% consideraba que tendría mucha aceptación, aunque, es cierto, apenas una de cada tres perso-

GRÁFICO 5.9. ¿Cree Ud. que en España tendría aceptación un partido político de ideología racista o xenófoba? 1993-2016



Fuente: Elaboración propia a partir del CIS, listado de series temporales. Serie A.4.12.01.004.

nas se mostraba convencida de que no tendría ninguna aceptación (gráfico 5.9).

Pero ahora ya está aquí, y es muy probable que, al menos durante un tiempo, su mera existencia normalizada (además de la desmedida atención mediática que está recibiendo) incremente estas cifras de aceptación. En todo caso, es más que probable que a partir de ahora vivamos en nuestro país la misma experiencia que se ha analizado en otros países desde hace años: allá donde los partidos de derecha radical empiezan a tener éxito electoral, introducen en el escenario político temas y formas o estilos políticos hasta ese momento ausentes o marginales, ampliando lo que Pippa Norris llama «zona de aquiescencia» (Norris 2009: 32-34) al incorporar a la agenda política del resto de partidos las cuestiones que, se supone, han podido movilizar a su electorado: aquello de lo que no se hablaba, o aquellas formas de expresión política que estaban vetadas, empiezan a convertirse en normales. Ya lo estamos notando también en España.

Estos temas, según señalan los análisis postelectorales, han sido la defensa de la unidad de España y la inmigración, a los que han acompañado otros temas que no han movilizado el voto pero que sí han provocado revuelo mediático y social. Nos referimos a la insistencia con la que se han criticado y puesto en cuestión las políticas de igualdad y las medidas integrales contra la violencia de género. Con relación a este tema, dos cuestiones merecen una reflexión: por un lado, el riesgo que supone que otros partidos en la derecha introduzcan en la agenda política la deslegitimación de las políticas de igualdad fundamentada en falsedades y mentiras, introduciendo la duda y cambiando el lenguaje y, por tanto, la definición social del problema. Por otro lado, está la pregunta de por qué, si las políticas de igualdad y de lucha contra la violencia de género no han sido la principal motivación de los y las votantes de Vox, este partido ha situado en primera línea esta cuestión en el

pacto andaluz de investidura. Es posible que la ultraderecha sea consciente de las resistencias que a nivel social persisten en torno a esta cuestión y que su insistencia persiga la ampliación de su base social y electoral. Simone de Beauvoir nos avisó a finales de los cuarenta del pasado siglo XX y hoy en día se ha recuperado en las redes sociales su famosa frase: «No olvidéis jamás que bastará una crisis política, económica o religiosa para que los derechos de las mujeres vuelvan a ser cuestionados. Estos derechos nunca se dan por adquiridos, debéis permanecer vigilantes toda vuestra vida». Ante el discurso de la ultraderecha y, sobre todo, ante la ausencia de «cordones sanitarios» por parte de la derecha, es imperiosa esa vigilancia que salvaguarde los derechos adquiridos, y no solo los de las mujeres, también los de carácter subjetivo y universal.

Aún es pronto para valorar el desarrollo futuro que pueda tener una fuerza como esta en el escenario político español. Más interés tienen los perfiles que de sus votantes dibujan diversos análisis, pues a partir de ellos podemos reflexionar sobre las preocupaciones que mueven a sus potenciales seguidores:

- Una encuesta de Metroscopia realizada antes de las elecciones andaluzas describe a un hombre de mediana edad (el 72% de sus potenciales votantes son varones, con una edad media de 45 años), ideológicamente muy a la derecha (7,3 sobre 10), con unos ingresos altos (uno de cada cuatro españoles que votaría a esta fuerza política dispone de unos ingresos superiores a los 2.000 euros mensuales) y que hasta hace muy poco había votado al PP (seis de cada diez posibles votantes procederían de este partido)(25).
- Tras las elecciones andaluzas, a partir, por tanto, del análisis del voto real emitido, un minucioso

(25) <http://metroscopia.org/el-momento-vox/>

trabajo elaborado para *El País* descubría que Vox había tenido más éxito en municipios donde el PP y Ciudadanos tuvieron mejores resultados en 2015, en las ciudades más que en los pueblos (el 20% de los votos en las ciudades andaluzas más pobladas, solo el 8% en los municipios con densidades de población más bajas), en ciudades y municipios de rentas medias o altas (en las veinte localidades más prósperas alcanza un 13% de votos, dos puntos por encima de la media autonómica), y también en localidades con mayor presencia de inmigración de fuera de la Unión Europea (en los diez municipios con mayores tasas de población extranjera no comunitaria obtuvo de media un 20% de votos)(26).

- Por último, una encuesta postelectoral de la empresa 40dB. para *El País* presenta coincidencias con lo dicho hasta ahora, pero también algunas diferencias. Vox consiguió más votos entre las personas mayores de 64 años (el 28% de sus votantes tenían esta edad) y entre trabajadores y jubilados (el 82% de sus votantes); en cambio, su porcentaje de votos es menor en los municipios de menos de 10.000 habitantes (donde solo captan un 10% de sus votos), entre quienes solo tienen estudios primarios (el 4% de sus votantes) y entre las personas con rentas más bajas (apenas un 2% de sus votos proceden de esta categoría). En cuanto a la variable sexo, en contra de la idea de que el voto a este tipo de formaciones políticas está muy masculinizado, esta encuesta revela que la mitad de las personas entrevistadas que afirmaron haber votado a Vox eran mujeres. Resulta de mucho interés atender al resumen que hace Kiko Llaneras de los resultados de esta encuesta:

Este perfil transversal del votante de Vox sugiere que su elemento vertebrador no es tanto sociológico como de ideas. Lo que aglutina a sus

(26) https://elpais.com/politica/2018/12/03/actualidad/1543829876_200181.html

partidarios son sus motivos. ¿Por qué eligieron votarlo? Ante esa pregunta, tres de cada cuatro votantes de Vox citan al menos un argumento nativista: una cuarta parte quiere «frenar a los independentistas», un tercio busca «defender la unidad de España» y casi la mitad confiesa que se decidió por «su discurso sobre la inmigración»(27).

Inmigración y unidad de España: estos son, parece, las dos grandes cuestiones que, hoy por hoy, concentran las preocupaciones de una parte de la sociedad española potencialmente dispuesta a apoyar un proyecto político de derecha extrema. En lo que se refiere a la inmigración, ya hemos indicado que esta temática no se relaciona de manera inmediata con el paro o la inseguridad ciudadana. Otra cosa es que no exista la posibilidad de hacerlo: para ello haría falta algún elemento activador de la xenofobia (algo que no ocurrió ni siquiera con el terrible atentado del 11 de marzo de 2004 en Madrid). Pero, por el momento, es mínimo el porcentaje de quienes declaran sentir rechazo por tener vecinos extranjeros (4,8%) o por personas de otras razas (7,6%), y más de nueve de cada diez personas afirman que tales grupos no les molestan como vecinos. En general, casi seis de cada diez personas declaran en España querer vivir en una sociedad en la que prevalezca la multiplicidad de orígenes, culturas y religiones, aunque un tercio prefiere vivir en una sociedad más homogénea(28).

En cuanto a la cuestión del nacionalismo español, en principio tampoco parecen darse las condiciones para que esta se convierta en activadora de un voto de ultraderecha significativo. Aunque no exenta de debate, una buena parte de la historio-

(27) https://elpais.com/politica/2018/12/10/actualidad/1544457793_075029.html

(28) Ver el Documento de Trabajo 5.6. *Nuevas intolerancias para nuevos colectivos: inmigración y diversidad cultural*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.

TABLA 5.8. Sentimiento de pertenencia español y/o de la comunidad autónoma (CA) de la persona encuestada. 2012-2018

	Únicamente español/a	Más español/a que CA	Tan español/a como CA	Más CA que español/a	Únicamente CA
2012	16,2	6,6	54,4	11,4	5,8
2013	16,5	6,5	52,8	11,7	6,1
2014	17,4	5,9	51,5	11,9	6,8
2015	16,8	5,7	53,5	11,7	6,4
2016	16,5	5,9	53,8	11,6	6,1
2017	16,2	6,8	52,5	11,7	6,1
2018	16,3	7,0	55,0	10,6	5,1

Fuente: Elaboración propia a partir del CIS.

grafía española sostiene la tesis de que nuestro país fracasó relativamente en su transformación desde el imperio a la nación. España se construyó en el siglo XIX como un proyecto desde las élites regionales, una realidad jurídica e institucional, pero carente de cualquier consenso cultural que fuera más allá de un tradicionalismo católico. El franquismo acabó con el intento republicano de construir una España moderna, liberal y plural. Aún hoy, para una gran parte de la ciudadanía española, especialmente para la que se ubica en la izquierda ideológica, España es el «Estado español», un artefacto jurídico-político frío, carente de cualquier connotación afectiva, que se reserva para las «naciones originarias»: la vasca, la catalana y la gallega. Como consecuencia, el sentimiento nacional español, definido como identidad exclusiva o única, se sitúa en torno al 16% de la población, mientras que más del 50% comparte sin problemas el sentimiento de pertenencia a España y a su respectiva comunidad autónoma (tabla 5.8).

En el mismo sentido, la sociedad española nunca ha considerado a los nacionalismos como uno de los grandes problemas de nuestro país. Así y todo, la cuestión de Cataluña ha agitado las aguas de la opinión pública en el último año, hasta el punto de que en octubre de 2017 la independencia de Cataluña fue señalada como el principal problema

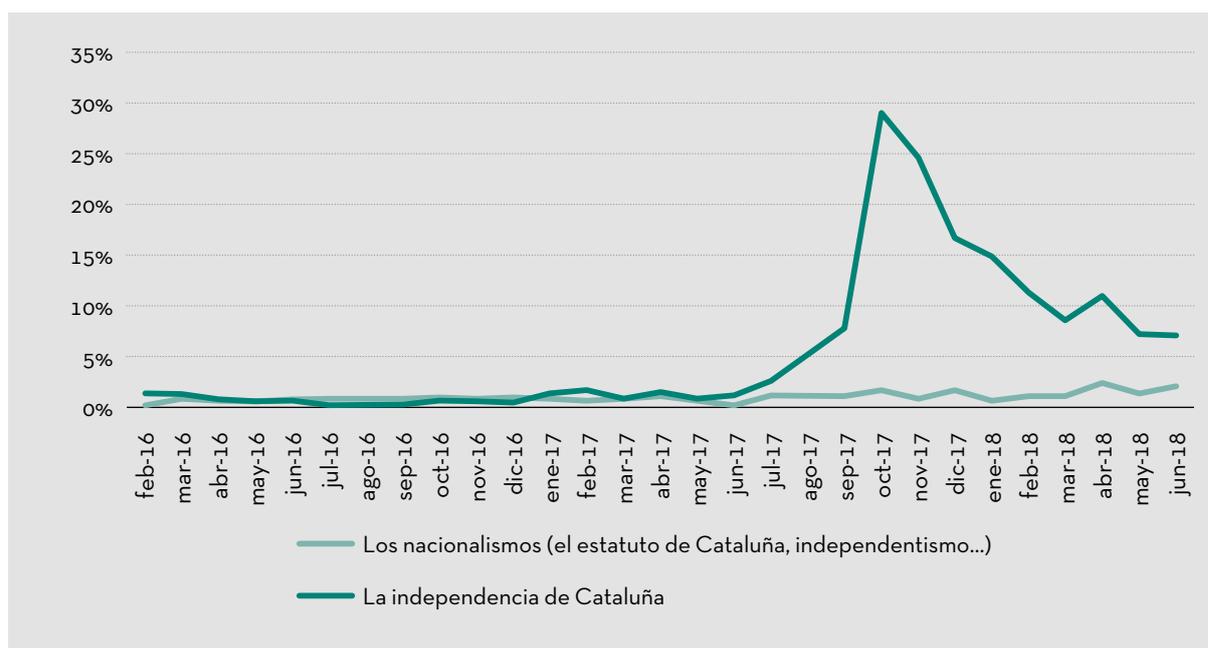
de España por un 29% de las personas encuestadas por el CIS, aunque unos meses después este porcentaje había descendido hasta el 7% (gráfico 5.10).

En todo caso, y como apuntábamos en relación a la cuestión de la inmigración, aunque la cuestión nacional (otro de los grandes temas de la agenda de la derecha populista) no es en estos momentos en España un material fácilmente inflamable (al menos con carácter mayoritario), sí contiene un potencial de polarización y de conflicto que puede ser objeto de la manipulación política; especialmente cuando se enfrenta con otros nacionalismos periféricos, estos sí, permanentemente y «naturalmente» activados.

Junto con la inmigración y la nación, hay una tercera cuestión (o conjunto de cuestiones) que, si bien no son señaladas por el sondeo de 40db. como una de las principales razones por las que las y los votantes de Vox eligieron esta opción en las elecciones andaluzas(29), sí se cita como uno de

(29) Según este sondeo postelectoral «derogar la Ley de Violencia de Género» fue escogida como una de las principales razones para votar a Vox por un 18% de sus votantes hombres, pero solo por el 4% de las mujeres que eligieron esta opción en las elecciones andaluzas.

GRÁFICO 5.10. Evolución de la consideración como principal problema de España de los nacionalismos y de la independencia de Cataluña (febrero 2016-junio 2018)



Fuente: Elaboración propia a partir del CIS, barómetros mensuales.

los fundamentos de los grupos de extrema derecha en Europa: nos referimos a la cuestión de la diversidad sexual y de género (Köttig, Bitzan y Petó, eds., 2017; McRobbie 2018). En efecto, la misma reacción frente a las reivindicaciones y las conquistas del movimiento feminista que en 1991 analizó Susan Faludi, desenmascarando y denunciando la «larga, dolorosa e incesante campaña para frustrar los avances de las mujeres» (Faludi 1993: 543), emprendida en Estados Unidos una década antes, se ha convertido hoy en uno de los ejes fundamentales del proyecto de las derechas radicales.

Todas esas cuestiones están siendo utilizadas para articular e impulsar abiertamente un discurso cultural basado en la defensa de una identidad supuestamente natural (constituída para cada individuo por su sexo biológico-cromosomático y su cultura nacional) que debe ser defendida frente a toda pretensión constructorista que presente la identidad como mera elección o como mezcla. El paradigma

o tipo-ideal de esta reacción contemporánea es el *angry white man*, el varón blanco, caucásico, con bajo nivel de estudios, cualificación profesional media o baja y situación laboral vulnerable. Se trata de un tipo humano bien caracterizado en el escenario sociopolítico estadounidense (Kimmel 2013), tanto que a veces puede parecer una muestra casi caricaturesca de la particular idiosincrasia de aquel país; pero no deja de ser de utilidad, con las necesarias matizaciones y adaptaciones, para comprender el perfil del votante que apoya en Europa a los partidos populistas de derechas: varones inseguros en su masculinidad tradicional que se sienten víctimas de un feminismo supuestamente radical y hegemónico y de la corrección política que pretendería imponer; comunidades que ven amenazadas sus certidumbres y sus modos de vida tradicionales por una globalización que trae lo anteriormente extranjero o extraño (otras lenguas, otras costumbres, otras creencias) hasta el umbral mismo de su puerta; personas consumidas por una sensación de impoten-

cia, de que su voz no cuenta, de que han perdido todo control sobre su presente y su futuro; individuos angustiados por su porvenir material y por el de sus descendientes, que ven cómo el ascensor social se ha detenido para sus hijas e hijos...

Nada de esto permite apuntar a la conformación de un bloque social homogéneo, de contornos delimitados. Más bien nos encontramos con una multiplicación de las líneas de fractura social, de manera que prácticamente cualquier variable (sexo, edad, etnia, hábitat, nivel de estudios, situación socioeconómica, identidad nacional, religiosidad...) puede dar lugar a movimientos de unión/confrontación de intereses o de miedos (más bien esto segundo), entrecruzados de tal manera que solo una operación de abstracción permite hablar de grupos sociales claramente definidos. De manera que se puede explicar el #MeToo como un movimiento de mujeres frente a las violencias machistas, pero también puede cuestionarse como un movimiento de mujeres blancas de clase media, (neo)liberal (Arruzza, Bhattacharya y Fraser 2018); o se puede reivindicar la «España vacía» (del Molino 2016) frente a la España de las grandes urbes, pero también se detectan tensiones en las zonas rurales entre «nativos» (personas mayores, vinculadas al sector primario, defensoras de usos tradicionales del campo, como la caza) y «neorurales» (personas jóvenes, vinculadas al sector servicios, con cultura urbana y ecologista).

Desde posiciones progresistas se ha intentado superar estas divisiones recurriendo a recuperar perspectivas como la de la *interseccionalidad* (Crenshaw 1991)(30) o proponiendo otras nuevas, como la de *traducción intercultural e interpolítica* (Santos 2014a: 301-306)(31). Pero hasta el mo-

mento lo que tenemos son reivindicaciones episódicas, de compleja transversalización, incapaces de generar una propuesta de futuro compartida que vaya más allá del rechazo de determinados aspectos del presente. Muchos «noes», por más fundados y razonables que sean, no son suficientes para construir un gran «sí» colectivo.

Una de las paradojas de nuestro tiempo es que quienes más éxito están teniendo a la hora de sumar «noes» son los partidos (o los proyectos) de derecha radical. Como resume Michel Wiewiorka, estos partidos «dan forma a los temores y a las preocupaciones culturales y también económicas, y resultan atractivos para los perdedores, los excluidos, los olvidados y los marginados por la modernización» (en Castells et al. 2018: 469). Impulsores de una política negativa («impolítica» la denomina Pierre Rosanvallon), «expresan simplemente de manera desordenada y rabiosa el hecho de que ya no saben dar sentido a las cosas y encontrar su lugar en el mundo (...) deben detestar para tener esperanzas» (Rosanvallon 2007: 187-188).

En este contexto, aunque no es cierto que sea este el votante que está impulsando la ola dextropopulista en todo el mundo(32), se ha extendido como si de una evidencia se tratara la tesis de que es el voto de las clases populares el que está impulsando el ascenso de las fuerzas políticas más reaccio-

zando de esta manera sus posibilidades de articulación y de acción conjunta (SANTOS 2014: 301).

(32) Solo a modo de invitación a seguir profundizando en el tema, dos análisis que matizan la idea, tan extendida, de que los triunfos de Trump en Estados Unidos y de Bolsonaro en Brasil se explican por el apoyo masivo que ambos políticos recibieron de las clases trabajadoras o pobres. Para el primer caso: NICHOLAS CARNES y NOAM LUPU, «Los votantes de Trump no son obreros», *El País*, 4 agosto 2017. https://elpais.com/elpais/2017/07/03/opinion/1499098968_973656.html. Para el segundo caso: KIKO LLANERAS, «Bolsonaro arrasa en ciudades blancas y ricas: un mapa del voto en 5.500 municipios», *El País*, 28 octubre 2018. https://elpais.com/internacional/2018/10/23/actualidad/1540291997_116759.html

(30) Entendiendo por tal la perspectiva que analiza las situaciones de opresión que sufre una persona en base a su pertenencia o adscripción a múltiples categorías sociales, como pueden ser la raza, el género y la clase.

(31) De lo que se trata es de poner todos los medios para aumentar el conocimiento, la comprensión y la confianza entre movimientos sociales en diversos ámbitos, maximizando

narias en Europa y Estados Unidos. Según esta tesis, el éxito de estas fuerzas de derecha radical se explicaría por su capacidad para conectar con las preocupaciones y temores de las clases populares y medias, antaño identificadas con los partidos socialdemócratas o la democracia cristiana, fuerzas moderadoras esenciales en la construcción de los modernos estados de bienestar. La centralidad que a partir de los años Setenta tiene la cuestión de la identidad, el agotamiento del mundo fordista de las grandes concentraciones (de productores en serie, de consumidores en masa, de habitantes en un mismo entorno barrial), el final de los grandes relatos, la prevalencia de los valores posmaterialistas entre los grupos sociales cultural y políticamente más influyentes, el debilitamiento de los estados en la globalización, la atomización neoliberal del «la sociedad no existe»...; todo ello ha transformado radicalmente el hábitat de significados que hizo posible el mundo que conocimos tras la segunda guerra mundial.

Aquella época, caracterizada por «una mezcla de innovación social y conservadurismo cultural» (Judt 2010: 60), dio paso a otra de innovación cultural (hasta generar «guerras culturales») y conservadurismo social (vuelta a la cultura social del primer capitalismo). Un énfasis excesivo, monotemático, en las problemáticas relacionadas con la diversidad (feminismo, derechos LGTBI, multiculturalismo, antirracismo...) se habría convertido en una auténtica «trampa» (Bernabé, 2018) que llevó a los partidos progresistas a desclasarse, a abandonar cualquier relación material con sus antiguos votantes de clase obrera, que ahora buscarían amparo en la derecha radical (Eribon, 2017).

Una derecha nueva, no una mera continuación de los viejos fascismos del siglo XX, distinta también del neofascismo nostálgico y revisionista de los Ochenta, que Enzo Traverso (2018) prefiere denominar *posfascismo*, caracterizada por una mezcla (potencialmente explosiva) de naciona-

lismo, autoritarismo, tradicionalismo, machismo, islamofobia, populismo y antipluralismo, y que se ha mostrado capaz de incorporar a su programa la recuperación de un Estado de bienestar fuerte, sí, pero circunscrito expresamente a la ciudadanía nacional: es lo que se ha denominado *gaucho-lepénism*, «lepenismo de izquierda» (Fassin 2018: 72) o *welfare chauvinism*, «chovinismo del bienestar» (Van Der Waal, De Koster y Van Oorschot 2013; Keskinen 2016; Ennsner-Jedenastik 2018; Heizmann, Jedinger y Perry 2018). Como recuerda Colin Crouch, pese a las proclamas internacionalistas y cosmopolitas características de los partidos socialdemócratas, «el «universalismo» del Estado de bienestar socialdemócrata casi siempre ha sido un universo limitado que se interrumpe en la frontera nacional», ya que se fundamenta en el concepto de la ciudadanía nacional. De ahí su advertencia:

Nunca ha habido ninguna razón para que los votantes corrientes de la socialdemocracia, a diferencia de sus pensadores, tengan una actitud cosmopolita. Esta idea se expresa con enorme claridad en el concepto sueco del Estado del bienestar como folkshemmet, el lugar donde la gente puede sentirse como en su casa (...). Razonar en esta línea lleva a algunos a aspirar a una socialdemocracia nacional, que exige una estricta limitación a la inmigración, el rechazo del liberalismo y, en el caso de los países europeos, la salida de la UE (en Castells et al. 2018: 461).

La crisis económico-financiera de 2008 ha acabado siendo experimentada por las sociedades europeas como una profunda crisis de la política, como una crisis de *impotencia democrática* (Sánchez-Cuenca 2014). Enfrentados al *trilema de la globalización* descrito por Dani Rodrik (figura 5.3), todos los gobiernos socialdemócratas «capturados intelectualmente por la agenda de la hiperglobalización» (Rodrik 2018), han acabado por sucumbir a la influencia de autoridades contramayoritarias co-

FIGURA 5.3. El trilema político de la economía mundial



Fuente: Rodrik, 2011: 219.

mo la «Troika», sacrificando la política democrática interna y compartiendo sin ningún matiz el paradigma ordoliberal de la *Marktconforme Demokratie*, la democracia en plena conformidad con las exigencias del mercado (Blyth 2014: 264-279).

En su análisis, Rodrik considera que es imposible aspirar a tener, a la vez, hiperglobalización (es decir, un mundo sin fronteras para el intercambio de bienes, servicios y capitales), soberanía nacional y democracia (Rodrik 2011: 218-223). Como en todo trilema, como mucho podemos aspirar a lograr dos de estos tres objetivos, sacrificando un tercero:

a) En caso de optar por la hiperglobalización y por mantener una apariencia de Estado nación, habría que renunciar a la política democrática y someterse a lo que Thomas Friedman denominó *the Golden Straitjacket*, la «camisa de fuerza dorada» (Friedman 2000: 101-111), en última instancia el sometimiento a las reglas de juego del libre mercado en la economía global. La reforma-exprés del artículo 135 de la Constitución española impulsada por el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero en 2011 es un buen ejemplo de este sometimiento.

b) Si a lo que se aspira es a recuperar soberanía nacional y a mantener la política democrática interna es preciso sacrificar la hiperglobalización: recuperar o reforzar barreras aduaneras y restricciones fronterizas a los flujos de bienes y de capital, como si de una recreación del régimen de Breton Woods se tratara. El discurso proteccionista de Donald Trump o el Brexit serían ejemplo de esta estrategia.

c) Por último, si lo que se pretende es avanzar en la globalización sin renunciar a la democracia sería preciso superar el sistema de Estados nación y reducir significativamente la soberanía nacional para construir algún tipo de régimen de gobernanza global fundado sobre instituciones globales robustas, eficaces y legitimadas. Este ha sido el objetivo, a escala regional, que se buscaba con la Unión Europea.

La gestión austeritaria de la crisis de 2008 se articuló en Europa desde el modelo de la camisa de fuerza dorada, de manera que al déficit democrático originario característico del proceso de construcción de la Unión Europea (Castells *et al.* 2018: 359-367) se ha añadido una fortísima deslegitima-

ción por parte de una ciudadanía sometida a «una gigantesca operación disciplinaria» (Stavrakakis, 2013: 16) en la que el pueblo europeo no ha jugado otro papel que el de sujeto paciente de una inmisericorde política de *shock* adoptada por poderes totalmente ajenos a su control. Como lamentaba Jürgen Habermas en un artículo reciente, «es un escándalo que, en la casa sin terminar de la Unión Europea, una política tan draconiana, que tanto afectó a la red de bienestar social de otros países, careciera de la legitimidad más básica, al menos en comparación con nuestros criterios democráticos habituales» (Habermas 2018).

En esta situación, y en ausencia de cualquier propuesta de coordinación global supraestatal que module los efectos de la hiperglobalización, no es de extrañar que en todos los países se esté produciendo el mismo movimiento de renacionalización (o relocalización) de la política: «primero los nuestros» se ha convertido en carta de triunfo en el juego político actual, y a esta carta apuestan todas las fuerzas políticas, no solo desde posiciones de derecha radical, sino también desde posiciones de izquierda. La alarma surgió en septiembre de 2018 en Alemania, cuando Sahra Wagenknecht y Oskar Lafontaine, destacados líderes de Die Linke, anunciaron el lanzamiento del movimiento Aufstehen («En pie»), bajo la premisa de que la única forma que la izquierda tiene de aguantar el pulso de la ultraderecha es haciendo suyo un discurso exigente en materia de inmigración y refugio, endureciendo las condiciones de acceso y de estancia en el país. Por esas mismas fechas, en nuestro país, un artículo firmado por Héctor Illueca, Manuel Monereo y Julio Anguita, en el que se hacía una valoración muy positiva del denominado «Decreto Dignidad», mediante el que el gobierno italiano pretende combatir la precariedad laboral o las deslocalizaciones de empresas (Illueca, Monereo y Anguita 2018a), generó un importante debate al entender diversos analistas que los autores del artículo daban su *placet* a unas políticas social-nacionales impulsadas por el gobierno más anti-inmigración

de toda la Unión Europea(33). En su réplica a estas críticas, los autores dejaban clara su defensa del proteccionismo y su apuesta por una renovada y refortalecida soberanía nacional:

Ya no es posible ocultar que detrás del gobierno italiano hay un ejército de perdedores que salieron con los huesos rotos de la globalización y las políticas de austeridad europeas. (...) Los autores de este artículo no tenemos ninguna simpatía por Matteo Salvini, pero creemos que su ascenso, y el de otras figuras afines en varios países europeos, no es más que un reflejo del fracaso de la izquierda. La demostración de su incapacidad para canalizar las energías de cambio latentes en la sociedad. La prueba que atestigua la decadencia de una izquierda que se hizo neoliberal y ya no es capaz de entender a su pueblo. Se acabó el tiempo del europeísmo ingenuo y evanescente. Se acabó el tiempo de «más Europa». La clave, se quiera o no, es la contradicción cada vez más fuerte entre los partidarios de la globalización neoliberal y aquellos que, con más o menos conciencia, defienden la soberanía popular y la independencia nacional y apuestan por la protección, la seguridad y el futuro de las clases trabajadoras (Illueca, Monereo y Anguita 2018b).

La misma posición defendida una década antes por Jorge Vestrynge, aunque este lo hiciera con mucha mayor honestidad intelectual al afron-

(33) A modo de ejemplo: E. RODRÍGUEZ, «La tentación rojiparda», CTXT, 10/09/2018, <https://ctxt.es/es/20180905/Firmas/21596/emmanuel-rodriguez-tribuna-rojipardismo-clase-obrera.htm>; S. FORTI, «¿Por qué queréis blanquear a Salvini?», CTXT, 11/09/2018, <https://ctxt.es/es/20180905/Politica/21599/Steven-Forti-Hector-Illueca-Manolo-Monereo-Julio-Anguita-Cuarto-Poder-Movimiento-5-Estrellas-la-Liga.htm>; A. GIL, «¿Provocadores, incorrectos o 'rojipardos'?»: el discurso de Anguita y Monereo sobre Italia y la UE que agita a la izquierda», *El Diario*, 28/09/2018, https://www.eldiario.es/politica/Provocadores-Anguita-Monereo-Italia-UE_o_818568914.html

tar explícitamente el principal efecto colateral de esta renacionalización de Europa, que no es otro que el reforzamiento de las fronteras: «hay un hecho nacional evidente, no desenraizable, no obviaable: los trabajadores son en primer lugar

los nuestros, los españoles, y los europeos. Eso primero y después lo demás. (...) ¿Tan mierda es Europa que no nos atrevemos, desde la izquierda real, a reivindicar una «preferencia comunitaria»?» (Vestrynge 2008: 64).

5.6. Ansiedad por el estatus

En un artículo publicado en octubre de 2018 Sami Nair mostraba su preocupación por el hecho de que, en toda Europa, movimientos populistas surgidos hace unos años como reacción contra la crisis sobre la base de ideas «supuestamente anti-capitalistas» ahora estarían girando hacia posiciones de «nacional populismo» (Nair 2018). ¿Pueden ser las protestas de los *gilets jaunes*, los chalecos amarillos en Francia, la expresión de un nuevo ciclo político de protesta coincidente con la nueva fase de indignación abierta en junio de 2016 con el triunfo de la opción *exit* en el referéndum de junio de 2016 sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea, y confirmada en noviembre de ese mismo año con la victoria de Donald Trump en las elecciones a la presidencia de los Estados Unidos?

¿Quiénes son los chalecos amarillos? No es fácil responder a esta pregunta, pero parece evidente que quienes protagonizan este movimiento se alejan considerablemente del perfil social que la indignación presentaba en 2011: mayoritariamente joven, urbano, universitario, de clase media, de izquierdas. Ahora son otras las características de estas personas: obreros y empleados precarios, habitantes de ciudades medias o de zonas rurales, fundamentalmente varones... Sus protestas se dirigen también contra la crisis, sus consecuencias y su gestión política: en esto coinciden con la indignación de 2011. Pero su detonante, el incremento del impuesto sobre los carburantes anunciado por el Ministerio de Transición Ecológica del Gobierno de Macron no hubiese aparecido jamás en la agen-

da del 15M, ni en la del también francés movimiento *Nuit debout* (Pulgar Pinaud 2016). Es cierto que a esta reclamación inicial se han ido añadiendo otras(34), como la subida del salario mínimo a 1.300 euros al mes, la protección de la industria francesa frente a las deslocalizaciones, la pensión mínima de 1.200 euros, el mantenimiento de las líneas ferroviarias y las oficinas de correos en las zonas rurales, etc. Aunque algunas lecturas enfatizan el potencial progresista del movimiento(35), lo cierto es que parece más bien una agenda propia de unas clases medias a la defensiva, con muchas posibilidades de caer en el espacio de ese chovinismo del bienestar al que nos hemos referido en el apartado anterior(36). Como resumía una crónica informativa, «se pide, en resumen, pagar menos impuestos y mejorar los servicios sociales»(37). Las analogías con el *poujadisme* de finales de los años Cincuenta son evidentes(38).

(34) <https://www.cnews.fr/france/2018-12-27/la-liste-des-revendications-des-gilets-jaunes-801586>

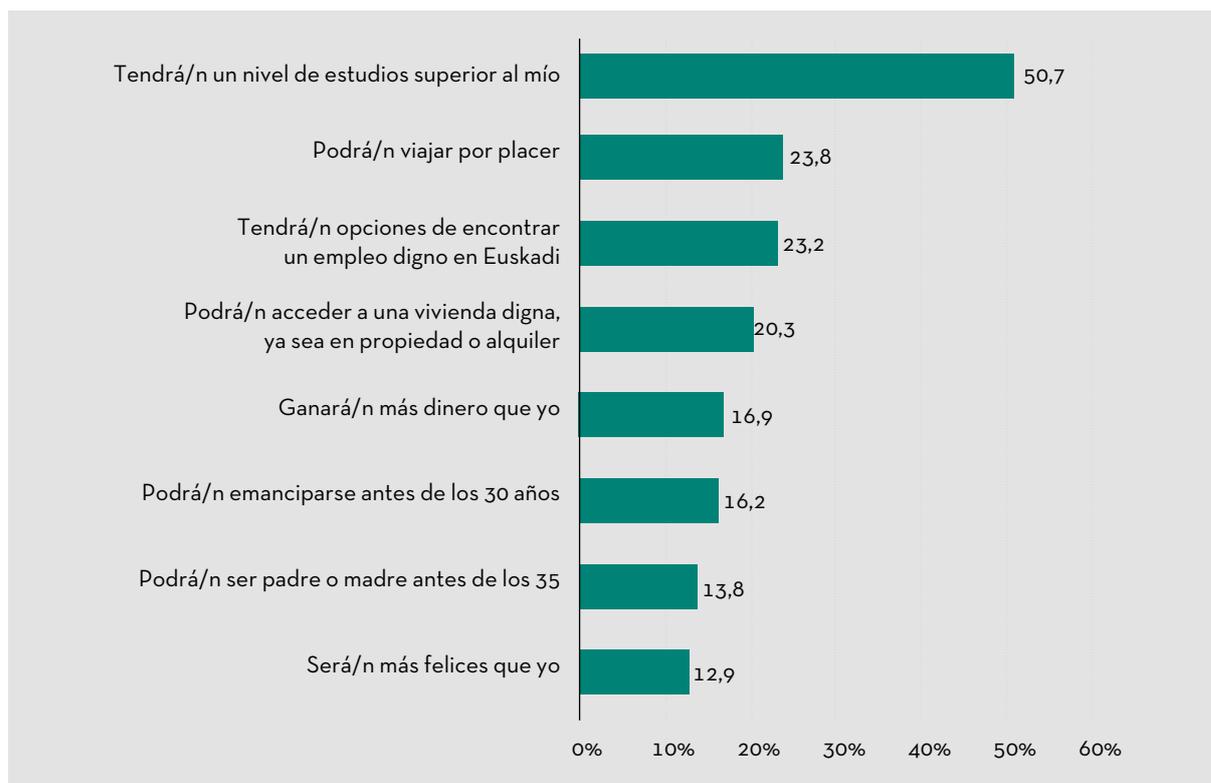
(35) https://www.syllepse.net/syllepse_images/gilets-jaunes--des-cles-pour-comprendre.pdf

(36) Una encuesta realizada en noviembre de 2018 desvela que la tasa de personas que se declaran «chalecos amarillos» es muy alta entre los votantes en primera vuelta de Marine Le Pen, un 42%. https://elabe.fr/wp-content/uploads/2018/11/20181128_elabe_bfmtv_les-francais-et-les-gilets-jaunes.pdf

(37) https://www.elconfidencial.com/mundo/2018-12-04/quienes-son-chalecos-amarillos-radiografia-movimiento-sin-lideres_1683874/

(38) SUMPF, A.: «Le poujadisme», *Histoire par l'image* [en línea], consulté le 09 janvier 2019. <http://www.histoire-image.org/fr/etudes/poujadisme>

GRÁFICO 5.11. Expectativas sobre la vida que tendrán los hijos e hijas de las personas encuestadas. 2018



Fuente: Elaboración propia a partir del Deustobarómetro, invierno 2018. Universidad de Deusto (barometrosocial.deusto.es).

Aunque las personas más afectadas por la crisis de 2008 han sido aquellas que se sitúan en las capas más humildes de nuestra sociedad (Comité Técnico de la Fundación FOESSA, coord., 2013; 2018; Belzunegui y Valls 2018; Salido 2018), durante todo este período se ha asentado la idea de que las grandes perdedoras de la crisis han sido las clases medias: no es así. Lo que sí es cierto es que la crisis ha provocado el «desclasamiento» de aproximadamente una cuarta parte de la clase media baja, aunque sin afectar significativamente a sectores más acomodados (Marí-Klose y Martínez Pérez 2015: 23). En términos generales, casi uno de cada seis hogares caracterizados como de clase media pasó a formar parte del grupo de renta baja (Ayala 2018). Pero si tenemos en cuenta que, más allá de su objetivación estadística, la

clase media se define en términos culturales por su naturaleza «aspiracional», la amenaza de desclasamiento o, incluso, de simple detención de las expectativas de ascenso social, se experimenta como una demoledora crisis existencial (Marí-Klose, Fernández y Julià 2015). Y es precisamente esto lo que parece estar ocurriendo y, sobre todo, lo que se anuncia para el futuro: una *sociedad del descenso* (Nachtwey 2017) en la que la promesa fundacional de los estados de bienestar de posguerra, la movilidad social ascendente, la mejora de la posición social de los descendientes respecto de la de los progenitores, ha entrado en crisis.

Según los datos del Deustobarómetro de invierno de 2018 (gráfico 5.11), la mayoría de la sociedad

vasca no cree que las futuras generaciones, sus hijos e hijas, vayan a vivir en mejores condiciones que las generaciones pretéritas. No creen que puedan encontrar en empleo digno en su Comunidad ni que puedan ganar más dinero que las actuales generaciones. Sorprende que tan solo un 12,9% considere que su hijo o hija será más feliz. Asistimos a un escenario de incertidumbre, pesimismo y resignación que creemos que no debiera interpretarse como conformismo.

Como si de un retorno a las condiciones sociales del Antiguo Régimen se tratara, el origen social pesa como una losa sobre las posibilidades vitales de las personas y la posición social de partida se convierte en una variable esencial a la hora de explicar los itinerarios laborales y económicos de cada cual, incluso en el caso de los individuos que han logrado graduarse en la universidad (Marqués 2015: 195), cuestionando así el ideal socialdemócrata de la igualación de las oportunidades mediante la educación. Se nos repite, como si de un destino fatal se tratara, que los llamados *millennials* (las personas de entre 18 y 37 años) son la generación que afrontará una vida peor que la de sus progenitores (Foundation for European Progressive Studies 2018). Y si las estimaciones manejadas por Piketty son plausibles, en el futuro la situación seguirá igual: para las generaciones nacidas a partir de los años Setenta y Ochenta «la herencia representará casi la cuarta parte de los recursos totales (...) de los que dispondrán a lo largo de su vida» (Piketty 2014: 460). En la fase actual del capitalismo, la posición social de partida vuelve a ser la más valiosa de las posesiones (Sennett 2006: 95). Las clases medias –se nos dice, desde hace tiempo, se insiste ahora– afrontan un futuro en el que no tienen sitio: están destinadas a desaparecer (Gaggi y Narduzzi 2007; Cowen 2014; Hernández 2014). El temor al desclasamiento emerge en los discursos de estas clases medias y se convierte en foco esencial desde el que interpretan su presente y su futuro (Alonso, Fernández e Ibáñez 2016), especialmen-

te en el caso de personas adultas jóvenes con formación superior, que se ven a sí mismas como parte de una «generación sacrificada» (Bogino-Larrambebere 2018).

En este contexto, se agudiza el riesgo de acabar encontrándonos con una dramática confrontación intergeneracional. Como si de un juego de suma cero se tratara, se discute hasta la saciedad sobre si las reivindicaciones de las personas jubiladas y pensionistas dan la espalda a las necesidades de las generaciones más jóvenes; sobre quiénes, mayores o jóvenes, afrontan un futuro más oscuro, etc. (Donce 2018; García Vega 2018). Todas y todos, jóvenes y mayores, igualmente alarmados, pero incapaces de encontrar un terreno de lucha intergeneracional compartido.

¿Cómo ha podido superar el capitalismo este escenario de incremento de las desigualdades y de debilitamiento de los vínculos iniciado en los años Ochenta? Lamentaba Tony Judt que, «gracias a medio siglo de prosperidad y estabilidad, en Occidente hemos olvidado el trauma social y político que representa la inseguridad económica de las masas, y en consecuencia no recordamos las razones que llevaron en primer término a la creación de los Estados de bienestar de los que hoy disfrutamos» (Judt 2008: 22). Así es; por cierto, no se trata de la primera vez que olvidamos las funestas consecuencias políticas que la inseguridad social masiva tiene sobre las sociedades. Lo advertía un clásico, R.H. Tawney, en 1931:

Que la combinación de democracia y desigualdad económica extrema forman un compuesto inestable no es ninguna cosa nueva. Era ya un lugar común de la ciencia política cuatro siglos antes de nuestra era. No obstante, aunque sea una perogrullada venerable, sigue siendo una perogrullada importante que se olvida periódicamente y que periódicamente, por tanto, es necesario volver a descubrir (Tawney 1945: 318).

Tras la agónica crisis total experimentada por el capitalismo en la década de los Setenta(39), un *nuevo espíritu del capitalismo* (Boltanski y Chiapello 2002) permitió superar esa situación crítica y remontarla hasta llegar al día de hoy. Entendiendo por espíritu el «conjunto de creencias asociadas al orden capitalista que contribuyen a justificar dicho orden y a mantener, legitimándolos, los modos de acción y las disposiciones que son coherentes con él» (Boltanski y Chiapello 2002: 46), tras la superación del primer espíritu característico del período fundacional del capitalismo (el descrito por Max Weber) y la crisis del segundo (propio del momento keynesiano-fordista), estos autores describen la configuración problemática y disputada de un tercer espíritu funcional para una nueva fase capitalista caracterizada por la mundialización, contenido en la figura de la *ciudad por proyectos*, algunos de cuyos rasgos esenciales son los siguientes: la *actividad* es la categoría a partir de la cual se entiende el valor de las personas(40); el compromiso con proyectos cuya duración temporal es limitada

exige la apelación al *entusiasmo* de las y los participantes en los mismos, por lo que la *actitud* se encuentra sometida a escrutinio permanente; en un mundo de proyectos temporales y sucesivos, la organización y la misma existencia en *red* se convierte en clave, ya que el capital social relacional de cada individuo es el que garantiza que pueda pasarse sin sobresaltos de una actividad a otra; las *conexiones* son, por tanto, el recurso fundamental para garantizarse el éxito personal (Boltanski y Chiapello 2002: 161-188).

Pero no todo el mundo puede desempeñarse con éxito en esta ciudad por proyectos. No todas las personas tienen la misma capacidad para crear actividades, ni la misma posibilidad de saltar de un proyecto a otro, ni el mismo capital social, ni la misma red de relaciones... La utopía luminosa de este *individualismo de la singularidad* (Rosanvallon 2015: 32) se vuelve, para muchas y muchos, una distopía de fracaso, angustia, frustración y resentimiento.

En 2003 el filósofo suizo Alain de Botton publicaba el libro titulado *Ansiedad por el estatus*, en el que analizaba la preocupación derivada de pensar que la posición social que ocupamos no es la que nos debería corresponder en función de nuestros merecimientos o nuestras expectativas. Según este autor, desde los años Cincuenta en nuestras sociedades se estaría produciendo un fenómeno que calificaba de paradójico: el acusado descenso en las situaciones de privación real se estaría viendo acompañado de una creciente sensación de privación y de un correlativo aumento del temor por esta causa (de Botton 2004: 53). Esta ansiedad va más allá de lo económico: «El efecto de poseer un estatus bajo no solo debe interpretarse desde el punto de vista material. La penalización no suele residir únicamente, al menos por encima del nivel de subsistencia, en la incomodidad física. También se sitúa, incluso de forma preponderante, en el desafío que el estatus bajo supone para el respeto que uno siente por uno mismo» (de Botton 2004: 16).

(39) Hablamos de crisis total porque a lo largo de aquella década se sucedieron y superpusieron diagnósticos de la crisis en términos de crisis fiscal (O'CONNOR, J. (1981): *La crisis fiscal del Estado*. Barcelona: Península, e.o. 1973), crisis de legitimación (HABERMAS, J. (1999): *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Madrid: Cátedra, e.o. 1973), crisis de gobernabilidad (CROZIER, M., HUNTINGTON, S.P. y WATANUKI, J. (1975): *The Crisis Of Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*. New York: New York University Press), crisis ecosistémica (MEADOWS, D.H. et al. (1972): *Los límites del crecimiento*. México: Fondo de Cultura Económica), crisis cultural y de valores (BELL, D. (1977): *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Alianza, e.o. 1976).

(40) Actividad que no se confunde con el empleo asalariado estable y productivo, sino que «se manifiesta en la multiplicidad de proyectos de todo tipo que pueden ser llevados a cabo y que hipotéticamente deben ser desarrollados de modo sucesivo, constituyendo el proyecto, dentro de esta lógica, un dispositivo transitorio» (BOLTANSKI Y CHIAPELLO 2002: 165). Encontramos aquí el fundamento de las denominadas políticas de activación que, cada vez más vinculadas con las políticas sociales, en los últimos tiempos delimitan un espacio poroso entre el *welfare* y el *workfare*.

Durante la mayor parte de la historia moderna, esta ansiedad por el estatus era desconocida. Existían potentes narrativas que desconectaban pobreza y respeto. Narrativas religiosas, como la que hacía de las personas pobres las favoritas de Dios; pero también narrativas seculares: en tiempos no tan lejanos, en tiempos de nuestras abuelas y abuelos, aún se escuchaba afirmar con rotundidad no exenta de orgullo aquello de «somos pobres, pero honrados». La pobreza de bienes y recursos (habría que hablar, más exactamente, de la suficiencia, la sencillez o la humildad, pues una frase tal no podría proclamarse en condiciones de verdadera miseria material) no estaba reñida con la dignidad personal; casi más bien al contrario(41). Pero a partir de los años Ochenta del pasado siglo, nuevas narrativas sustituyeron las tradicionales, de manera que la pobreza pasó a ser vista como una falla moral (tabla 5.9). Del sentimiento de orgullo por la suficiencia honrada y sencilla hemos pasado a la ansiedad y la vergüenza por el estatus propio y al rechazo de la pobreza ajena(42).

Este nuevo marco narrativo resultó ser plenamente funcional para una nueva era de las desigualdades (Fitoussi y Rosanvallon 1996) en la que, como advierte Marco Revelli, «después de cinco décadas en las que la igualdad había sido, en cierta medida, el valor social predominante —la «idea regulatoria» por la que se había guiado las políticas públicas del Occidente democrático y las mismas Constituciones de los países civilizados— se produjo, explícitamente, un punto de ruptura» (Revelli 2015: 23). Esta ruptura con la igualdad como idea

regulatoria fue especialmente intensa en los países anglosajones, pero también se ha dejado notar en Europa y en Japón (Piketty 2014: 345-350)(43).

El resultado, en términos culturales, es una acelerada hiperindividualización que explica en términos estrictos de mérito o demérito personal el desempeño económico de cada cual, configurando un mundo de emprendedoras y emprendedores esencialmente solitarios, compitiendo entre sí, vinculados solo por proyectos temporalmente acotados; de responsabilidad internalizada y de rechazo vergonzante de cualquier forma de «dependencia»; de «positividad» obligada (Ehrenreich 2011)(44). Es el triunfo, aparentemente definitivo, de ese «monstruo antropológico» que es el *homo oeconomicus* (Bourdieu 2003: 258), cuyas consecuencias morales son expuestas por Frank Schirrmacher en los siguientes términos:

Desde el punto de vista moral, en un mundo en el que no es posible ninguna objeción, cada uno ha de buscar la «culpa» en sí mismo. Este es el núcleo de la nueva ideología y de la esencia de

(41) Juan José Millás publicó en 2001 una semblanza del histórico sindicalista Nicolás Redondo Urbietta titulada, precisamente, «Redondo, pobre pero honrado», en la que utiliza perfectamente el sentido profundo de esta expresión: https://elpais.com/diario/2001/05/12/espana/989618420_850215.html

(42) Este fenómeno se analiza en profundidad en el Documento de trabajo 5.2. *Aporofobia: nuevos conceptos para viejas realidades*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.

(43) Es bien conocida la gráfica con la que Paul Krugman representa la evolución en “U” que ha experimentado a lo largo del siglo XX la distribución de la riqueza en Estados Unidos, medida como porcentaje de la renta total en manos del 10% más rico de la población, con una primera fase, que denomina «Larga Edad Dorada», desde el final de la primera guerra mundial hasta la «gran compresión» que supone el inicio de la segunda; una segunda fase, la «América de Clase media», tras finalizar la guerra y hasta comienzos de los Ochenta; y una tercera fase, «La Gran Divergencia», que llega hasta la actualidad, y en la que la desigualdad de renta alcanza los niveles de la muy desigual Larga Edad Dorada. El gráfico en cuestión puede consultarse en <https://krugman.blogs.nytimes.com/2007/09/18/introducing-this-blog/>. A describir y explicar esta evolución dedica su libro de 2007 *The Conscience of a Liberal*, publicado en castellano como *Después de Bush*. Barcelona: Crítica 2008).

(44) Para una crítica de esta perspectiva individualizadora ver el Documento de Trabajo 5.5. *Los valores en el ámbito económico y empresarial y el papel de la responsabilidad social empresarial en la generación de ámbitos de mayor justicia social: ¿mito o realidad?*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.

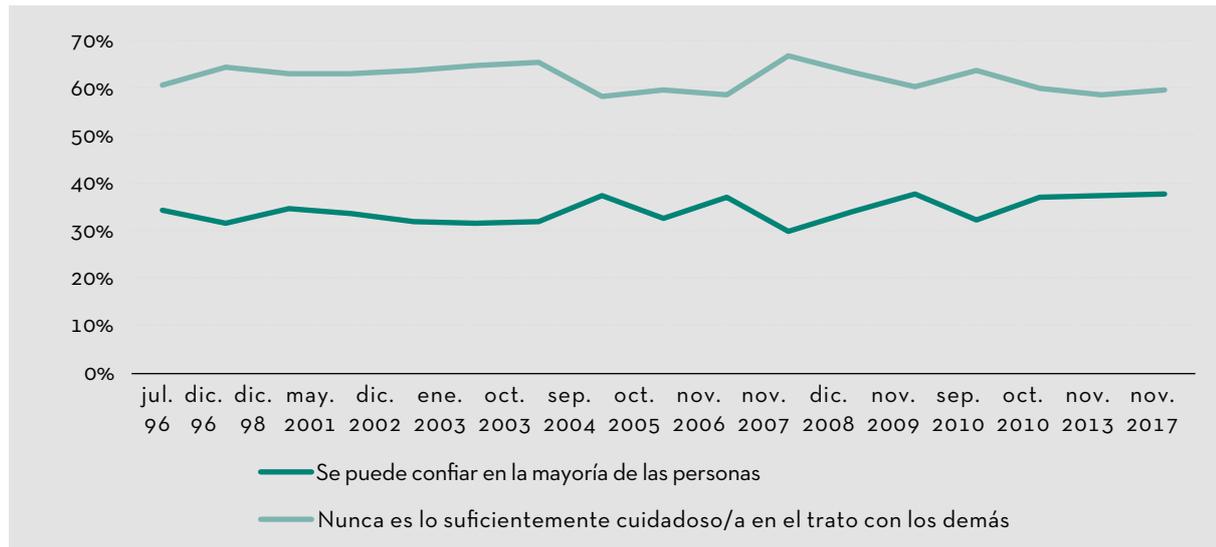
TABLA 5.9. Cambios en las narrativas sobre la pobreza y la riqueza

Dominantes entre el año 30 y la segunda mitad del siglo XX	Van ganando influencia desde mediados del siglo XVIII, se convierten en hegemónicas a partir de los años 80 del siglo XX
<p>Los pobres no son responsables de su situación y son la parte más útil de la sociedad</p> <ul style="list-style-type: none"> • Sociedad medieval o premoderna. • La división social entre ricos y pobres es voluntad de Dios. • Analogía orgánica: los ricos son la cabeza y los pobres los pies del cuerpo social. • Paternalismo: los ricos deben comportarse con los pobres como padres solícitos. • El trabajo de los pobres (campesinado) sostiene materialmente la sociedad. 	<p>Los útiles son los ricos, no los pobres</p> <ul style="list-style-type: none"> • Mandeville, <i>La fábula de las abejas</i> (1723): los socialmente útiles son los ricos, con sus deseos sin límites, pues su dispendiosa vida permite trabajar a los pobres. • Adam Smith, <i>La riqueza de las naciones</i> (1776): «A pesar de su natural egoísmo y rapacidad, aunque solo les interesa su propia conveniencia, aunque el único fin que pretenden para los trabajos de las miles de personas a las que emplean sea la satisfacción de su propia vanidad y de sus insaciables deseos, los ricos comparten con los pobres el producto de todas sus mejoras».
<p>El estatus inferior carece de connotaciones morales (negativas, puede tenerlas positivas)</p> <ul style="list-style-type: none"> • Interpretación evangélica. • No hay ninguna relación entre el valor moral de las personas y su posición social: Jesús, un humilde carpintero, como ejemplo. • Reconocerse dependiente de Dios es la fuente de toda dicha. • Por su situación de penuria, las personas pobres tienden a poner sus vidas en manos de Dios en mayor medida que las ricas. • Por ello son las favoritas de Dios. 	<p>El estatus propio tiene connotaciones morales</p> <ul style="list-style-type: none"> • El estatus hereditario no tiene valor ni es aceptable, pero sí el estatus al que se llega por méritos propios: meritocracia. • Garantizando la igualdad de oportunidades, las desigualdades que puedan darse serán fruto del merecimiento propio y, por lo tanto, plenamente aceptables. • Cuando el mérito se computa en forma de dinero, la riqueza se convierte en un signo de carácter: las personas ricas son mejores. • Si las personas triunfadoras merecen su éxito, las que fracasan solo pueden culparse a sí mismas de su situación.
<p>Los ricos son pecadores y corruptos y han logrado sus riquezas robando a los pobres</p> <ul style="list-style-type: none"> • Especial influencia entre 1754 y 1989. • Rousseau, <i>Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres</i> (1754): «El primero que, habiendo cercado un terreno, se le ocurrió decir: Esto es mío, y encontró gentes lo bastante simples para creerlo, ese fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, asesinatos, cuántas miserias y horrores no habría evitado al género humano aquel que, arrancando las estacas o allanando el cerco, hubiese gritado a sus semejantes: «Guardaos de escuchar a este impostor estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra no es de nadie!»(*)». • Marxismo: la única esperanza está en la lucha colectiva contra los ricos. 	<p>Los pobres son pecadores y corruptos y deben su pobreza a su propia estupidez</p> <ul style="list-style-type: none"> • En un mundo meritocrático, las personas pobres deben su estado a sus propias debilidades. • La asistencia social solo sirve para privar a estas personas pobres del estímulo imprescindible para que salgan de esa situación.

(*) Citamos según la edición *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos*, Tecnos, Madrid 1989, pp. 161-162.

Fuente: Elaboración propia a partir de Botton, pp. 83-97.

GRÁFICO 5.12. Grado de confianza en la gente. 1996-2017



Fuente: Elaboración propia a partir del CIS.

las sociedades que se rigen por el lema de «el que gana se lo lleva todo»: cada uno puede ser todo. Convertirse en estrella de YouTube, autora de un superventas, ser visto por millones de espectadores gracias a un buen chiste o un vídeo, hacer dinero con un préstamo de nada y comprar inmuebles, etc. Solo cuando cada uno se lo cree y está dispuesto a dejar su puesto como perdedor, sin acusar a nadie más que a sí mismo y a la fortuna, se abre realmente la gran ronda de póquer (Schirrmacher 2014: 186).

Un mundo, en definitiva, «del que no sale indemne ninguna forma de vida colectiva» (Cohen 2013: 74). Y es precisamente esto, la vida colectiva, el sentido de pertenencia, la experiencia de formar parte de una comunidad, lo que ha salido herido de estos años de crisis.

Aunque hay hechos relevantes —como la continuidad de las protestas y movilizaciones contra las políticas neoliberales (Albrecht 2017; della Porta et al. 2017; Campos y Martín Artiles 2018), la ya señalada persistencia de las prácticas sociales transformadoras, fundamentalmente en el espacio

local (Fernández Casadevante 2015; Bradsen et al. 2016; Gonick 2016; Barrera et al. 2016; Salom-Carrasco, Pitarch-Garrido y Sales-Ten 2017; Pradel y García Cabeza eds., 2018) o el mantenimiento de los niveles de confianza en la gente (aunque siempre por debajo de los datos de desconfianza) (gráfico 5.12)— que nos permiten mantener una expectativa fundada sobre la resiliencia cívica de la sociedad española durante la crisis, sobre su cenesesia social (Maffesoli 1993: 72)⁽⁴⁵⁾, también detectamos preocupantes signos de debilitamiento de los vínculos colectivos en nuestro país.

(45) Con su particular pero sugerente lenguaje Michel Maffesoli habla de cenesesia social para referirse a la capacidad que muestran los conjuntos sociales para perdurar en cuanto tales «a pesar de la incoherencia y el andar a tropicónes, a pesar de las vicisitudes y catástrofes, a pesar de las matanzas y los crímenes que marcan con regularidad la historia. Hay una resistencia orgánica, acaso habría que decir vegetativa, que no deja de ser asombrosa. Esta resistencia no es forzosamente activa, se puede imaginar que tiene su fuente en las representaciones, en lo imaginario que no tiene nada de riguroso pero que estructura a una comunidad como tal» (MAFFESOLI 1993: 72). En el último apartado de este capítulo retornaremos a esta reflexión.

En este sentido, las conclusiones que cabe extraer de los datos de EINFOESSA 2018 son muy preocupantes:

Los procesos de exclusión en capital primario parecen estar enquistándose, poniendo en entredicho la fortaleza de nuestro capital social. Las personas en situación de pobreza y exclusión se descapitalizan en relaciones primarias en el lustro posterior a la crisis. Están más aislados de las personas con las que conviven en el hogar, la desvinculación con el vecindario es significativamente mayor, tienen más dificultades para relacionarse con compañeros de trabajo, y se reduce su capacidad para apoyar a terceros en dificultades. De esta forma, la extenuación de las relaciones primarias tras un período prolongado de sobreexigencia se hace más evidente en los espacios de la exclusión.

Entendemos que el apuntado debilitamiento de las relacionales en el entorno vecinal tiene a nuestro juicio una conexión directa con las transformaciones en torno a lo que aquí hemos llamado capital social secundario (vínculos institucionales y asociativos). En cierto modo, el espacio vecinal es con frecuencia un nexo entre lo primario y lo secundario (asociacionismo de barrios...). El declive de la sociabilidad comunitaria y el de las vinculaciones asociativas comparten, aunque sea parcialmente, un sustrato común.

Los datos de las tres series de la Encuesta FOESSA de las que nos hemos valido en este paper ponen de manifiesto una dinámica de agotamiento del modelo asociativo en nuestra sociedad. El proceso de caída de la participación en asociaciones que arrancó en 2007, sigue su curso en 2018 y no se detiene a pesar de los signos de recuperación en lo económico. Esta dinámica de desvinculación es más expresiva aún en las organizaciones más clásicas (organizaciones sindicales, partidos, movimientos

sociales). En lo relativo al apoyo directo y a la militancia, estos espacios corren el riesgo de convertirse en referentes sociales residuales. Sin embargo, la pérdida no es exclusiva de estas entidades, es una pérdida transversal a todo el tejido cívico.

Por otro lado, el agotamiento de estas entidades no parece haber sido sustituido por otras formas alternativas de acción colectiva, al menos por formatos mínimamente sólidos. Parecen primar dinámicas de retirada cívica guiadas desde tendencias crecientemente individualizadoras y fragmentadoras⁽⁴⁶⁾.

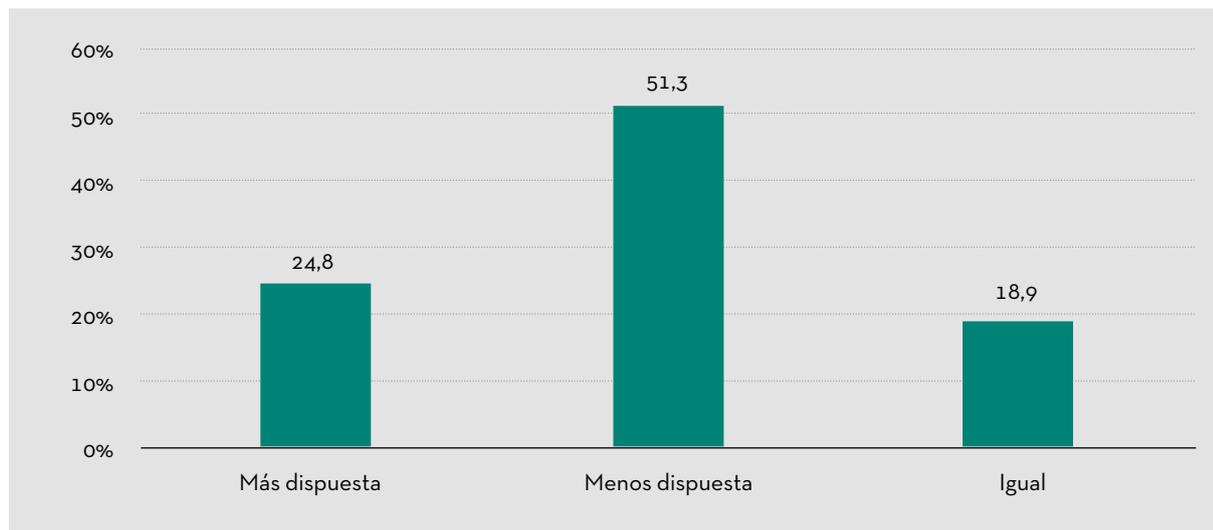
La historia del capital social resistente durante los años de crisis tiene dos caras: la positiva nos habla de la capacidad que han demostrado las redes familiares y vecinales para responder a situaciones de auténtica emergencia social (Martínez Virto 2014; Llopis 2015); la negativa apunta a que la comunitarización y rehogarización de la responsabilidad por el bienestar colectivo (Ezquerro e Iglesias 2013) ha acabado mostrando signos de extenuación.

Salimos tocados de esta crisis, también en nuestro tono moral. Mayoritariamente pensamos que nuestra disposición a ayudar a las demás personas es ahora menor que al comienzo de la crisis (gráfico 5.13). ¿Es solo una opinión o responde a una experiencia? No podemos saberlo, pero, en todo caso, nos preocupa esta sensación tan generalizada.

De manera que la sociedad española sale de esta crisis experimentando una cierta *fatiga de la compasión*; al menos, de la compasión o la solidaridad practicada (Peñas 2018), puesto que la proclamada parece haberse fortalecido, según algunas fuentes (Barreiro 2017: 52-53). Los hogares,

⁽⁴⁶⁾ Estas conclusiones se han extraído del Documento de Trabajo 5.3. *Capital social y cultural en España: análisis de tendencias y transformaciones en el período 2013-2018*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.

GRÁFICO 5.13. Opinión sobre si la gente actualmente está más dispuesta a ayudar a los demás que hace diez años. 2017



Fuente: Elaboración propia a partir del CIS.

las organizaciones barriales y las del tercer sector social se han visto sometidas a una intensa prueba de estrés durante estos años: necesitarán tiempo, recursos y, sobre todo, un contexto político-institucional favorable para recuperarse. Un contexto positivo que, nos tememos, no parece muy probable, al menos en el medio plazo.

Como ya hemos advertido en el apartado anterior, ni el Brexit ni el ascenso de Trump se explican por el apoyo de los «perdedores de la globalización», al menos por quienes lo puedan ser de manera objetiva, sino por quienes así se sienten o así son resignificados por parte de las organizaciones de la derecha radical, mezclando medias verdades socioeconómicas y falacias xenofóbicas (Mudde 2016). Lo relevante es que ellos (sobre todo son «ellos») sí se sienten perdedores; sienten que no se han beneficiado de la época de la globalización, o que lo han hecho en menor medida que otros colectivos, que se han visto privilegiados por las políticas de la identidad. Arlie R. Hochschild ha conseguido captar como ninguna otra investigadora esta sensación de pérdida injusta de la propia posición

social con la imagen de aquellas y aquellos que «se han colado en la fila» mientras uno mismo guardaba cola siguiendo las reglas:

Estás en medio de una larga fila de personas que suben por una colina, como en un peregrinaje. Estás en medio de la fila junto a otras personas también blancas, de mediana edad, cristianas y predominantemente hombres: unos con título universitario y otros no. Justo al otro lado de la cima se esconde el sueño americano, que es el objetivo de todos los que están en esa fila. Parte de los que van al final son gente de color, pobres, jóvenes o viejos, muchos de ellos sin titulación universitaria. Da miedo volver la vista: hay tantos detrás de ti... En principio no les deseas ningún mal. Pero tú has esperado mucho tiempo, te has matado a trabajar y la fila apenas avanza. Tú te mereces avanzar más rápido. Tienes paciencia, pero estás cansado. (...) Pero... ¡mira eso! ¡Hay gente colándose! Tú estás siguiendo las reglas y ellos se cuelan, y tienes la sensación de que retrocedes (Hochschild 2018: 204-206).

Algunas personas, las mujeres, las que pertenecen a minorías étnicas o a grupos con alguna diversidad funcional se han adelantado gracias a las políticas de acción positiva; otras, personas pobres o en riesgo de exclusión, se han beneficiado de políticas de garantía de rentas o de ayudas sociales a las que ni quien permanece en la fila ni sus hijos e hijas pueden acceder; las presiones de los grupos ecologistas han vuelto imposible seguir practicando actividades tradicionales (como la caza o la pesca) en los territorios rurales en los que muchos de ellos viven; el buenismo liberal o izquierdista está llenando su ciudad de personas inmigrantes o refugiadas, a las que ahora hay que mantener... El caso es que, por una u otra razón, «negros, mujeres, inmigrantes, refugiados, pelícanos pardos..., todos se te han colado en la fila» (Hochschild 2018: 207). Se refiere a los Estados Unidos, pero sirve para entender universalmente el fundamento emocional del rechazo que expresa una parte creciente de la población occidental hacia las ayudas sociales, especialmente cuando se destinan a determinados colectivos.

Según algunas opiniones, en España se da actualmente una situación de *inflación punitiva*(47), expresión extrema de un modelo neoliberal de gestión de la marginalidad que los años de crisis habrían contribuido a impulsar y que concibe la pobreza como un delito (Sales 2014) o, cuando menos, como consecuencia de fallas actitudinales o morales, sin ninguna razón de índole estructural. En este contexto, sin llegar a los extremos analizados por Loïc Wacquant (2010) para el caso estadounidense, se va consolidando en la opinión pública un creciente rechazo o, cuando menos,

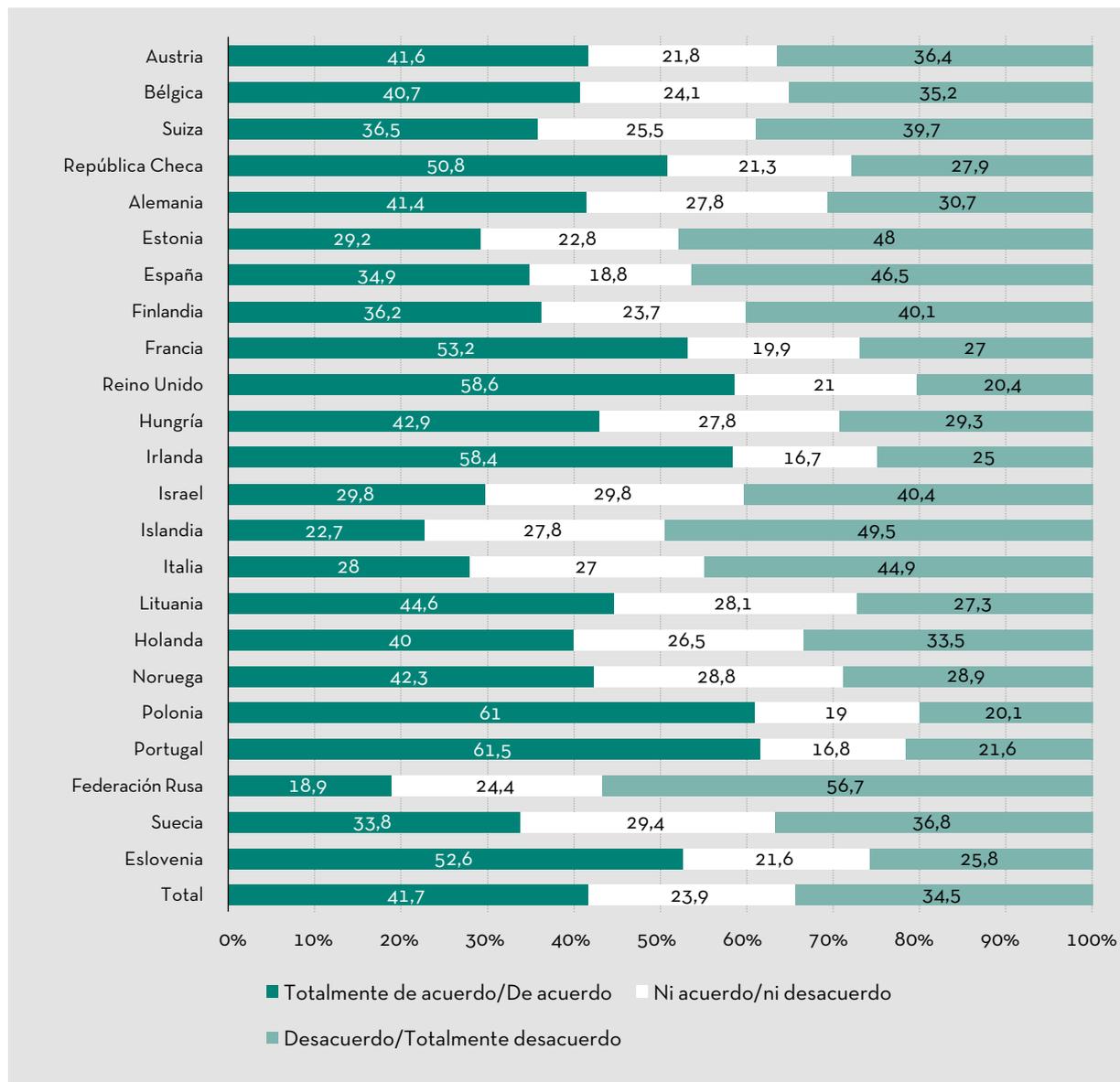
una creciente exigencia, hacia las ayudas sociales destinadas a las personas y los colectivos más empobrecidos. Según la Encuesta Social Europea (8.ª oleada, 2016), casi el 42% de las personas encuestadas comparte la opinión de que las ayudas y los servicios sociales vuelven perezosas a las personas que los reciben, mientras que solo el 34,5% muestran su desacuerdo (gráfico 5.14). Como dato positivo, en España el nivel de desacuerdo es considerablemente mayor (46,5%), y el de acuerdo bastante menor (34,9%).

En un escenario prolongado de escasez (recordemos que 8 de cada 10 personas creen que España sufrirá una nueva crisis en los próximos cinco años), el potencial de conflicto entre grupos sociales por el acceso a los recursos públicos se dispara; con el agravante de que aquellas distinciones de trazo grueso pero absolutamente claras que tanto éxito tuvieron en los primeros años de la crisis —los de arriba contra los de abajo, el pueblo contra la casta, el 99% contra el 1%— se han ido complicando y emborronando, hasta dibujar un escenario de brechas y frentes múltiples muy complicado de gestionar: jóvenes frente a mayores (Politikon 2017), personas autóctonas frente a inmigrantes, estables frente a precarias y precarios, clases medias y trabajadoras frente a nuevas clases medias profesionales y técnicas (esa *Brahmin Left*, élites educadas y cosmopolitas, en términos de Piketty, 2018). Así las cosas, la distinción entre personas «productivas» y «gorronas» y su principal derivada, la diferenciación entre quienes merecen o no ayuda pública o protección social, se convierte en un elemento clave en la configuración de los imaginarios y de las instituciones sociales. Como señala Richard Sennett, «la ideología del parasitismo social es una potente herramienta disciplinaria» (Sennett 2000: 147).

La cultura fiscal de un país es un buen indicador de estas derivas. En el caso de España, en el VII Informe analizábamos la ambivalencia característica de nuestra cultura cívica, concretada en una

(47) Ver, a este respecto, los trabajos de E. Bayona publicados en CTXT: «La inflación punitiva: más presos con menos delitos», 5/10/2016, <https://ctxt.es/es/20161005/Politica/8800/carceles-poblacion-reclusa-indice-criminalidad-codigo-penal.htm>; «¿Criminales o pobres?», 26/10/2016, <https://ctxt.es/es/20161019/Politica/9117/politica-penitenciaria-pobreza-desigualdad-delitos-codigo-penal.htm>

GRÁFICO 5.14. Las ayudas y los servicios sociales vuelven a las personas perezosas. 2016

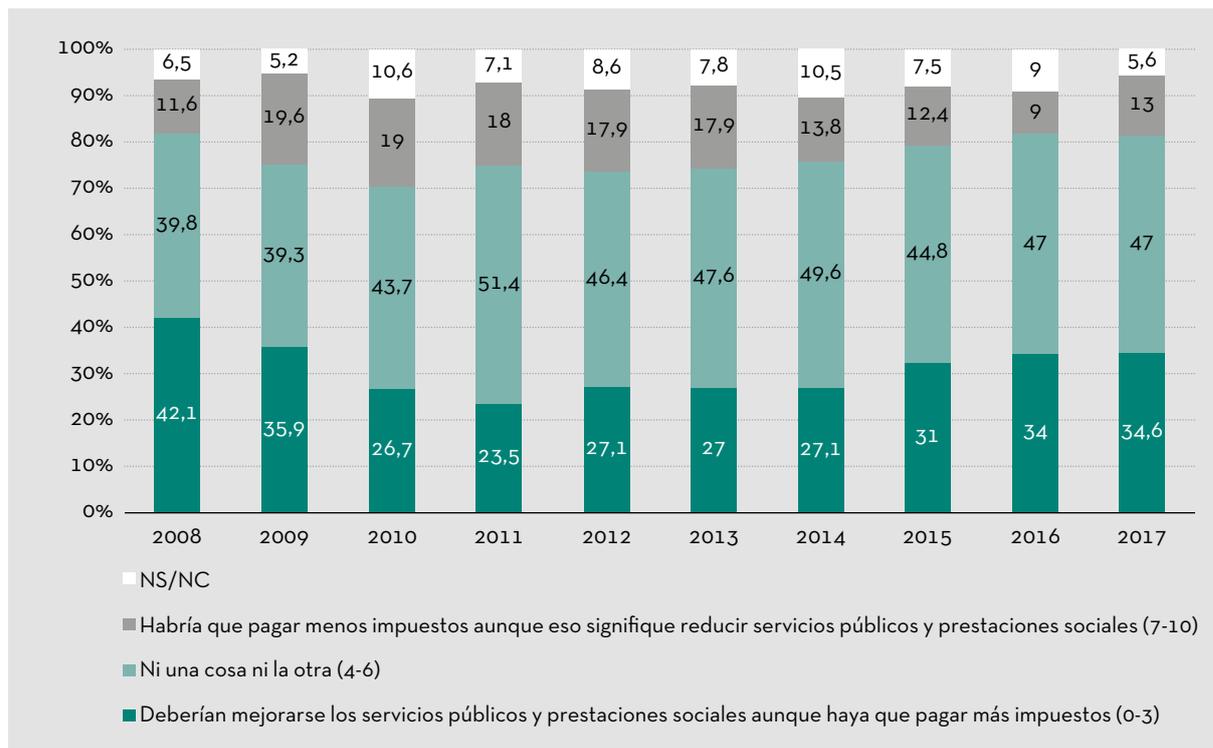


Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Social Europea, 8.ª oleada, 2016.

alta exigencia de protección social universal dirigida al Estado, junto con una débil disposición a sufragar dicha protección con nuestros impuestos. Esta ambivalencia continúa operando en la actualidad o, incluso, se ha incrementado, en la medida en que la demanda de protección pública se mantiene, pero disminuye la disposición a pagar los impuestos necesarios para financiar las

políticas de bienestar: si en 2008 un 42% de la ciudadanía se mostraba muy favorable ante la idea de que deberían mejorarse los servicios públicos y las prestaciones sociales aunque para ello haya que pagar más impuestos, en 2017 esta opinión había descendido hasta el 34%, incrementándose considerablemente, hasta aglutinar casi el 50% de la población, el grupo de población situado en el

GRÁFICO 5.15. Preferencias sobre los impuestos. 2008-2017



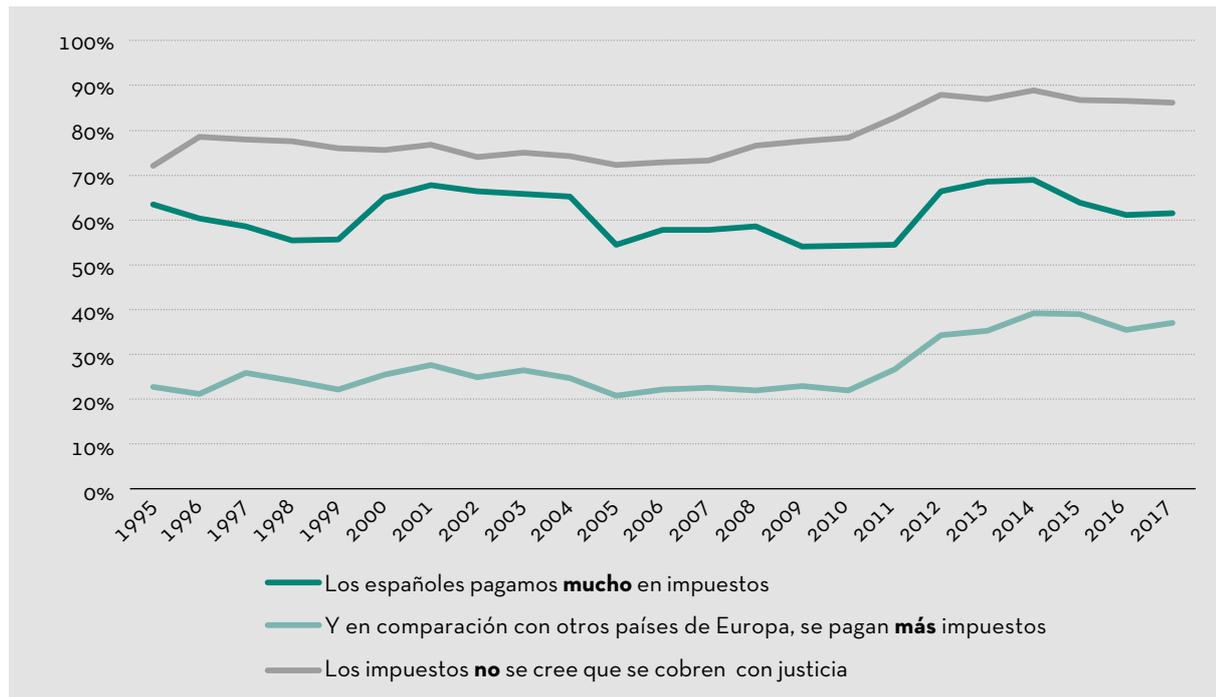
Fuente: Elaboración de del Pino y Calzada (2019) a partir del CIS.

espacio de mayor ambigüedad (del Pino y Calzada FOESSA 2018) (gráfico 5.15).

En el VII Informe Foessa recurrimos a la distinción de Pierre Rosanvallon entre *impuesto-intercambio* e *impuesto-redistribución* para reflexionar sobre la enorme diferencia que existe entre considerar los impuestos como mera contrapartida o como un ejercicio de solidaridad, y advertíamos del riesgo de que la cultura fiscal de la sociedad española pudiera estar retrocediendo hacia la primera, hasta llegar a considerar los impuestos como mera coerción sin sentido (Zubero, coord., 2014: 415). Un año después, una interesante investigación sobre la evolución de la cultura tributaria en España coincidía con nuestra apreciación: confirmaba que los fundamentos de esta cultura son de carácter pragmático (pagamos impuestos para recibir servicios que de otro modo no podríamos sufragar), no de carácter solidario, y planteaba la

posibilidad de que «los próximos años se caracterizarán por el progresivo ascenso de la visión impositiva (impuestos como obligación, ni necesarios ni redistributivos)» (Camarero, del Pino y Mañas 2015: 152). En este escenario, por aquellas fechas Inés Calzada consideraba que en nuestro país estaba en riesgo la legitimidad del Estado de bienestar, riesgo que explicaba así: «El problema no es que los valores del Estado de bienestar ya no se compartan, sino que la mayoría de los españoles considera que los impuestos no se cobran con justicia, que hay mucho fraude fiscal y que la Administración no hace esfuerzos para luchar contra él, que no se puede confiar en ninguna de nuestras instituciones políticas... En definitiva, el problema está en que se ha perdido la confianza en la buena fe de quienes desde el ámbito político gestionan el sistema» (Calzada 2015: 117). Desgraciadamente, los datos más recientes nos indican que esta situación de desconfianza se mantiene: el 61,5%

GRÁFICO 5.16. Evolución de distintas opiniones sobre los impuestos. 1995-2017



Fuente: Elaboración propia a partir del CIS.

opina que en España pagamos muchos impuestos, más que en Europa (37%) y, lo más preocupante, el 86% considera que estos no se cobran con justicia (gráfico 5.16).

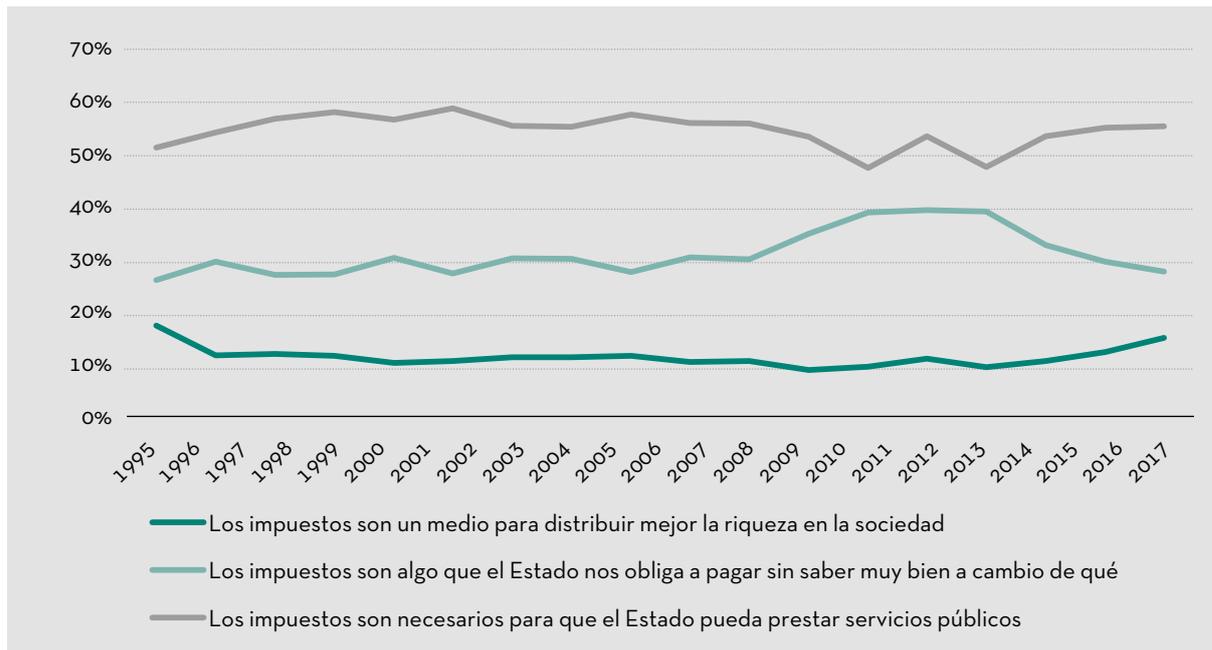
A la vista de estos datos, si en 2007 un 18% de la ciudadanía española confiaba en la justicia del sistema fiscal, este porcentaje se ha reducido al 9% en 2017, reducción especialmente acusada (14 puntos porcentuales) entre las personas con estudios universitarios, que antes de la crisis eran quienes más confiaban en que los impuestos se cobraban con justicia (del Pino y Calzada 2019)(48).

(48) En el Documento de trabajo 5.7, *Opinión pública y política fiscal*, puede verse la evolución que ha experimentado la sociedad española con relación a estas cuestiones desde el anterior Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.

Sin embargo, en este escenario preocupante en términos generales, no podemos dejar de señalar tres tendencias muy positivas. La primera es la importante recuperación en la valoración de la funcionalidad de los impuestos: entre 2014 y 2017 aumenta la opinión de que los impuestos son un medio para distribuir mejor la riqueza (de 9,2% a 14,7%), también la de que son necesarios para que el Estado pueda prestar servicios públicos (de 48,2% a 55,9%), al tiempo que ha disminuido la opinión negativa que ve los impuestos como una obligación sin sentido (de 38,4% a 27,1%) (gráfico 5.17).

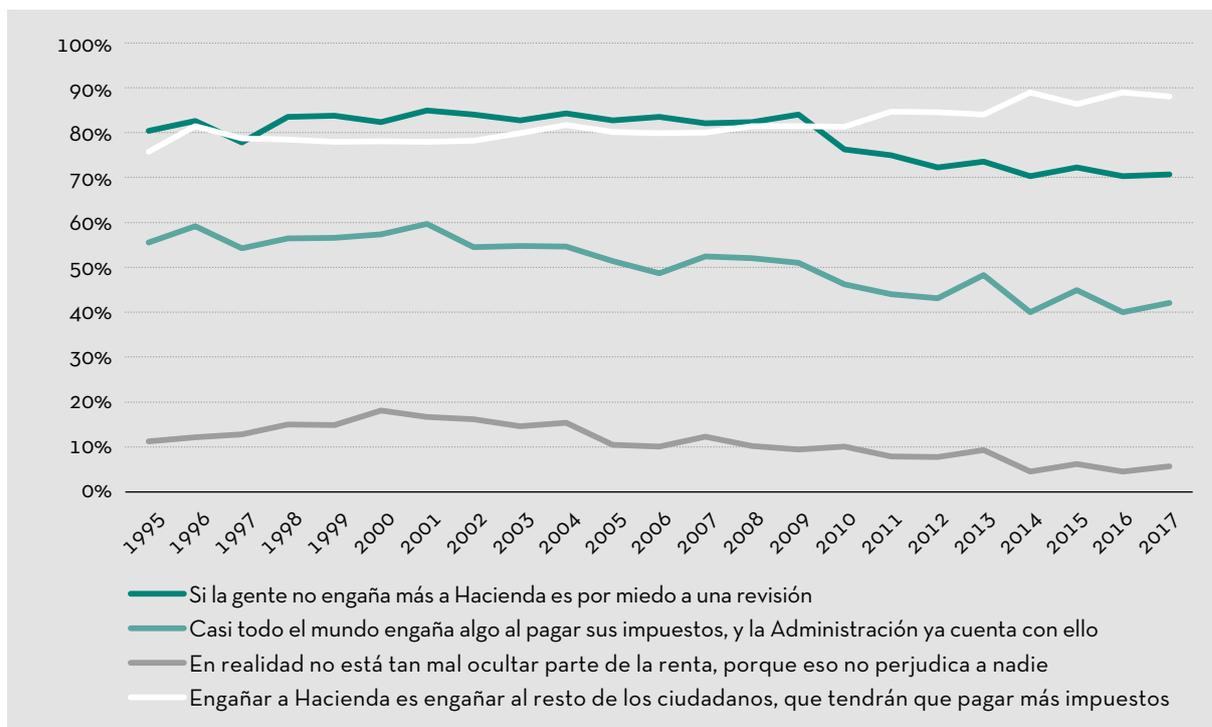
La segunda tendencia positiva es la que se refiere a la opinión negativa respecto del fraude fiscal (Ortiz García y Portillo Navarro 2018), destacando el elevado acuerdo que suscita la idea de que incumplir nuestras obligaciones fiscales significa engañar a nuestras conciudadanas y conciudadanos, que se verán obligados a pagar más impuestos para compensar nuestra deserción (gráfico 5.18).

GRÁFICO 5.17. Funcionalidad de los impuestos. 1995-2017



Fuente: Elaboración Campelo e Ispizua (2019) a partir del CIS.

GRÁFICO 5.18. Acuerdo con distintas frases sobre las consecuencias del fraude fiscal. 1995-2017



Fuente: Elaboración propia a partir del CIS.

Tanto el incremento desde 2008 de la opinión de que engañar a Hacienda es engañar a nuestros conciudadanos (junto con la disminución de la idea de que si no se defrauda más es solo por miedo), como el aumento desde 2014 en cinco puntos porcentuales del apoyo a la idea del impuesto-redistribución (junto con la importante caída en once puntos de la opinión que sostiene que los impuestos son una mera obligación sin sentido) nos sitúan en un escenario favorable para hacer pedagogía de la corrupción –de toda forma de corrupción– como una «traición a la comunidad» (Aguilera Klink 2016).

Una pedagogía que tendrá que luchar con la caída, en el período 2008-2014, de la confianza en el sistema fiscal, de la percepción de justicia distributiva y de la aceptación a pagar impuestos. Es verdad que casi todos los indicadores muestran una tímida vuelta a las pautas anteriores, pero en el mejor de los casos harán faltan unos años de buenas prácticas para recuperar una confianza que, incluso en los mejores momentos, siempre ha sido minoritaria.

La tercera tendencia positiva es la que nos indica que, en términos generales, las clases medias no han dejado de apoyar el gasto social o de bienes-

tar en mayor medida que las clases bajas. Aunque, como ya hemos dicho, las personas con más estudios desconfían más que antes de la justicia del sistema fiscal, esto no se ha trasladado a un deseo de reducir los impuestos si ello implica una disminución de los servicios y prestaciones. En 2017, la mayoría de los ciudadanos de cualquier nivel educativo opina que los impuestos son necesarios y lo hacen en porcentajes bastante similares a los que mostraban antes de la crisis (tabla 5.10). Si miramos los datos de 2011 y 2014, es evidente que la crisis tuvo un efecto depresor de la legitimidad del sistema fiscal, pero no hubo grandes diferencias según nivel educativo. Si acaso, el grupo que en mayor medida aumentó su desconfianza hacia los impuestos fue el de las personas sin estudios (11 puntos).

De lo anterior podemos concluir que la pérdida de confianza en el sistema fiscal que se ha producido durante los años más duros de la crisis no refleja un movimiento de rechazo al pago de impuestos entre las clases medias, al menos de momento.

Lo decíamos más arriba: «La gente de derechas parecía estar interesada en tres grandes asuntos: impuestos, fe y honor» (Hochschild 2018: 76). Estos tres asuntos se articulan en el pensamiento

TABLA 5.10. Porcentaje de ciudadanos de acuerdo con que los impuestos son necesarios por nivel de estudios. 2007-2017

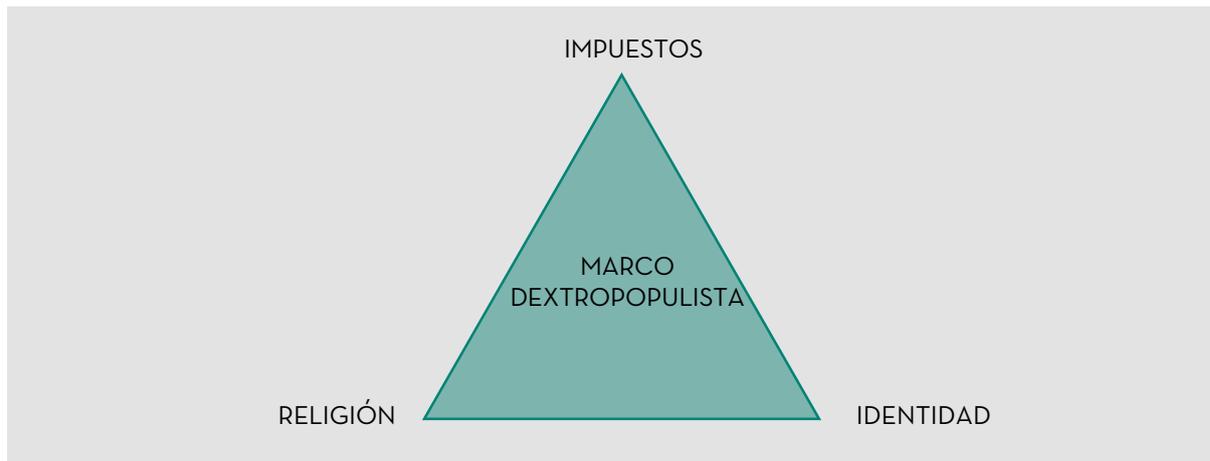
	2007	2011	2014	2017
Sin estudios	48	44	37	54
Primaria	53	48	45	53
Secundaria*	61	60	50	60
FP	49	55	46	48
Medios Universitarios	66	61	-	-
Superiores Universitarios**	69	70	62	64
Total	56	54	48	56

*En 2007 y 2011 la pregunta sobre nivel educativo solo incluía la categoría «Secundaria», pero en 2014 y 2017 se distingue entre «Secundaria Primera Etapa» y «Secundaria Segunda Etapa». Dado que la primera etapa de Secundaria corresponde al nivel obligatorio de la enseñanza, como antes lo hacía la Educación Primaria, hemos decidido utilizar el porcentaje de «Secundaria segunda etapa».

**En 2014 y 2017 solo se pregunta por «Estudios universitarios», en lugar de distinguir entre «Medios universitarios» y «Superiores universitarios».

Fuente: Elaboración Del Pino y Calzada (2019) a partir de datos del CIS.

FIGURA 5.4. Las claves de la cosmovisión dextropopulista



Fuente: Elaboración propia.

conservador de tal manera que conforman un marco (*frame*) internamente coherente, vinculando opiniones y actitudes aparentemente dispersas o no relacionadas hasta conformar una cosmovisión perfectamente integrada (Lakoff 2007 2016). Estas tres dimensiones, impuestos, fe y honor o, mejor, la referencia a valores religiosos como fundamento de la moral cívica, la afirmación nativista de la identidad nacional y la defensa de una fiscalidad mínima (con su correlato de oposición al universalismo de las políticas sociales) dibujan un escenario de conflictos y antagonismos económicos y políticos, sí, pero también morales, en los que se

instala el marco cosmovisional dextropopulista (figura 5.4).

En este apartado nos hemos aproximado a aquellos elementos materiales (representados en los impuestos, pero que no se agotan en esta cuestión) que pueden estar en la base del malestar social que en la actualidad parece haber sustituido aquel malestar indignado que analizábamos en el VII Informe. En el siguiente apartado vamos a analizar esos otros elementos inmateriales que también forman parte, y parte importante, de la reacción dextropopulista.

5.7. Crisis de valores, valores en crisis: privación nostálgica, miedo y resentimiento

Robert Castel llama nuestra atención sobre el hecho de que el lepenismo de hoy puede ser interpretado desde la óptica del *poujadismo* francés que entre 1953 y 1958 movilizó el resentimiento de sectores económicos y profesionales (agricultores, artesanado, pequeños comerciantes) contra un proceso de modernización que los dejaba (o así lo experimentaban) a un lado (Castel 2011:

64). Ya hemos hecho referencia a este fenómeno político en el apartado anterior, cuando hablábamos de los «chalecos amarillos». Se trataba de un resentimiento construido a partir de angustias y miedos de carácter socioeconómico, pero no solo. Lo que llevaba a muchas personas a identificarse con aquel movimiento era, también, la sensación de que el cambio profundo que en aquellos años

estaba experimentando Francia amenazaba con triturar no solo sus medios materiales de vida, sino también sus hábitats de sentido y significado, todo su ecosistema cultural.

En 1973 el conocido sociólogo Peter Berger, junto con Brigitte Berger y Hansfried Kellner, publicaba uno de sus libros más influyentes, al que conviene volver periódicamente. Nos referimos a *Un mundo sin hogar: modernización y conciencia*, en el que analizaba una de las fuentes más poderosas y permanentes de descontento con los procesos de modernización, que denominada la falta de hogar (Berger, Berger y Kellner 1979: 175). El cambio cultural que provoca la modernización de las sociedades tiene como consecuencia la aparición de dos grandes tipos de personas en función de su nivel de adaptación a las exigencias de movilidad (física, pero también y sobre todo cognitiva y normativa) y pluralidad de modos de vida que este cambio genera y exige: quienes se adaptan bien a las nuevas condiciones y modos de vida, aprovechando las oportunidades que ofrecen, y quienes experimentan esta movilidad forzada como una fuente de *inseguridad ontológica* (Giddens 1995) y, en última instancia, de anomía.

Cada vez son más las y los analistas que coinciden en la relevancia que esta experiencia de «pérdida del hogar», de crisis de las referencias culturales y normativas que dan estabilidad y sentido a la existencia, tiene a la hora de explicar el auge actual del dextropopulismo (Delsol 2015; Karner y Weicht eds., 2016; Goodhart 2017; Steenvoordena y Hartevelt 2018)(49). Junto a la privación material, aunque sea relativa, que muchas veces acompaña a esa protesta, actúa también una *privación nostálgica*

(Gest, Reny y Mayer 2017): esta ya no es mi calle, mi ciudad, este no es mi barrio, mi pueblo, mi país... Otras lenguas, otras tradiciones, otras fisonomías, otras sexualidades, otros aromas, otras músicas... este ya no es nuestro mundo. De ahí el éxito que en estos días tienen las *retrotopías*, «mundos ideales ubicados en un pasado perdido/robado/abandonado que, aun así, se ha resistido a morir» (Bauman 2017), y a cuya defensa y recuperación hemos de dedicar nuestros mejores esfuerzos. Ocurre lo mismo con el proyecto de unión europea: lo que para una minoría es un atractivo horizonte cosmopolita, para grandes sectores no es sino expresión de procesos de globalización y mercantilización de los que se sienten víctimas (Castells et al. 2018: 290). Como advierte Amin Maalouf:

Por cada persona que navega atentamente de un universo cultural a otro, por cada persona que pasa como si tal cosa de la página web de Al-Yazira a la de Haaretz y del Washington Post a la agencia de prensa iraní, hay miles que solo «visitan» las de sus compatriotas o las de sus correligionarios, que solo beben de las fuentes que ya conocen, que lo único que buscan en sus pantallas es reafirmar sus certidumbres y justificar sus resentimientos (Maalouf 2009: 94).

Son muchos los procesos actuales que apuntan en esta dirección de retorno a un mundo perdido o en riesgo de pérdida, un mundo más cercano y familiar, más previsible, más controlable, donde podamos recuperar el sentimiento de estar «en casa»: la vuelta al unilateralismo en la política estadounidense; la crisis de la Unión Europea y las distintas formas de renacionalización, desde el Brexit hasta la recuperación del control de las fronteras nacionales; el reforzamiento de las demandas de soberanía por parte de distintas entidades subestatales, como Escocia o Cataluña; la nueva relevancia adquirida por diversas prácticas tradicionales, elevadas al rango de señas de identidad colectiva... Una *cultura del miedo* asoma en Europa, que puede verse asolada en el caso de que esta se consolide como ha ocurrido

(49) No queremos detenernos mucho en esta cuestión, pero también mucha de la actual protesta desarrollada en el campo de la izquierda se alimenta de la nostalgia por un mundo arrebatado y unos modos de vida y unas prácticas sociales (más comunitarias, igualitarias, horizontales, etc.) que habría que recuperar o reinventar.

en Estados Unidos (Gaston *et al.* 2017; Skoll 2016). Cultura del miedo que resulta de la combinación de incertidumbres, inseguridades y desconfianzas. Un futuro que se presenta amenazador y, sobre todo, ajeno a nuestro control; un presente que no comprendemos; un pasado al que volvemos los ojos con nostalgia: «más vale lo malo conocido...».

Habitamos un mundo desajustado en el que todas las identidades afrontan el riesgo de convertirse en *identidades a la intemperie* (Moreras 2018); todas, no solo las de aquellas personas pertenecientes a grupos etnoculturales minoritarios, en cuyo seno se producen ocasionalmente fenómenos de radicalización. También en el caso de grupos nacionales mayoritarios que, sin embargo, se enfrentan a esa *ansiedad de incompletitud* (Appadurai 2006: 6) al comparar su realidad de diversidad creciente con un ideal a-histórico de homogeneidad cultural. Como quien al descubrir una pequeña mancha en su ropa no deja de pensar en ella e intentar ocultarla, así ocurre en nuestras sociedades en las que, por ejemplo, sobredimensionamos la presencia de personas inmigrantes, sobredramatizamos los riesgos o problemas que su presencia puede suponer y despreciamos sus aportaciones positivas y beneficiosas.

Y aunque las cuestiones económicas —como las consecuencias de la crisis de 2008— influyen claramente sobre todos estos fenómenos, consideramos que estas cuestiones operan más bien como variables intervinientes o de contexto que como auténticas causas del repliegue identitario y la ofensiva populista que hoy se observa en Europa y Estados Unidos. En un interesante análisis sobre las motivaciones de fondo que llevan a tantas personas a apoyar propuestas políticas autoritarias, la psicóloga social Karen Stenner ha profundizado en lo que denomina *amenazas normativas*, entendiendo por tales aquellas situaciones que son percibidas por las personas como un potencial daño al cuerpo político en forma de desafío a los principios básicos de orden y derecho que lo constituyen, o de cambios

en las formas y patrones de vida que se consideren propios (Stenner 2005). Profundizando en esta cuestión, la politóloga Ingrid Creppell nos recuerda que las personas se preocupan no solo de su supervivencia física, sino también de mantener sus formas particulares de existencia, concluyendo que una interpretación meramente física de las amenazas tiende a ignorar las inversiones que la gente hace en diversos compromisos colectivos que deben ser renovados periódicamente, así como su preocupación por las cosas construidas a partir del pasado (historia común, antepasados) y proyectadas hacia el futuro (generaciones futuras, la propia supervivencia del grupo social) (Creppell 2011 : 455).

Estrechamente relacionadas entre sí, la *mixofobia*, la «tendencia a buscar islas de semejanza e igualdad en medio del mar de la diversidad y de la diferencia» (Bauman 2006: 32-33) y la *etnocracia* o democracia nativista (Mudde 2007), el deseo de que quienes gobiernen sean «como yo», sean «de los míos», contribuyen a proyectar un horizonte ideal, retroutópico, en el que las aguas del cambio social acelerado vuelvan a su cauce. Hay una ética y una épica de la comunidad que se alimenta incluso del imaginario militar o que toma como modelo de experiencia comunitaria la reacción que tantas veces hemos visto y vivido en situación de catástrofe (Solnit 2009; Junger 2016). Pero se trata de un ideal imposible (la movilidad de personas e ideas o la pluralización de modos de vida no pueden desinventarse) y, por ello, indeseable: la aspiración a la pureza provoca el retorno de un tribalismo (Hobfoll 2018) que acaba empleando estrategias de exclusión de todas aquellas personas y grupos categorizados como amenaza (Izaola y Zubero 2015; Zubero 2016). *Fantasías de impermeabilidad* impulsan por doquier una arquitectura (física, política y mental) securitaria, de la que el muro es su máximo exponente (Brown 2015). Muros de cemento y vallas de alambre de púas, muros legales que endurecen las condiciones de entrada y circulación de las personas migrantes, muros mentales que nos inmunizan ante el dolor de los demás.

Hay que señalar, en este sentido, que según una encuesta del Pew Research Center (2018) España es uno de los países de Europa donde mayor disposición existe a aceptar que personas musulmanas o judías entren a formar parte de la familia (74% y 79%, respectivamente), donde más a favor se está de que gays y lesbianas puedan contraer matrimonio (77%), y de los que en menor medida se considera que la religión sea un componente clave de la identidad nacional (así lo cree un 38%), donde menos se apoya la idea de que el gobierno deba proteger los valores y creencias religiosas (17%) o que la cultura propia sea superior a otras (el 20%). En principio, estos datos dibujan un escenario favorable a la pluralidad. No obstante, en nuestro país es muy elevado el porcentaje de personas que consideran que haber nacido en el país o tener ancestros en el mismo es importante para compartir realmente la identidad nacional (66% y 59%, respectivamente). Y siempre hay un porcentaje de entre el 20% y el 30% de personas que se mantienen en posiciones contrarias a todas esas expresiones de cambio cultural y moral. Vivimos en la contradicción, en la tensión entre la apertura al cambio y el temor a sus imprevisibles consecuencias sobre nuestras vidas.

En esta situación, buscamos apoyarnos en algunas realidades que nos ofrezcan alguna seguridad, en valores y en instituciones que, a pesar de todo, mantengan una estabilidad básica. Es por eso que, entre las personas jóvenes, las más afectadas por el cambio social y, a la vez, las más adaptables a este, se sigue afirmando la importancia máxima para la vida de cuestiones tales como la salud, la familia, el trabajo y las amistades (de alguna manera, la clásica triada «salud, dinero y amor» de la que se hablaba en aquella popular canción de los Sesenta), tal como se desprende de los estudios sobre la juventud española de la Fundación SM (González-Anleo y López-Ruiz 2017). Y ello a pesar de que tanto la familia y como las instituciones educativas (esenciales a la hora de orientar la inserción laboral de las personas jóvenes) se ven fuertemente

afectadas por los mismos procesos de individualización, desinstitucionalización y globalización que inundan de incertidumbre el conjunto del sistema social(50).

Donde sí se han producido cambios es en la importancia creciente que se concede al tiempo libre o de ocio, también a la política (si bien, a mucha distancia de los aspectos más valorados) y, sobre todo, al ítem «llevar una vida moral y digna», que contrasta con el derrumbe de la importancia otorgada por las personas jóvenes a la religión (tabla 5.11).

Sin embargo, esa mayor importancia concedida a la moral contrasta con una cierta actitud de laxitud concretada en el aumento de la justificación de todo tipo de comportamientos, en una línea de cierta tolerancia banal, no reflexionada; una «tolerancia de chalet adosado» (Zubero 2004: 18) construida menos sobre la reciprocidad que sobre la autonomía personal, en principio inofensiva, pero que podría estar alimentando una más preocupante tendencia a lo que Zygmunt Bauman denominó *adiaforización*, es decir, el despojo de las relaciones humanas de su significación moral o la exclusión de ciertos actos (o inacciones) del espacio de la evaluación moral, considerándolos explícita o implícitamente como «moralmente neutros» (Bauman 1995: 133; Bauman y Donskis 2015: 57). Si actuar éticamente es, esencialmente, desarrollar y practicar nuestra capacidad de *pensamiento atento* (Weston 2009) en lugar de sucumbir al piloto automático del hábito, el conformismo o el interés inmediato, tendremos que estar muy atentas y atentos a la posible extensión de ese fenómeno de *adiaforización*, de exclusión de la reflexión y la deliberación ética de cada vez más comportamientos, tan funcional a nuestra cultura del consumidor soberano y racional.

(50) La situación de la familia y del sistema educativo es analizada en el Documento de trabajo 5.4. *Retos educativos para la escuela y la familia*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.

TABLA 5.11. Aspectos importantes en la vida para las y los jóvenes españoles. Evolución histórica 1994-2016

	1994		1999		2005		2010		2016	
	Muy importante	Muy + bastante importante								
Salud	-	-	-	-	82	97	69	95	83,4	97,3
Familia	76	98	70	98	80	98	71	96	80,6	97,1
Trabajo	70	97	57	95	60	92	47	86	57	95,6
Amigos y conocidos	53	92	59	96	63	95	59	93	61,6	94,6
Tiempo libre/ocio	41	85	46	92	49	92	47	90	56,2	94
Ganar dinero	56	-	49	92	55	91	47	90	49	92,9
Vida moral y digna	50	87	42	86	52	85	43	84	52,8	92,5
Estudios, formación y competencia profesional	52	89	41	89	44	84	37	85	42,5	92,1
Pareja	-	-	-	-	-	-	48	83	47,6	83,7
Vida sexual satisfactoria	-	-	37	83	49	85	35	81	38,7	77,7
Política	7	21	4	16	7	25	7	27	12	41
Religión	11	33	6	25	6	19	6	22	5,4	16,3

Fuente: González-Anleo y López-Ruiz 2017: 19.

En todo caso, no compartimos la valoración tan dramática –en términos de «devastadora huella que ha dejado este último período de crisis en el laxismo juvenil»– que de esta evolución moral de la juventud española hacen los autores del informe, pues entre los comportamientos referenciados los hay desde los directamente criminales, como son la aceptación del terrorismo (índice de 1,62 sobre 10) o de la violencia de género (1,75 sobre 10), con una aceptación muy baja, al igual que también reciben una baja justificación comportamientos relacionados con la moral fiscal o pública (aceptar un soborno en el cumplimiento de sus obligaciones: 2,56; engañar en el pago de impuestos si se puede: 2,82), pasando por otros que tienen que ver con la falta de educación o de cultura cívica (causar destrozos en la calle, como rayar un coche, romper papeleras, farolas, con un 1,98; hacer ruido los fines de semana: 3,48; emborracharse a propósito: 4,03;

evitar pagar un billete en algún transporte público: 4,14), hasta cuestiones relativas a la moral sexual o el sentido de la vida humana, siendo estas las más aceptadas (relaciones sexuales entre menores de edad: 5,15; aborto: 5,67; eutanasia: 5,83; adopción de un hijo por adultos sin relación estable: 5,85; divorcio: 6,91; que una mujer decida tener un hijo sin relación estable: 7,24; adopción de hijos por homosexuales y lesbianas: 7,34) (González-Anleo y López-Ruiz 2017: 30-31)(51).

Sea como sea, esta búsqueda de seguridad en medio de un mundo objetivamente más complejo e incierto está provocando transformaciones

(51) Para profundizar en el «multiverso» de valores de las y los jóvenes en España, con sus diferencias y complejidades, recomendamos aproximarse a los trabajos de Elzo *et al.* (2014) y Megías (2014).

de fondo y, previsiblemente, de largo alcance, en el ecosistema moral de nuestras sociedades. Un ejemplo lo encontramos en el retorno de los valores materialistas (que enfatizan la seguridad económica y personal) que, según algunas investigaciones, se estaría produciendo en un buen número de países desarrollados, entre los que se encuentra España, rompiendo con la generalizada pauta de cambio cultural posmaterialista analizada por Inglehart desde los años Setenta (Díez Nicolás 2011). Pero de nuevo, en este caso, la expresión en términos materialistas de la demanda de seguridad es más fuerte entre las clases medias que entre los grupos sociales más precarios o periféricos:

El posmaterialismo ha disminuido entre los de posición social alta («centro social», élites) de manera general en todos los países. Por el contrario, cuando se observan los valores del índice de posmaterialismo entre la «periferia social», la pauta general que se observa es que el posmaterialismo ha seguido aumentando, y no ha disminuido como entre las élites. (...) En conclusión, la evidencia empírica parece confirmar la hipótesis de que el retroceso hacia valores menos posmaterialistas, más preocupados por la seguridad, se ha producido antes entre los de «centro social», porque son los primeros en haber percibido el cambio en el contexto social hacia un incremento de la inseguridad personal y económica (Díez Nicolás 2011: 24-25).

¿Cómo explicar este retroceso? La hipótesis del posmaterialismo basa su potencia explicativa en su ambición estructural: va mucho más allá de la observación banal de que se desea más aquello de lo que se carece, que se valora en mayor medida lo que escasea y que la utilidad adicional que obtenemos al consumir una unidad más de un bien o servicio va decreciendo hasta llegar incluso a desaparecer. La tesis del posmaterialismo no es una simple versión más elaborada del viejo adagio *primum vivere deinde philosophari*, primero vivir, luego filosofar; no es solo que a medida que

las sociedades han ido superando etapas de escasez material y de inseguridad física los valores materialistas hayan perdido importancia en favor de valores posmaterialistas, que seguirán siendo valorados solo en la medida en que no existan preocupaciones materiales. No: la tesis del posmaterialismo supone que desde los años Sesenta del siglo XX se ha ido produciendo un profundo cambio en la estructura dominante de finalidades de las sociedades industriales occidentales, consistente en la puesta en entredicho de la importancia concedida en los años de posguerra a la riqueza y al bienestar material, al tiempo que se abogaba por prestar más atención a cuestiones culturales y de calidad de vida. Precisamente este cambio en el horizonte de objetivos sociales fue tanto causa como consecuencia del surgimiento por aquellos años de los llamados «nuevos movimientos sociales» (Dalton y Kuechler, comps. 1992). Ciertamente que la coyuntura económica influye en este proceso de cambio cultural, impulsándolo o ralentizándolo, pero de ninguna manera haciéndolo depender de ella: cada nueva generación sería más posmaterialista que la anterior. Esta es la perspectiva que animaba el hermoso libro de Jordi Pigem *Buena crisis. Hacia un mundo posmaterialista*, publicado en 2009: la posibilidad y la necesidad de aprovechar la crisis para dar un impulso definitivo a nuestra sociedad hacia un posmaterialismo ético, solidario y ecológico.

Pero de lo que se habla hoy es de un posible retroceso del posmaterialismo (Díez Nicolás 2011; Brym 2016; Noya 2018: 28-32) y se analizan los movimientos de extrema derecha en Europa precisamente como una reacción contra los valores posmaterialistas (Husbands 2002; Inglehart y Norris 2016; Norris e Inglehart 2018). ¿Cómo puede ser que en sociedades como la nuestra, donde tantas cosas han cambiado a mejor, rebrote con tanta fuerza el miedo a la pérdida material y que lo haga en mayor medida en los grupos sociales centrales, en esas clases medias que han experimentado tales mejoras y que no son las que más

han sufrido las consecuencias de la crisis? Proponemos una hipótesis para explicarlo. Ciertamente, es mucho, muchísimo, lo que hemos logrado, fundamentalmente en esta parte del mundo. No hace falta sumarse acríticamente a la corte de los nuevos optimistas, liderados por personas tan influyentes como Matt Ridley (2011), Steven Pinker (2012, 2018) o Hans Rosling (2018) para reconocerlo:

En el pasado, todo era peor. El 99% de la humanidad, a lo largo del 99% de la historia, pasaba hambre y era pobre, sucia, temerosa, ignorante, enfermiza y fea. (...) Sin embargo, en los últimos doscientos años todo eso ha cambiado. En un breve período del tiempo que nuestra especie lleva habitando este planeta, miles de millones de nosotros hemos pasado de repente a estar bien alimentados, sanos, limpios y a salvo, a ser inteligentes, ricos y, en ocasiones, incluso bien parecidos. Mientras que en 1820 el 94% de la población mundial todavía vivía en la pobreza extrema, en 1981 ese porcentaje se había reducido hasta el 44% y, ahora, solo unas décadas más tarde, se sitúa por debajo del 10%.

Donde yo vivo, los Países Bajos, un sintecho que recibe asistencia social dispone hoy de más dinero para gastar que el holandés medio en 1950, y cuatro veces más que un habitante de la Holanda gloriosa de la Edad de Oro, cuando dominaba los siete mares.

Los últimos dos siglos han visto un crecimiento exponencial en población y prosperidad en el mundo entero. La renta per cápita es ahora diez veces la de 1850. El italiano medio es 15 veces más rico de lo que lo era en 1880. ¿Y la economía global? Ahora es 250 veces más grande que la de la revolución industrial, cuando casi todos en casi todas partes seguían siendo pobres, hambrientos, sucios, temerosos, ignorantes, enfermizos y feos (Bregman 2017: 11-12).

Es tanto lo que hemos logrado, tanto lo que podríamos lograr aún: más bienestar, más tiempo libre, mejores entornos urbanos y naturales, mayor acceso a la cultura... Pero algo parece no funcionar: trabajamos más horas, sentimos más inseguridad personal, vivimos con angustia la expectativa de un futuro sin protección social, aumenta la experiencia de soledad... A pesar de todo lo que hemos conseguido, a pesar de todo lo que podríamos conseguir, seguimos viviendo en una cultura de la escasez. Y la escasez genera una mentalidad que reduce nuestro ancho de banda y produce el efecto de *visión de túnel* (Mullainathan y Shafir 2016), capturando nuestra mente e impidiendo el pensamiento estratégico, la mirada a medio-largo plazo, la distinción entre lo urgente y lo necesario, y nos encierra psicológicamente en escenarios competitivos de suma negativa. De esta manera, las amenazas materiales acaban alimentando las amenazas normativas y el mundo se llena de enemigos que solo aspiran a privarnos de lo nuestro: de nuestros empleos, de nuestra soberanía, de nuestra lengua, de nuestras costumbres, de nuestras hijas e hijos, de nuestro país... ¿Cómo evitar o superar este círculo vicioso de la ansiedad material y la amenaza normativa? No es fácil. «Mantenerse fuera de la trampa de la escasez —advierten Mullainathan y Shafir— requiere más que abundancia», requiere disfrutar de holgura:

Requiere suficiente abundancia de modo que, incluso después de gastar demasiado o dejar los asuntos para más tarde, sigamos teniendo suficiente holgura para poder administrar la mayoría de las crisis; suficiente abundancia para que incluso después de dejar para más tarde muchas tareas tengamos todavía suficiente tiempo para cumplir con una fecha límite inesperada. Mantenerse fuera de la trampa de la escasez requiere suficiente holgura para tratar con las crisis que trae el mundo y los problemas que nosotros mismos nos imponemos (Mullainathan y Shafir 2016: 176).

¿Pero acaso no estamos ya —o podríamos estarlo mediante una adecuada redistribución de la riqueza— en ese escenario de holgura? «Hace mucho que debería haberse cumplido la profecía de Keynes —lamenta Rutger Bregman—. En torno al año 2000, países como Francia, Países Bajos y Estados Unidos ya eran cinco veces más ricos que en 1930. Sin embargo, hoy nuestros mayores retos no son el ocio y el aburrimiento, sino el estrés y la incertidumbre» (Bregman 2017: 128). La profecía de Keynes... ¿la recordamos, verdad?

Fue en Madrid, en 1930, cuando el célebre economista pronunció una conferencia titulada *Las posibilidades económicas de nuestros nietos* en la que proponía una esperanzadora relectura de la situación de paro masivo que en aquel momento atenazaba a las sociedades más desarrolladas(52). Keynes se mostraba convencido de que esa situación, tan dramática, no era sino un desajuste temporal causado por un desarrollo tecnológico acelerado, que permitía importantes ganancias de productividad utilizando para ello menos trabajo: «Todo esto significa, a largo plazo, que la humanidad está resolviendo su problema económico. Predeciría que el nivel de vida en las naciones progresivas, dentro de un siglo, será entre cuatro y ocho veces más alto que el de hoy. (...) Suponiendo que no se produzcan guerras importantes ni grandes incrementos de la población, el problema económico puede resolverse o por lo menos tener perspectivas de solución dentro de cien años. Esto significa que el problema económico no es —si miramos hacia el futuro— el problema permanente del género humano». Keynes dibujaba un escenario futuro

de superación de la escasez material, lo que nos permitiría despreocuparnos de cómo ganarnos la vida para centrarnos en cómo construir proyectos de vida buena: «Nos veremos libres, por lo tanto, para volver a algunos de los principios más seguros y ciertos de la religión y virtud tradicionales: que la avaricia es un vicio, que la práctica de la usura es un delito y el amor al dinero es detestable, que aquellos que siguen verdaderamente los caminos de la virtud y la sana sabiduría son los que menos piensan en el mañana. Una vez más debemos valorar los fines por encima de los medios y preferir lo que es bueno a lo que es útil. Honraremos a todos cuantos puedan enseñarnos cómo podemos aprovechar bien y virtuosamente la hora y el día, la gente deliciosa que es capaz de disfrutar directamente de las cosas, las lilas del campo que no trabajan ni hilan».

Es cierto que Keynes retrasaba un siglo el logro de esa liberación de la escasez, un siglo en el transcurso del cual tendríamos que seguir actuando como si lo más importante de la vida fuera el combate contra la necesidad económica: «Pero, ¡cuidado!, todavía no ha llegado el tiempo de todo esto. Por lo menos durante otros cien años debemos fingir nosotros y todos los demás que lo justo es malo y lo malo es justo; porque lo malo es útil y lo justo no lo es. La avaricia, la usura y la cautela deben ser nuestros dioses todavía durante un poco más de tiempo, pues solo ellos pueden sacarnos del túnel de la necesidad económica y llevamos a la luz del día». Cien años de fingimiento moral, de confusión entre lo bueno y lo útil, son muchos años y sería una ingenuidad imperdonable pensar que un siglo de utilitarismo inmoral (fingir que lo malo es justo solo porque es útil) no dejaría su impronta sobre nuestra personalidad dificultando la emergencia de esos «ángeles que llevamos dentro» (Pinker 2012), entre los que destaca el ángel de la empatía, y facilitando el predominio de los «demonios interiores» de la depredación, la dominación o la envidia. Tal vez por eso, aunque objetivamente podamos encontrarnos ya en el escenario post-escasez descrito por Key-

(52) Este ensayo se presentó por primera vez en 1928, como una charla ante varias pequeñas sociedades, incluyendo la Essay Society del Winchester College y el Club de Economía Política de Cambridge. En junio de 1930 Keynes amplió sus notas, transformándolas en una conferencia que pronunció en Madrid. Apareció en forma literaria en dos partes, en *Nation and Athenaeum*, 11 y 18 de octubre de 1930, en plena depresión. Está recogida en el libro *Ensayos de persuasión*, Barcelona: Crítica (1988).

nes(53), subjetivamente seguimos viviendo en un mundo dominado por la amenaza de escasez, una subjetividad alimentada desde el consumismo, pero también desde esa cultura del miedo a la que nos hemos referido anteriormente.

El historiador Tony Judt nos ofrece una de las mejores caracterizaciones de los Estados de bienestar construidos tras la segunda posguerra mundial cuando los define como estados *profilácticos*,

como una garantía de aseguramiento colectivo que actuara como «barrera contra el regreso del pasado: contra la depresión económica y su violento resultado polarizador en las políticas desesperadas del fascismo y del comunismo» (Judt 2008: 22). Esa profilaxis de la seguridad solidaria y cooperativa es la que hoy está en crisis. Y, en su ausencia, se multiplica el riesgo de expansión de las patologías sociales del miedo, la insolidaridad, la exclusión y el resentimiento.

5.8. Compartir los miedos, educar la indignación, recuperar la esperanza

Cuando en 2014 cerrábamos el anterior Informe FOESSA, apenas un lustro después del catastrófico inicio de la crisis, el escenario al que nos enfrentábamos era el de un contexto cultural en principio favorable para proponer y discutir cambios en el funcionamiento de los procesos económicos y políticos característicos de nuestro modelo social, y una sociedad civil activada, propositiva, experimentando formas de vida y de organización socioeconómica nuevas. Se hablaba entonces de «crisis social global» (Díez Nicolás 2013) y proliferaban iniciativas sociales múltiples y diversas, una explosión de *demodiversidad* fundada sobre la reapropiación de la participación social y política (Santos 2014a: 126). Como ya hemos señalado anteriormente, toda esta riqueza continúa existiendo y operando, pero en los últimos años muestra signos de agotamiento o, cuando menos, se enfrenta con dificultades a la competencia que supone la aparición de potentes contramovimientos regresivos que ocu-

pan los primeros planos de las agendas mediáticas y políticas. En este escenario, Marina Garcés dibuja un horizonte en el que «la acción colectiva (...) ya no se entiende desde la experimentación, sino desde la emergencia, como operación de salvación, como reparación o como rescate» (Garcés 2017: 25). Seguramente, ni en 2014 todo era experimentación social ni ahora, en 2018, todo es operación de emergencia y rescate. Pero es verdad que si entonces predominaban sensaciones y actitudes más propositivas, en clave de conquista de espacios de poder y de influencia, hoy el tono social es más bien defensivo, buscando la manera de resistir el nuevo ciclo político de giro hacia la derecha más radical.

La sociedad española mantiene, pese a todo, un tono en sus opiniones respecto de importantes cuestiones sociales mucho más positivo que la mayoría de los países de nuestro entorno(54). Como se observa a partir de los datos de la Encuesta Social Europea (8.ª oleada, 2016), en España existe una visión en general más favorable hacia las ayudas sociales y una mayor valoración de la igualdad social (tabla 5.12).

(53) Así lo creen ROBERT y EDWARD SKIDELSKY: «Las sociedades ricas ya no se pueden permitir el dejar de desarrollar una visión colectiva de la buena vida y deambular sin un esquema sobre la verdadera utilidad de la riqueza. El mayor despilfarro al que nos enfrentamos ahora no es de dinero, sino de posibilidades humanas. (...) Ya hace tiempo que deberíamos haber dado comienzo a ese cambio» (SKIDELSKY 2012: 244).

(54) Es verdad, y así lo advertimos, que la mayor negatividad de la opinión pública europea se ve fuertemente influida por Rusia y los países de su entorno, profundamente reacios a la solidaridad social.

TABLA 5.12. Opiniones con relación a diversas cuestiones en España y en el conjunto de los países encuestados en la 8.ª ronda de la Encuesta Social Europea. 2016 (%)

		España	Total ESS
Para que una sociedad sea justa las diferencias entre los niveles de vida de la gente deberían ser pequeñas	Muy de acuerdo/De acuerdo	78,8	63,3
	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	12,3	21,7
	En desacuerdo/Muy en desacuerdo	8,8	15,0
Las prestaciones y servicios sociales ejercen demasiada tensión en la economía del país	Muy de acuerdo/De acuerdo	45,3	35,3
	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	18,8	27,4
	En desacuerdo/Muy en desacuerdo	36,0	37,2
Las prestaciones y servicios sociales evitan que se extienda la pobreza	Muy de acuerdo/De acuerdo	60,9	57,4
	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	14,2	21,3
	En desacuerdo/Muy en desacuerdo	24,9	21,2
Las prestaciones y servicios sociales contribuyen a una sociedad más igualitaria	Muy de acuerdo/De acuerdo	62,1	49,7
	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	16,7	24,8
	En desacuerdo/Muy en desacuerdo	21,2	24,5
Las prestaciones y servicios sociales hacen que la gente sea más vaga	Muy de acuerdo/De acuerdo	34,9	41,7
	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	18,8	23,9
	En desacuerdo/Muy en desacuerdo	46,4	34,5
Las prestaciones y servicios sociales hacen que la gente esté menos dispuesta a preocuparse por los demás	Muy de acuerdo/De acuerdo	36,1	36,8
	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	19,0	24,7
	En desacuerdo/Muy en desacuerdo	44,9	38,5
La mayor parte de los parados no intenta realmente encontrar un trabajo	Muy de acuerdo/De acuerdo	23,3	37,9
	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	19,9	24,1
	En desacuerdo/Muy en desacuerdo	56,8	37,9
Muchas de las personas que ganan muy poco reciben menos prestaciones sociales de las que legalmente les corresponden	Muy de acuerdo/De acuerdo	66,8	48,7
	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	14,6	30,1
	En desacuerdo/Muy en desacuerdo	18,5	21,2
A favor o en contra de un sistema de renta básica	Totalmente en contra	13,6	12,0
	En contra	37,0	33,7
	A favor	42,0	45,0
	Totalmente a favor	7,4	9,2
En qué medida ese tipo de persona se parece o no se parece a Ud.			
Para él es importante ser rico. Quiere tener mucho dinero y cosas caras	Se parece mucho a mí	2,6	3,7
	Se parece a mí	5,1	10,5
	Se parece algo a mí	11,5	17,7
	Se parece un poco a mí	17,9	21,4
	No se parece a mí	43,3	33,2
	No se parece nada a mí	19,6	13,6
Le parece importante que todo el mundo sea tratado de la misma manera. Cree que todo el mundo debería tener las mismas oportunidades en la vida	Se parece mucho a mí	49,9	29,2
	Se parece a mí	39,4	39,7
	Se parece algo a mí	7,3	19,5
	Se parece un poco a mí	1,9	7,7
	No se parece a mí	1,2	3,2
	No se parece nada a mí	0,3	0,7

		España	Total ESS
Para él es importante escuchar a personas que son distintas a él. Aunque no esté de acuerdo con ellas quiere comprenderlas	Se parece mucho a mí	29,2	19,8
	Se parece a mí	48,3	42,2
	Se parece algo a mí	14,3	23,4
	Se parece un poco a mí	5,1	9,9
	No se parece a mí	2,5	3,9
	No se parece nada a mí	0,6	0,9
Para él es importante ser humilde y modesto. Trata de no llamar la atención	Se parece mucho a mí	35,5	17,2
	Se parece a mí	42,9	34,8
	Se parece algo a mí	13,5	25,0
	Se parece un poco a mí	5,3	13,7
	No se parece a mí	2,4	7,8
	No se parece nada a mí	0,3	1,5
Para él es muy importante ayudar a las personas que tiene a su alrededor. Se preocupa por su bienestar	Se parece mucho a mí	46,4	26,0
	Se parece a mí	42,0	41,5
	Se parece algo a mí	9,1	22,0
	Se parece un poco a mí	2,2	8,0
	No se parece a mí	0,3	2,2
	No se parece nada a mí	0,0	0,5

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Social Europea, 8.ª oleada, 2016 (https://www.europeansocialsurvey.org/download.html?file=ESS8e02_1&y=2016).

Afrontamos los próximos años desde una situación no tan favorable como parecía ser la de 2014, aunque tampoco estamos tan carentes de recursos y herramientas como pudiera parecernos. Pero si queremos localizar, activar y fortalecer todos estos recursos es imprescindible desarrollar al máximo nuestra capacidad de *escucha activa*: debemos tomarnos en serio lo que la gente dice, expresión más o menos adecuada de lo que siente. Como plantea Víctor Pérez-Díaz, no debemos cometer el error de reducir estas opiniones y actitudes a mero reflejo de su posición en la estructura social (opiniones meramente interesadas) ni a mera reproducción del discurso político-mediático dominante (opiniones manipuladas) (Pérez-Díaz 2017: 16). Como nos hemos esforzado por mostrar a lo largo de este texto, cada vez hay más identidades a la intemperie (Morera 2018), personas y grupos que se sienten víctimas del mayor y más cruel de los latrocinios, como es el *robo del futuro* (Lanceros 2017). Personas que viven *aterradas* la

sensación de estar *desterradas*, privadas de cualquier referencia estable. Y en un mundo así, sin referencias, que funciona cada vez más desde la lógica de la *expulsión* (Sassen 2015), el miedo deja de ser una anomalía transitoria para convertirse en una «excepción permanente» (Lanceros 2017: 81). Pero el miedo generalizado nos condena a un escenario hobbesiano de pesadilla, del que intentaron protegernos tanto el proyecto liberal (Shklar 2018) como el socialdemócrata (Judt 2010: 207). Ese miedo, su extensión, es lo que en primer lugar debemos combatir.

Boaventura de Sousa Santos sugiere que la incertidumbre es la forma en que se experimenta la tensión que surge de las múltiples relaciones que existen entre el miedo y la esperanza, relaciones que no son potencialmente las mismas para todas las personas y todos los grupos sociales: puesto que el miedo y la esperanza no se distribuyen por igual entre los distintos grupos sociales en cada

momento histórico, las incertidumbres tampoco son las mismas. En palabras de Santos:

Hay grupos sociales en los que el miedo supera de tal modo a la esperanza que el suceder del mundo les pasa por delante sin que puedan hacer que el mundo suceda. Viven en espera, pero sin esperanza. Hoy están vivos, pero en tales condiciones que mañana podrían estar muertos. Hoy alimentan a sus hijos, pero no saben si mañana podrán hacerlo. La incertidumbre en la que viven es descendente, porque el mundo les pasa de formas que dependen poco de ellos. (...) Por otro lado, hay grupos sociales en los que la esperanza supera de tal manera al miedo que el mundo se les presenta como un campo abierto de posibilidades que pueden gestionar a voluntad. La incertidumbre en la que viven es ascendente en la medida en que tiene lugar entre opciones portadoras de resultados deseados en general, si bien no siempre totalmente positivos (Santos 2017: 23-24).

Esta situación está provocando —y la fórmula es magnífica— «la creciente polarización entre el mundo del miedo sin esperanza y el mundo de la esperanza sin miedo» (Santos 2017: 24). Una de sus consecuencias más problemáticas es la *privatización de la esperanza* y el debilitamiento de toda forma de esperanza colectiva (Aronson 2016). La esperanza es *performativa*, está incorporada en la estructura misma de la agencia humana, no es tanto una virtud como una *experiencia* (Eagleton 2016: 94, 102, 133). La auténtica esperanza no es simplemente «esperar» a que algo bueno ocurra en el futuro —esto es más bien ingenuo optimismo— sino «anticipar» el cumplimiento de ese futuro operando sobre las potencialidades del presente. La esperanza «es un movimiento hacia el bien, no simplemente un deseo de él» (Eagleton 2016: 88).

En estas condiciones, romper con la tendencia a individualizar o privatizar la esperanza exige re-

nunciar a la privatización de la certidumbre; exige, con otras palabras, compartir los miedos y las inseguridades de nuestras conciudadanas y conciudadanos. Compartir las incertidumbres es la única manera de poder reconstruir una esperanza colectiva. ¿Las incertidumbres de quiénes? Para empezar, las de quienes, como nosotras y nosotros, formamos parte de esas clases medias y medias-bajas cuya indignación, orientada en una dirección inclusiva y progresiva por sus sectores más jóvenes, urbanos y educados, impulsó en 2011 el «ciclo 15M-Podemos» (Rodríguez 2016), y que ahora, de la mano de sus sectores más adultos, menos formados, más periféricos, estarían abriendo un nuevo ciclo de indignación de tintes conservadores y excluyentes.

Como hemos planteado a lo largo de este texto, dos son las grandes fuentes de miedo que amenazan a estas personas en sociedades como la nuestra: una es de carácter material, la otra de naturaleza cultural o normativa. La primera plantea un reto a su capacidad de supervivencia económica; la segunda, a su identidad.

Coincidimos con la apreciación del sociólogo sueco Göran Therborn de que nos enfrentamos a una «batalla decisiva por la orientación de las clases medias», entendiendo por tales a quienes «no son ni ricos ni pobres, sin que exista la necesidad de que compartan otra característica social diferente a la del consumo, aunque en ocasiones haya implícita cierta orientación cultural o política» (Therborn 2015: 183-184). En el anterior Informe FOESSA ya apuntábamos que las políticas públicas se enfrentaban cada vez más a un escenario de conflictos redistributivos, de manera que cada decisión política se encontrará en la tesitura de tener que lidiar con la oposición de colectivos sociales que van a tener la convicción de que están siendo forzados a cargar con los costes de unas políticas de las que se benefician otros (Zubero, coord., 2014: 424): mayores contra jóvenes, autóctonos contra inmigrantes, estables contra precarios, ur-

banos contra rurales, hombres contra mujeres, catalanes contra extremeños...

Necesitamos urgentemente recuperar y actualizar la gran intuición que impulsó el proyecto de bienestar colectivo tras la segunda guerra mundial, expresado de manera canónica en aquel principio vertebrador del Informe Beveridge: construir *The Way to Freedom from Want* **(55)**, el camino a la libertad de la necesidad, derrotando colectivamente a los «cinco gigantes» de la necesidad, la miseria, la ignorancia, la ociosidad y la enfermedad (Timmins 1995). En condiciones de necesidad no es posible practicar la vida en libertad. Por ello, de lo que se trataba era de anticiparse a la necesidad paralizante para garantizar los fundamentos materiales de la libertad; y hacerlo «desde la cuna hasta la tumba» (*from cradle to the grave*), en todas las circunstancias de la vida. Qué lejos estamos de aquella utopía real beveridgiana en la actualidad, cuando la activación más o menos «workfarista» se ha convertido en el paradigma dominante en las políticas sociales. Como apunta Zygmunt Bauman, «ofrecer asistencia una vez que el temor hubiera cumplido su tarea devastadora, y que la privación y el desempleo se hubieran transformado en realidad, no habría contribuido al sueño liberal de lograr seres humanos audaces, seguros, confiados e independientes» (Bauman 2000: 78). ¿Cómo fue posible aquel acuerdo, impulsado en las peores condiciones a las que puede enfrentarse una sociedad? Lo aclara Tony Judt:

En aquellos años de la posguerra los debates políticos adquirieron un tono moral. El desempleo (el problema más grave en el Reino Unido, Estados Unidos o Bélgica), la inflación (el mayor temor en Europa central, donde había hecho estragos en los ahorros personales durante décadas) y unos precios agrícolas tan bajos (en Italia y Francia) que los campesinos se veían

obligados a abandonar la tierra, al tiempo que la desesperación les empujaba hacia los partidos extremistas, no eran solo cuestiones económicas; desde los sacerdotes hasta los intelectuales seculares, todo el mundo consideraba que ponían a prueba la coherencia ética de la comunidad (Judt 2010: 55-56).

¡Se trataba de problemas morales antes que económicos! Era la condición ética misma de la comunidad la que estaba en juego. Esta era la *razón ética del Estado de bienestar* (Bauman 2001: 95), la asunción del principio de responsabilidad mutua, la convicción de que nuestra primera obligación es para con la *proximidad*: ser y actuar como guardianes de nuestras hermanas y hermanos (Bauman 2001: 87-98), asumir y aplicar el precepto de amor al prójimo (Bauman 2003: 105-109; 2010: 51-56).

Boaventura de Sousa Santos define a la izquierda como «un conjunto de posiciones políticas que comparten el ideal de que los seres humanos tienen todos el mismo valor, y que son el valor más alto» (Santos 2014a: 319). Aunque una definición tan genérica, más kantiana que marxista, pueda parecer inaplicable, conecta con una poderosa intuición que estuvo en la base de los movimientos de indignación contra la crisis de 2008 y que se expresó en formas igualmente genéricas y, por lo mismo, difícilmente operacionalizables, como fue la del «somos el 99%» (Graeber 2014), pero que tuvieron la capacidad de hacernos imaginar un mismo espacio de lucha compartido más allá de las evidentes diferencias que separaban a los colectivos sociales afectados por la crisis.

Hubo un momento en que la historia parecía alumbrar una primavera global y reticular de prácticas «de indignación y de esperanza» (Castells 2012). Necesitamos recuperar ese momento. Ya sea sobre la base de la vulnerabilidad o la precariedad compartida (Butler 2006; Rosanvallon 2015; Solé y Pié, coords., 2018), sobre la praxis política de lo común (Laval y Dardot 2015), reconociéndonos

(55) http://www.nationalarchives.gov.uk/pathways/citizenship/brave_new_world/docs/freedom_want.htm

habitantes de un solo mundo (Singer 2003), a partir de un proyecto que ponga el cuidado en el centro de la vida (Tronto 2013), asumiendo nuestra condición de seres *interdependientes y ecodependientes* (Riechmann 2012, 2017) o la de hijas e hijos de un arameo errante, o de un mismo Dios que es padre y madre y que, por serlo, nos convierte a todos los seres humanos en «hermanos y hermanas [juntos] en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra» (*Laudato si'*, 92, p. 72)(56).

Si no estamos en el mundo para adaptarnos ni para quedarnos en el túnel, sino para transformarlo, tendremos qué pensar qué queremos, qué necesitamos transformar y qué valores son necesarios para que esas transformaciones puedan generar alternativas de convivencia y de redistribución efectivas, herederas del espíritu del 45 y de Beveridge. Y pensar en lo lejos o cerca que estamos de las condiciones para que el cambio sea posible.

Desde una perspectiva interseccional (Crenshaw 1991) podemos tratar de imaginar qué transformaciones serían deseables y abordables desde el ser mujeres, ser jóvenes, ser mayores, ser migrantes, ser vulnerables; y desde el estar excluidas y excluidos, en suma, desde el ser diferentes, para llegar a un modelo social donde las diferencias no se conviertan en desigualdades ni en ámbitos de discriminación.

Desde el ser mujeres el qué hacer pasa por deconstruir dicotomías clásicas que perpetúan situaciones de desigualdad: público-privado, productivo-reproductivo, autonomía-dependencia e introducir la corresponsabilidad, también por parte del Estado, favoreciendo la desfamilización (Esping-Andersen 1999) y no solo la desmercanti-

lización (Esping-Andersen 1990). El principal valor necesario es la igualdad y la asunción del principio de corresponsabilidad que, necesariamente pasa, por un modelo social redistributivo basado en el principio de universalidad.

Desde el ser jóvenes el qué hacer pasa por minimizar los miedos que conducen a las incertidumbres y favorecer entornos que permitan proyecciones a futuro esperanzadoras, entornos desde los que se pueda soñar y proyectar futuros posibles a los que llegar desde presentes no limitantes ni castrantes. Un valor habilitante es la solidaridad intergeneracional, que propicie espacios de comunicación, de intercambio y de transferencia de conocimientos y experiencias. Hace falta una transmisión de valores que reconozca la creatividad, la autonomía y el riesgo, para definir proyectos vitales que estén conectados con la sociedad y que tengan también vocación de servicio público.

Desde el ser vulnerables el qué hacer pasa por limitar estados de incertidumbres, por aportar estructuras de apoyo a las que poder recurrir cuando sea necesario; la vulnerabilidad está estrechamente vinculada a la inestabilidad laboral, la fragilidad de las relaciones sociales y la falta de acceso a prestaciones sociales (Aristegui *et al.* 2017: 17). La mera percepción de que hay una salida, de que hay una respuesta personal, social, económica y política reduce la percepción del riesgo y, por tanto, reduce la vulnerabilidad, que es, sobre todo, un estado de inseguridad. Ser migrantes o ser personas mayores pueden ser ámbitos de vulnerabilidad a los que como sociedad debemos saber dar certidumbres fundamentadas en la seguridad de redes familiares, sociales, comunitarias y públicas. El valor vuelve a ser la solidaridad, una solidaridad que entiende que el problema no es solo económico sino moral.

Otra vez la *traducción* y la *intersección* de saberes y de prácticas, de indignaciones y de miedos, de aspiraciones y de proyectos. Traducciones e in-

(56) <https://www.vidanuevadigital.com/documento/enciclica-laudato-si-del-papa-francisco-pdf/>

tersecciones que acerquen y sumen, que generen complicidades y sinergias, que acumulen capacidad transformadora. No se trata de hacer surgir protestas y propuestas a partir de un terreno yermo, pues no es esta la situación en la que estamos, afortunadamente. Compartimos la esperanza razonable expresada por Marco Revelli cuando escribe:

Decenas, quizá cientos y miles de mujeres y hombres, en los intersticios del desorden global, están por la tarea de «reanudar los lazos», de cerrar las heridas, de «elaborar el mal». Para deshacer los grumos y enemistad que los desniveles planetarios (el feroz retorno de la desigualdad), los conflictos identitarios (étnicos, religiosos, la degradación de la «política de las tribus»), el espectáculo obscuro de la injusticia representado en el escenario del sistema-mundo, van engrosando con velocidad creciente (...), reparando desde abajo los daños que los desarraigados flujos de la economía y de la política (del Mercado y del Estado) producen (Revelli 2008: 106).

La crisis de esperanza que hoy experimentamos no se debe a la inexistencia de movimientos de protesta que impulsen propuestas de cambio social, sino a la fragmentación incapacitante de estos movimientos. Lo que necesitamos no es constituir un improbable «sujeto colectivo unificado», sino aprender a practicar una «socialidad de archipiélago, que une sin llegar a fundir, sin cortar raíces, sin uniformar lenguajes» (Revelli 2002: 320). Contra la tendencia a enfrentarnos por principio y desde el principio, *aprender a sumar todo lo que sea necesario mientras sea posible*. También culturas y prácticas habitualmente despreciadas o rechazadas desde los paradigmas políticos dominantes:

a) Tradiciones contrahegemónicas o críticas de raíz religiosa, como vienen proponiendo Bernstein (2006), Santos (2014b), Vattimo (2009),

Caputo y Vattimo (2010), Žižek (2002), Žižek, Santner y Reinhard (2010), Žižek y Gunjević (2013), Habermas, Taylor, Butler y West (2011), de Botton (2012) y, sobre todo, Eagleton (2012, 2014, 2016), quien se muestra convencido de que «las Escrituras judías y cristianas tienen mucho que decir acerca de algunas cuestiones de vital importancia —como la muerte, el sufrimiento, el amor, la autorrenuncia y otras por el estilo— sobre las que la izquierda ha mantenido, en su mayor parte, un embarazoso silencio» (Eagleton 2012: 14).

b) Culturas empresariales y realidades productivas locales, responsables, como el cooperativismo (Gibson-Graham 2003; Harrison 2013; Paranque y Willmott 2014; Wright 2014: 243-254), las economías alternativas, sociales y solidarias (Galaz y Prieto 2006; Laville y García Jané 2009; Santos 2011; Moreno 2014; Laville 2015) o la responsabilidad empresarial (García-Marzá 2014; Zamagni 2014)(57).

c) La aportación del Tercer Sector de Acción Social, profundamente afectado por la crisis de 2008 en sus medios, su misión y su imagen, sometido a la misma crítica que otras instituciones «tradicionales», pero que durante estos años ha sido capaz no solo de seguir cumpliendo su función rescatadora y protectora, sino también de afrontar una profunda revisión de su identidad y funcionamiento, reforzando su dimensión transformadora (Rodríguez Cabrero y Marbán 2015; Rodríguez Cabrero y Marbán coords., 2015; Zubero 2018).

Pero... *primum vivere*. Para poder pensar en clave estratégica, sumando protestas y propuestas hoy

(57) Sobre esta última cuestión, ver el Documento de trabajo 5.5. *Los valores en el ámbito económico y empresarial y el papel de la responsabilidad social empresarial en la generación de ámbitos de mayor justicia social: ¿mito o realidad?*. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.

por hoy muy distanciadas, incluso enfrentadas, necesitamos recuperar para nuestras quebradas sociedades la capacidad profiláctica que otrora tuvo el Estado de bienestar, pues esta será la única manera de no sucumbir ante el miedo a la necesidad. ¿Cómo? No nos corresponde a nosotros profundizar en esta cuestión, pero compartimos la idea, expresada hace ya tres décadas por Jürgen Habermas, de que el Estado social del futuro «no puede mantener el trabajo como punto central de referencia» (Habermas 1988: 129). Y si de liberarnos incondicionalmente de la necesidad se trata, la propuesta de la renta básica universal constituye, tal vez, la mejor actualización del proyecto de Beveridge (Casassas 2018)(58). Pero somos conscientes de que se trata de una propuesta disputada y no es nuestra función profundizar en esta discusión ni tomar partido en la misma.

Hay otras posibilidades sobre la mesa, que son objeto de reflexión y debate entre personas expertas y agentes sociales: la generalización de un programa de *rentas mínimas* como el que existe actualmente en el País Vasco (Ayala 2015; Fernández et al. 2015; Sanzo 2018), la propuesta del *empleo garantizado* (Garzón y Guamán, coords 2015; Zuberó 2017), el *reparto del empleo* (de la Fuente y Zubiri 2016a y 2016b) o la herencia ciudadana (Bangham 2018)(59). De lo que se trataría es de encontrar vías para la redistribución justa de la riqueza, objetivo para el que el empleo se muestra crecientemente ineficaz: «Una redistribución masiva. Redistribución de dinero (renta básica),

de tiempo (una semana laboral más corta), de impuestos (sobre el capital en lugar de sobre el trabajo)» (Bregman 2017: 182).

Pero un énfasis exclusivo en las urgencias materiales puede alimentar, como ya hemos indicado, actitudes y propuestas chovinistas. Para evitarlo necesitamos, también, reconsiderar la cuestión de la identidad y los miedos y angustias que en torno a la misma se generan. Para ello, como planteamiento de partida, debemos huir de la tentación de situarnos en posiciones ya sean «impecables» como «implacables» (Del Águila 2000: 41). Debemos hacer lo posible por entender (lo que no significa compartir) los temores que tantas personas expresan en relación a la inmigración y la diversidad, superando ese muro de la empatía (Hochschild 2018) que nos impide conectar con ellas y nos lleva a condenarlas. Por expresarlo de otra manera, «existe otra alternativa a lo políticamente correcto que no es lo políticamente abyecto» (Finkelkraut 2014: 165).

En un mundo no solo de «extraños llamando a la puerta» (Bauman 2016), sino de extrañas y extraños viviendo puerta con puerta, debemos abrirnos a pensar nuestras identidades no como realidades acabadas, unívocas y exclusivas, sino como *identificaciones*, como identidades dinámicas, complejas, abiertas al cambio, en proceso de construcción, pero sin caer en esa «utopía «postmoderna» [que] permitiría a la identidad flotar libremente entre todos los roles, entre las identificaciones fortuitas» (Balibar 2005: 38-40). La alternativa al cierre no puede ser la condena a la intemperie. La respuesta al lamento por la pérdida del hogar y a la demanda de recuperarlo mediante la erección de muros y el bloqueo de puertas y ventanas no puede ser la demolición de toda residencia. Aquí también necesitamos encontrar algunas seguridades existenciales que nos permitan ejercitar la libertad de reconocernos en nuestras pertenencias múltiples y de gozar del encuentro con otras y otros. Para ello, proponemos pensar el reto de

(58) El portal de *Sinpermiso* es una fuente inagotable de información y reflexión sobre la renta básica universal: <http://www.sinpermiso.info/Tem%C3%A1tica/Renta-B%C3%A1sica>

(59) Se trata de una propuesta del *think tank* británico Resolution Foundation, consistente en entregar 10.000 libras (11.360 euros) a todas las personas con ciudadanía británica al cumplir 25 años, dinero destinado a adquirir o alquilar una vivienda, crear una empresa o abrir un plan de pensiones. El objetivo es reducir la brecha económica entre generaciones y sus negativos efectos sobre la movilidad social.

la creciente diversidad, particularmente de la asociada a los movimientos migratorios, desde la perspectiva de la *hospitalidad*.

Todas y todos estamos familiarizados, porque las hemos utilizado en muchas ocasiones, con las expresiones siguientes: «te invito a mi casa», «siéntete como si estuvieras en tu casa», «esta es tu casa». Son expresiones de acogida, de apertura, de hospitalidad. Pero no significan exactamente lo mismo: indican una gradación cuando menos implícita en la apertura del propio hogar. La primera, «te invito a mi casa», marca claramente la diferencia entre la persona legítimamente propietaria del hogar y aquella a la que esta invita en ejercicio exclusivo de su voluntad; la segunda, «siéntete como si estuvieras en tu casa», supone un paso más, convierte a la persona invitada en algo diferente, la anima a disfrutar de prerrogativas similares a las de la persona propietaria; la tercera, «esta es tu casa», lleva el acto de compartir la residencia hasta su extremo, igualando en la práctica a ambas personas.

Michael Ignatieff escribe que el éxito del programa de acogida de personas refugiadas en Canadá se explica «por apelar de forma específica a la hospitalidad y la generosidad de las familias canadienses corrientes y depender de su disposición a patrocinar a refugiados individuales». Y continúa diciendo:

Si ha regresado la soberanía, entonces debemos preguntarnos de qué modo puede garantizar la seguridad y la justicia para su propio pueblo sin acabar con las virtudes de la generosidad y la hospitalidad hacia las personas desesperadas e indefensas que llaman a la puerta. Reconocer que esas personas poseen derechos basados en el derecho internacional es una condición necesaria para la decencia, pero no es suficiente para mantener una cultura pública de acogida. Esta debe imitar las virtudes del ámbito privado, las virtudes de la compasión y la generosidad, para que los ciudadanos vean,

en las acciones de su Gobierno, una versión de su mejor naturaleza (Ignatieff 2018: 272-273).

Hoy Europa es una casa en la que cuesta cada vez más mantener incluso la cultura de la invitación más básica. En un contexto como el actual, en el que cada vez más voces se alzan exigiendo el cierre de puertas y hasta la expulsión de quienes una vez entraron como invitados, los llamamientos a desprenderse del seguro existencial que otorga la identidad etnonacional están condenados al fracaso cuando se realizan desde el impecable cosmopolitismo banal. Como afirma Jean-Claude Kaufmann, «hay que detener en seco la menor manifestación de racismo ordinario», pero también hay que saber entender que «los desprovistos de todo construyen (...) su reconocimiento mutuo inventando su pequeño mundo contra el resto del mundo» (Kaufmann 2015: 77 y 59). Partir del reconocimiento y la valoración de nuestra casa (nuestro país, nuestras culturas, nuestras leyes), continuar con la visibilización y la problematización de la situación de despojo y desarraigo que sufren tantas personas en el mundo, seguir con la narración de las relaciones y vínculos que existen entre ellas y nosotras, acabar apelando a nuestra hospitalidad, una hospitalidad que pueda llegar incluso a ponernos «en manos del propio huésped» (Vattimo 2003: 128). Una *ética de la hospitalidad* cuyo éxito depende tanto del anfitrión como del huésped (Innerarity 2001: 58). ¿No podríamos construir a partir de aquí un proyecto de apertura y acogida que rompa con la tendencia al cierre que emborrona el horizonte?

Pero, ¿cuánta apertura? ¿No estamos cayendo en un idealismo abstracto, inútil a la hora de gestionar la realidad concreta de los miles de personas que aspiran a convertirse en nuestros huéspedes? Es cierto que ni en España ni en Europa caben todas las personas que puedan optar por migrar desde sus realidades de miseria o persecución, pero en lugar de colocarnos desde el principio en el horizonte imposible del cumplimiento absoluto de

nuestra responsabilidad, ¿por qué no abrimos una conversación colectiva sobre la irresponsabilidad que supone haber acogido a apenas una décima parte de las 17.000 personas refugiadas a las que España se comprometió a acoger en 2015, forzadas a huir de sus países por las guerras en Oriente Medio? Del mismo modo, acaso no sabemos cómo acabar de inmediato con el hambre y la enfermedad en el mundo más empobrecido, pero ¿por qué no discutimos abiertamente sobre nuestra vergonzosa renuencia a cumplir con el compromiso del 0,7%? Es verdad, como dice Bauman, que «responsabilizarse absolutamente, sin límites y sin excepciones, por el bienestar de un «otro» (y con ello, presumiblemente, de todos los otros) tal vez sea un mandamiento hecho a la medida de los santos»; pero la consecuencia de reconocer nuestra limitada condición humana debe ser «fijar límites a cuán lejos se puede llegar para cumplir con esas responsabilidades (de satisfacer el deber moral) sin caer en el extremo contrario, el estado de guerra moral» (Bauman 2016: 75).

Boaventura de Sousa Santos nos recuerda que el miedo es la emoción dominante cuando las expectativas de futuro son negativas, y que cuando estas son positivas es la esperanza la que se abre cami-

no (Santos, 2017: 249). Por su parte, Terry Eagleton sostiene que «la esperanza no solo es optativa sino también performativa» (Eagleton, 2016: 133). ¿Qué es primero, el futuro que nos atemoriza o nos permite mantener la esperanza, o una determinada mirada sobre la realidad, esperanzada o atemorizada, que nos lleva a actuar de una manera o de otra en el presente? Si la esperanza es performativa, el temor, si se nos permite decirlo así, es «conformativo». El temor, como hemos visto que ocurre con la escasez, produce en los individuos y en las sociedades un incapacitante efecto túnel, hasta llegar al extremo que El Roto mostraba en una de sus geniales viñetas: «Con el paso del tiempo la gente se acostumbró a vivir en el túnel y dejó de intentar encontrar una salida»⁽⁶⁰⁾.

La esperanza no es una mera disposición espiritual o psicológica, como pueda serlo el optimismo, sino una práctica. «Podemos saber que alguien tiene esperanza —afirma Eagleton— no investigando su vida interna sino observando lo que hace»; y concluye: «Lo más significativo en un individuo que habitualmente se muestra esperanzado no es que tenga ciertas sensaciones, sino que está dispuesto a actuar y a responder afirmativamente con respecto al futuro» (Eagleton, 2016: 102 y 96).

5.9. Conclusiones

Escribimos estas páginas en 2018 compartiendo la realidad de una sociedad que, al igual que ocurría en 2014, continúa expresando su indignación ante un mundo que no está a la altura ni de sus necesidades materiales ni de sus aspiraciones espirituales. Un mundo que ya estaba roto antes de 2008 de manera que cualquier pretensión de arreglo o mejora no puede contemplar una vuelta atrás. Pero el desgarró que supuso la crisis de 2008 y su gestión austeritaria significó para grandes mayorías sociales en todo el mundo una sacudida que dio al traste con los fundamentos mismos de

su confianza en el sistema. Es verdad que aquella indignación originaria se expresa hoy de maneras distintas a entonces y que algunas de estas expresiones nos parecen tan equivocadas como perversas. Pero la indignación sigue aquí, activa, y como sociedad deberíamos ser capaces de abrir una amplia conversación pública al respecto. Es mucho lo que nos jugamos.

⁽⁶⁰⁾ Hemos encontrado esta viñeta en <http://observatorio-delosddhh.blogspot.com/2014/05/>

Vivir en la precariedad es lo más parecido a un «sin vivir» que cabe imaginar. Siendo la incertidumbre condición insoslayable de la existencia humana, todas las instituciones que conforman y cohesionan la sociedad van dirigidas, precisamente, a procurar la reducción de esa incertidumbre: desde el Estado que nos saca de la situación de naturaleza, en la que la vida del individuo solo puede ser «solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta» (Hobbes 1980: 225), hasta los sistemas religiosos y su constitución de un cosmos sacro que nos provee de «un último escudo contra el terror anómico» (Berger 1981: 48). Y ese aseguramiento, tanto en su dimensión material como en la ontológica o existencial, solo puede ser social, colectivo, de ninguna manera individual. No hay soluciones biográficas a contradicciones sistémicas o antropológicas.

En 2014, el espacio público se vio inundado de movimientos y de propuestas que buscaban coser desde la base los desgarros producidos por la crisis: fue una explosión de conectividad y de colectivización que impulsó, como ya hemos destacado al comienzo de este texto, multitud de iniciativas de solidaridad que respondieron a situaciones de auténtica emergencia social, así como propuestas de renovación política e institucional que buscaban, más allá de las urgencias inmediatas, asegurar una salida de la crisis que nos evitara el riesgo de volver a tropezar en el futuro en la misma piedra de la especulación, el consumismo, la insolidaridad...

Pero, a diferencia de lo que ocurrió en la segunda posguerra mundial, cuando la catástrofe de la guerra impulsó la moderación del sistema capitalista y su embridamiento en el marco del Estado de bienestar, a partir de la década de los Setenta las situaciones de crisis profunda se han convertido en el escenario ideal para que el capitalismo del *shock* (Klein 2007) avance, cada vez un poco más, en su objetivo de «liberar la acumulación de todas las trabas que le impuso la democracia» (Przeworski 1988: 248).

Siguiendo a Naomi Klein en su análisis de la aplicación de esa doctrina del *shock* tras los estragos causados en Puerto Rico por el huracán «María» en septiembre de 2017(61), y adaptando su análisis a las circunstancias de España, la doctrina del *shock* funciona cuando, tras un acontecimiento socialmente traumático como la crisis de 2008, se aprovecha de cuatro circunstancias: la pérdida de esperanza, la distracción, la desesperación y la desaparición (Klein 2019: 67-74). La *pérdida de esperanza* tiene que ver con la lentitud de la recuperación tras la crisis, con la permanencia de sus efectos y la sensación de que poco o nada ha cambiado. La *distracción* se refiere a la necesidad de seguir viviendo, a pesar de todo, a la urgencia por responder (casi siempre individualmente) a las exigencias del día a día, fijando la mirada en la cotidianidad y dejando de prestar atención al medio y largo plazo; como advierte expresamente Naomi Klein, «la mecánica de la supervivencia puede ocupar cada hora del día: un estado de distracción que no es muy propicio para el compromiso político» (Klein 2019: 68). La *desesperación*, un «dolor que se dirige hacia dentro» (Klein 2019: 69), se expresa en forma de diversas patologías(62), así

(61) Considerado el peor desastre natural que ha afectado nunca a Puerto Rico, este huracán causó casi 3.000 víctimas mortales en el archipiélago.

(62) Según la encuesta de consumo de drogas EDADES del Ministerio de Sanidad, si en 2007 el porcentaje de personas que consumían tabaco diariamente era del 29,6%, el más bajo desde 1997, en 2017 este porcentaje se había elevado hasta el 34%, por encima incluso de la entrada en vigor de la legislación antitabaco (https://elpais.com/elpais/2018/12/10/media/1544470534_442059.html). Los salones de juego han incrementado de manera elevadísima su presencia en los barrios populares durante los años de la crisis, y con ellos se producido un aumento de los casos de juego patológico (https://www.elconfidencial.com/espana/madrid/2018-01-28/sportium-codere-luckia-salones-de-juego-ludopatia_1512360/). También las depresiones se han incrementado en estos años (https://www.eldiario.es/sociedad/sanidad-crisis-depresiones_0_272273493.html). No pretendemos con estas referencias establecer ninguna relación estricta de causalidad, pero sí nos parecen fenómenos significativos y preocupantes.

como en aislamiento social. Por último, la *desaparición*, que en el caso de Puerto Rico se ha plasmado en la emigración de millones de personas, en el caso de España también se ha concretado en un importante número de personas que han abandonado nuestro país⁽⁶³⁾; pero hay otras formas de «desaparición» que, si bien no son físicas, sí tienen importantes efectos sociopolíticos: nos referimos a todas esas personas desanimadas con la democracia que dejan de participar políticamente (Gómez 2018).

Es urgente confrontarnos con estas derivas: generar incentivos y construir espacios para el empoderamiento social y político de las personas más afectadas por la crisis y su gestión austerioria, evitando su desaparición del espacio público; aliviar la desesperación de quienes sienten que cargan con un peso insoportable; combatir la distracción de quienes bastante tienen con superar las pruebas de cada día, proporcionando seguridades básicas alternativas que les permita elevar su mirada más allá del cortísimo plazo; y estar atentas y atentos a las señales de desesperanza que existan en nuestro entorno, porque cuando la esperanza desaparece de nuestro horizonte personal y social desaparece también la capacidad de «ver la fuerza en el presente de un mundo que aún no existe, pero puede existir» (Holloway 2014: 1070).

En 2011 una indignación esperanzada impulsaba protesta y propuesta que abrían posibilidades de un futuro más humano. Hoy es una indignación desesperada y desesperanzada la que nos encierra en un presente que cada vez más se parece a lo peor de otros tiempos pasados que

creíamos definitivamente superados. Habrá, pues, que hacer *pedagogía de la indignación*, como nos enseñara ese gran maestro que fue Paulo Freire:

En la medida en que nos volvemos capaces de transformar el mundo, de dar nombre a las cosas, de percibir, de comprender, de decidir, de escoger, de valorar, en última instancia, de eticizar el mundo, nuestro movimiento en el mundo y en la historia involucra necesariamente los sueños por cuya realización luchamos. Así pues, nuestra presencia en el mundo, que implica elección y decisión, no es una presencia neutra. La capacidad de observar, de comparar, de evaluar para, una vez decidido, elegir cómo ejerceremos nuestra ciudadanía interviniendo en la vida de la ciudad, se erige entonces en una competencia fundamental. Si mi presencia en la historia no es neutra, debo asumir de la manera más crítica posible su carácter político. Si en realidad no estoy en el mundo para adaptarme a él sin chistar, sino más bien para transformarlo; si no es posible cambiarlo sin proponer algún sueño o proyecto de mundo, debo usar todas las posibilidades a mi alcance, no solo para hablar de mi utopía, sino para participar en prácticas coherentes con ella (Freire 2012: 39).

Y desde esa pedagogía de la indignación que transforma, comprende, escoge, valora y decide, presentamos finalmente la última pregunta de este VIII Informe. ¿Necesitamos entonces nuevas formas de inclusión social? Nuevas formas que no solo nos permitan sobrevivir, sino construir sociedad con otros. Exploraremos a continuación algunas de esas formas, veremos por dónde están transitando los principales mecanismos de inclusión social y plantearemos algunos de los dilemas a los que nos enfrentamos. No son todos, pero sí algunos de los que, desde la perspectiva de «no dejar a nadie atrás», nos deberíamos plantear.

⁽⁶³⁾ A 1 de enero de 2017 había 2,4 millones de españolas y españoles residiendo en el extranjero, de las que 794.209 personas (un 33%) eran nacidas en España y el resto nacionalizadas (https://cincodias.elpais.com/cincodias/2017/03/15/economia/1489589762_376211.html).

5.10. Bibliografía

- AGUILERA KLINK, F. (2016): «La corrupción como traición a la comunidad», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 135: pp. 13-24.
- ÁGUILA, R., DEL (2000): *La senda del mal. Política y razón de Estado*. Madrid, Taurus.
- AHMED, S. (2015): *La política cultural de las emociones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- AHUMADA, M. (dir.) (2018): *Informe sobre la Democracia en España 2017*. Madrid: Fundación Alternativas.
- AIXALÀ I BLANCH, A. (2014): *Crisis económica y Euroescepticismo (2007-2014). Propuestas para afrontar la crisis democrática europea*. Madrid. Fundación Alternativas.
- AKERLOFF, G. A. y SCHILLER, R. J. (2009): *Animal spirits. Cómo influye la psicología humana en la economía*. Barcelona: Planeta.
- ALBRECHT, E. Z. (2017): *Alter-globalization in Southern Europe. Anatomy of a Social Movement*. New York: Palgrave Macmillan.
- ALGAN, Y., et al. (2017): «The European Trust Crisis and the Rise of Populism». *Brookings Papers on Economic Activity*, Fall: 309-382. <https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2018/02/algantextfa17bpea.pdf>
- ALONSO, L. E., FERNÁNDEZ, C. J., e IBÁÑEZ, R. (2016): «De la moral del sacrificio a la conciencia de la precariedad. Un análisis cualitativo de los discursos sobre la evolución de la crisis en España». *Política y Sociedad*, 53(2): 353-379. DOI: 10.5209/rev_PO-SO.2016.v53.n2.49380
- ALTVATER, E. (2012): *El fin del capitalismo tal y como lo conocemos*. Madrid: El Viejo Topo.
- ANTENTAS, J. M. et al. (2011): *Las voces del 15-M*. Barcelona: Los libros del lince.
- APPADURAI, A. (2006): *Fear of small numbers: An essay on the geography of anger*. Durhan and London: Duke University Press.
- ARES, M. y HERNÁNDEZ, E. (2017): «The Corrosive Effect of Corruption on Trust in Politicians: Evidence from a Natural Experiment». *Research & Politics*, 4(2): pp. 1-8.
- ARISTEGUI, I., BELOKI, U., DÍEZ, A., SILVESTRE, M. (2017): «Vulnerabilidad social percibida en contexto de crisis económica». *Revista Española de Sociología*, 26: pp. 17-39. DOI: 10.22325/fes/res.2017.33
- ARONSON, R. (2016): «The Privatization of Hope». *Boston Review*, April 26. <http://bostonreview.net/editors-picks-us-books-ideas/ronald-aronson-privatization-hope>
- ARRUZZA, C., BHATTACHARYA, T. Y FRASER, N. (2018): «Notes for a feminist manifesto». *New Left Review*, 114: pp. 113-134.
- AVENT, R. (2017): *La riqueza de los humanos*. Barcelona: Ariel.
- AYALA, L. (2015): «El sistema de garantía de ingresos en España: efectos sobre la desigualdad y la pobreza». AYALA, L. Y RUIZ-HUERTA, J. (eds), 2.º *Informe sobre la desigualdad en España*. Madrid: Fundación Alternativas, pp. 43-78.
- (2018): «El declive de la clase media: ¿Es España diferente?». *El País*, 22 febrero. https://elpais.com/economia/2018/02/22/actualidad/1519314817_406213.html
- BALIBAR, É. (2005): *Violencias, identidades y civilidad*. Barcelona: Gedisa.

- BANGHAM, G. (2018): *The new wealth of our nation. The case for a citizen's inheritance*. London : Resolution Foundation. <https://www.resolution-foundation.org/app/uploads/2018/05/The-new-wealth-of-our-nation.pdf>
- BARREIRO, B. (2017): *La sociedad que seremos. Digitales, analógicos, acomodados y empobrecidos*. Barcelona: Planeta.
- BARRERA, E. et al. (2016): «Resurgimiento comunitario ante la nueva realidad socioeconómica». *Revesco. Revista de Estudios Cooperativos*, 124: pp. 9-31. DOI: 10.5209/REVE.56131
- BARTOLOMÉ, E. et al. (2019): *La reorganización de los valores sociales durante la crisis: evidencias de la encuesta europea de valores*, Documento de trabajo 5.1. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.
- BAUMAN, Z. (1995): *Life in Fragments. Essays in Postmodern Morality*. Oxford: Blackwell.
- (2000): *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- (2001): *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra.
- (2005): *Amor líquido*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- (2006): *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*. Barcelona: Arcadia,
- (2010): *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*. Barcelona: Paidós.
- (2011): «El 15-M es emocional, le falta pensamiento». *El País*, 17 octubre. https://elpais.com/politica/2011/10/17/actualidad/1318808156_278372.html
- (2016): *Extraños llamando a la puerta*. Barcelona: Paidós.
- (2017): *Retrotopía*. Barcelona: Paidós.
- y DONSKIS, L. (2015): *Ceguera moral*. Barcelona: Paidós.
- BAYONA, B. (2018): «Cuatro preguntas para un balance político del movimiento 15-M». *Revista de Libros*, 2 mayo. https://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible_pdf.php?art=5424&t=articulos
- BECK, U. (2013): «Alemania impone sus recetas con una plantilla moral». *El País*, 5 mayo. https://elpais.com/internacional/2013/05/04/actualidad/1367689289_599630.html
- BELZUNEGUI, A. y VALLS, F. (2018): «Las grandes perdedoras de la crisis son las rentas más bajas, no las clases medias». *El Diario*, 12 marzo. https://www.eldiario.es/alternativaseconomicas/rentas-bajas-grandes-perdedoras-crisis_6_749335071.html
- BENEDICTO, J. (2006): «La construcción de la ciudadanía democrática en España (1977-2004): de la institucionalización a las prácticas». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 114: pp. 103-136.
- y RAMOS, M.^a (2018). «Young People's Critical Politicization in Spain in the Great Recession: A Generational Reconfiguration?». *Societies*, 8(89). DOI: 10.3390/soc8030089
- BERGER, P. L. (1981): *Para una Teoría Sociológica de la Religión*. Barcelona: Kairós.
- , BERGER, B. y KELLNER, H. (1979): *Un mundo sin hogar. Modernización y conciencia*. Santander: Sal Terrae.
- BERNABÉ, D. (2018): *La trampa de la diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*. Madrid: Akal.
- BERNALDO DE QUIRÓS, L. (2018): «El retorno de los valores». <http://www.expansion.com/actualidade->

- conomica/analisis/2018/07/27/5b5ad858468aeb553e8b463f.html
- BERNSTEIN, R. J. (2006): *El abuso del mal. La corrupción de la política y la religión desde el 11/9*. Buenos Aires: Katz.
- BLANCO, I. et al. (2016): «El papel de la innovación social frente a la crisis». *Ciudad y territorio*, 188: pp. 249-260.
- BLANCO, J. M. (2017): «Una radiografía de la corrupción en España». *Disidencia*, 17 diciembre. <https://disidencia.com/una-radiografia-de-la-corrupcion-en-espana/>
- BLYTH, M. (2014): *Austeridad. Historia de una idea peligrosa*. Barcelona: Crítica.
- BOGINO-LARRAMBEHERE, V. (2018): «La vivencia del desclasamiento. El caso de la cohorte de treintañeros con título superior en España». *Política y Sociedad*, 55(29): pp. 491-512. DOI: 10.5209/PO-SO.58006.
- BOTTON, A., DE (2004): *Ansiedad por el estatus*. Madrid: Taurus
- (2012). *Religión para ateos*. Barcelona: RBA.
- BOURDIEU, P. (2003): *Las estructuras sociales de la economía*. Barcelona: Anagrama.
- BRADSEN, T., et al. (eds.) (2016): *Social Innovations in the Urban Context*. Berlin: Springer.
- BRINGEL, B. y PLEYERS, P. (eds.) (2017): *Protesta e indignación global: Los movimientos sociales en el nuevo orden mundial*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO/Río de Janeiro: FAPERJ.
- BROWN, W. (2015): *Estados amurallados, soberanía en declive*. Barcelona: Herder.
- BRYNJOLFSSON, E. y MCAFEE, A. (2013): *La carrera contra la máquina*. Barcelona: Antoni Bosch.
- BRYM, R. (2016): «After Postmaterialism: An Essay on China, Russia and the United States». *Canadian Journal of Sociology/Cahiers Canadiens de Sociologie*, 41(2): pp. 195-211.
- CABALLERO, G. y ÁLVAREZ-DÍAZ, M. (2018). «The Procyclicality of Political Trust in Spain». *Panoeconomicus*, 65(1): 21-36. DOI: 10.2298/PAN150804007C
- CALZADA, I. (2015): «La legitimidad del Estado de bienestar está en riesgo (pero aún no se nota)». *Panorama Social*, 22: pp. 167-179.
- CAMARERO, L., PINO, J.A., DEL y MAÑAS, B. (2015): *Evolución de la cultura tributaria, coyuntura económica y expectativas vitales. Un estudio longitudinal*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- CAMPELO, P., ISPIZUA, M. (2019): *Opinión pública y política fiscal*, Documento de trabajo 5.7. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.
- CAMPOS, M. P. y MARTÍN ARTILES, A. (2018): «Social protests, discontent and politics in southern and eastern Europe: trends, patterns and polarization». *Transfer*, 24(2): pp. 195-215. DOI: 10.1177/1024258918762963
- CAÑADA, E. (2015): *Las que limpian los hoteles. Historias ocultas de precariedad laboral*. Barcelona: Icaria.
- CAPUTO, J. D. y VATTIMO, G. (2010): *Después de la muerte de Dios. Conversaciones sobre religión, política y cultura*. Barcelona: Paidós.
- CASASSAS, D. (2018): *Libertad incondicional. La renta básica en la revolución democrática*. Barcelona: Paidós.

- CASTAÑEDA, E. (2012): «The Indignados of Spain: A Precedent to Occupy Wall Street», *Social Movement Studies: Journal of Social, Cultural and Political Protest*, August: pp. 1-11. DOI:10.1080/14742837.2012.708830
- CASTEL, R. (2011): *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial.
- CASTELLS, M. (2012): *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza.
- , et al. (2017): *Otra economía es posible. Cultura y economía en tiempos de crisis*. Madrid: Alianza.
- , et al. (2018). *Las crisis de Europa*. Madrid: Alianza.
- COHEN, D. (2013): *Homo economicus, el profeta (extraviado) de los nuevos tiempos*. Barcelona: Ariel.
- COMITÉ TÉCNICO DE LA FUNDACIÓN FOESSA (coord.) (2013): *Desigualdad y derechos sociales*. Madrid: Fundación FOESSA.
- (2018): *Exclusión estructural e integración social*. Madrid: Fundación FOESSA.
- COOPER, V. y WHYTE, D. (eds.) (2017): *The Violence of Austerity*. London: Pluto Press.
- COSTAS, A. (2010): «Algo más que una crisis financiera y económica, una crisis ética». *Mediterráneo Económico*, 18: pp. 11-61.
- COWEN, T. (2013): *Se acabó la clase media*. Barcelona: Antoni Bosch.
- CRENSHAW, K. (1991): «Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color». *Stanford Law Review*, 43(6): pp. 1241-1299. DOI: 10.2307/1229039
- CREPPELL, I. (2011): «The concept of normative threat». *International Theory*, 3(3): pp. 450-487. DOI: 10.1017/S1752971911000170
- CHATELET, F., PISIER-KOUCHNER, E. y VINCENT, J.-M. (1977): *Los marxistas y la política*. Tomo I. Madrid: Taurus.
- CHRISTMANN, P. y TORCAL, M. (2017): «The political and economic causes of satisfaction with democracy in Spain—a twofold panel study». *West European Politics*, 40(6): pp. 1241-1266. DOI: 10.1080/01402382.2017.1302178
- DALTON, R. J. y KUECHLER, M. (comps.) (1992): *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político*. Valencia: Edicions Alfons El Magnànim.
- DELGADO, M. (2016): *Ciudadanismo. La reforma ética y estética del capitalismo*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- DELSOL, CH. (2015): *Populismos. Una defensa de lo indefendible*. Barcelona: Ariel.
- DÍEZ, A. et al. (2017): «Afrontamiento ante el impacto del desempleo de larga duración en Bizkaia: relatos de incertidumbre e inseguridad». *Zerbitzuan*, n. 64; pp. 125-139. DOI: 10.5569/11347174.64.08.
- DÍEZ, J. C. (2017): *De la indignación a la esperanza. Construir la España del bienestar es posible*. Barcelona: Plaza & Janés.
- DÍEZ NICOLÁS, J. (2011): «¿Regreso a los valores materialistas? El dilema entre seguridad y libertad en los países desarrollados». *Revista Española de Sociología*, 15: pp. 9-46.
- (2013): «¿Crisis económica, crisis financiera o crisis del sistema social global?». *Revista Española de Sociología*, 19: pp. 125-140.

- DONCEL, L. (2018): «Y por los jóvenes, ¿quién se moviliza?». *El País*, 25 marzo. https://elpais.com/economia/2018/03/23/actualidad/1521835766_422386.html
- EAGLETON, T. (2012): *Razón, fe y revolución*. Barcelona: Paidós
- (2014): *Culture and the Death of God*. New Haven/London: Yale University Press.
- (2016): *Esperanza sin optimismo*. Barcelona: Taurus.
- EHRENREICH, B. (2011): *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*. Madrid: Turner.
- EKAIZER, E. (2012): *Indecentes. Crónica de un atraco perfecto*. Barcelona: Espasa.
- ELZO, J. et al. (2014): *Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud/Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- ENNSER-JEDENASTIK, L. (2018): «Welfare Chauvinism in Populist Radical Right Platforms: The Role of Redistributive Justice Principles». *Social Policy & Administration*, 52(1): pp. 293-314. DOI: 10.1111/spol.12325
- ERIBON, D. (2017): *Regreso a Reims*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- ESCOLAR, A. (2018): «Un balance agridulce del 15-M, siete años después». *El Diario*, 7 mayo. https://www.eldiario.es/arsenioescolar/balance-agridulce-anos-despues_6_768933130.html
- ESPING-ANDERSEN, G. (1990): *The three worlds of welfare capitalism*, Princeton University Press.
- (1999): *Social Foundations of Post-industrial Economies*. Oxford: Oxford University Press.
- EZQUERRA, S. (2011): «Crisis de los cuidados y crisis sistémica: la reproducción como pilar de la economía llamada real». *Investigaciones Feministas*, 2: 175-194. DOI: 10.5209/rev_INFE.2011.v2.38610
- e IGLESIAS, M. (2013): «Crisis económica y capital social: comunitarización y rehogarización de la inclusión». *Lan Harremank*, 29: pp. 133-154.
- FALUDI, S. (1991): *Backlash: The Undeclared War Against American Women*. New York: Crown.
- FASSIN, É. (2018): *Populismo de izquierdas y neoliberalismo*. Barcelona: Herder.
- FERNÁNDEZ, G. et al. (2015): *Hacia un sistema más inclusivo de garantía de rentas en España: diferentes alternativas de desarrollo*. Madrid: Cáritas; Fundación FOESSA.
- FERNÁNDEZ, J., SEVILLA, C. y URBÁN, M. (eds.) (2012): *¡Ocupemos el mundo!*. Icaria, Barcelona.
- FERNÁNDEZ-ALBERTOS, J. (2012): *Democracia intervenida. Políticas económicas en la gran recesión*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- (2015). *Los votantes de Podemos: del partido de los indignados al partido de los excluidos*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- FERNÁNDEZ CASADEVANTE, J. L. (2015): «Un mundo nuevo en el corazón de las ciudades. Iniciativas comunitarias que anticipan nuevas formas de habitar lo urbano». *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 130: pp. 143-152.
- FERNÁNDEZ-SAVATER, A. (2016): «La política de los despolitizados (a cinco años del 15M)». <http://www.lapanterarossa.net/noticias/la-politica-de-los-despolitizados-cinco-anos-del-15m-por-amador-fernandez-savater>

- FIELITZ, M. y LALOIRE, L. L. (eds.) (2016): *Trouble on the Far Right*. Contemporary Right-Wing Strategies and Practices in Europe. Bielefeld: Transcript.
- FINKIELKRAUT, A. (2014): *La identidad desdichada*. Madrid: Alianza.
- FITOUSSI, J.-P. y ROSANVALLON, P. (1996): *Le nouvel âge des inégalités*. Paris: Seuil.
- FOSTER, C. y FRIEDEN, J. (2017): «Crisis of trust: Socio-economic determinants of Europeans' confidence in government». *European Union Politics*, 18(4): 511-535. DOI: 10.1177/1465116517723499
- FOUNDATION FOR EUROPEAN PROGRESSIVE STUDIES et al. (2018): *Las perspectivas vitales de los jóvenes*. https://s1.fundacionfelipegonzalez.org/wp-content/uploads/2018/10/Las_perspectivas_vitales_de_los_jovenes_espanoles.pdf
- FRANCO, M. (2017): *El asedio. Cómo la inmigración está cambiando Europa y nuestra vida cotidiana*. Madrid: Editorial Popular.
- FREIRE, P. (2012): *Pedagogía de la indignación. Cartas pedagógicas en un mundo revuelto*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FRIEDMAN, T. (2000): *The Lexus and the Olive Tree*. New York: Anchor Books.
- FUENTE, M., DE LA y ZUBIRI, J. B. (2016a): «Significado histórico y actualidad de las políticas de reducción del tiempo de trabajo». *Lan Harremanak*, 34: pp. 19-48. DOI: 10.1387/lan-harremanak.16554.
- (2016b): «Efectos sobre el empleo de la reducción del tiempo de trabajo: Aprendizajes de la experiencia francesa». *Lan Harremanak*, 34: pp. 79-105. DOI: 10.1387/lan-harremanak.16558
- FUNDACIÓN DE LOS COMUNES (ed.) (2018): *La crisis sigue, ¡viva la crisis! Elementos para un nuevo ciclo político*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- FUNKE, M. y TREBESCH, CH. (2017): «Financial Crises and the Populist Right». *DICE Report*, 4, Volume 15. <https://www.cesifo-group.de/DocDL/dice-report-2017-4-funke-trebesch-december.pdf>
- GAGGI, M. y NARDUZZI, E. (2006): *El fin de la clase media*. Madrid: Lengua de Trapo.
- GALAZ, C. Y PRIETO, R. (2006): *Economía solidaria*. Barcelona: Icaria.
- GARCÉS, M. (2017): *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.
- GARCÍA-MARZÁ, D. (2014): «La RSC en perspectiva ética». *Mediterráneo Económico*, 26: pp. 239-254.
- GARCÍA MONTERO, L. (2018): «La indignación nos prepara para que el poder nos toree». *La Soga*, 2 agosto. <https://lasoga.org/luis-garcia-montero-la-indignacion-nos-prepara-para-que-el-poder-nos-toree/>
- GARCÍA VEGA, M. Á. (2018): «¿Por qué los jóvenes vivirán peor que sus padres?». *El País*, 12 noviembre. https://elpais.com/economia/2018/11/08/actualidad/1541694355_197937.html
- GARZÓN, E. y GUAMÁN, A. (coords.) (2015): *El Trabajo Garantizado. Una propuesta necesaria frente al desempleo y la precarización*. Madrid: Akal.
- GAYO, M. (2013): «Revisiting middle-class politics: a multidimensional approach - evidence from Spain». *The Sociological Review*, 61: pp. 814-837. DOI: 10.1111/1467-954X.12084
- GEORGIADOUA, V., RORIB, L. y ROUMANIASC, C. (2018): «Mapping the European far right in the

- 21st century: A meso-level analysis». *Electoral Studies*, 54: pp. 103-115. DOI: 10.1016/j.electstud.2018.05.004.
- GERBAUDO, P. (2017): «The indignant citizen: anti-austerity movements in southern Europe and the anti-oligarchic reclaiming of citizenship». *Social Movement Studies*, 16(1): pp. 36-50, DOI: 10.1080/14742837.2016.1194749
- GEST, J., RENY, T. y MAYER, J. (2017): «Roots of the Radical Right: Nostalgic Deprivation in the United States and Britain». *Comparative Political Studies*, 51(13): pp. 1694-1719. DOI: 10.1177/0010414017720705
- GIBSON-GRAHAM, J. K. (2003): «Enabling Ethical Economies: Cooperativism and Class». *Critical Sociology*, 29(2): pp. 123-161. DOI: 10.1163/156916303769155788
- GIDDENS, A. (1995): *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- GIL CALVO, E. (2014): «Del desafecto a la contienda: crisis, austeridad y ciclo de protesta». *Documentación Social*, 173: pp. 37-75.
- GÓMEZ, B. (2018): «Los de arriba no se pierden ni una fiesta de la democracia». *CTXT*, 5 diciembre. <https://ctxt.es/es/20181129/Politica/23219/elecciones-andaluzas-vox-abstencion-braulio-gomez-fortes.htm>
- GONICK, S. (2016): «Indignation and inclusion: Activism, difference, and emergent urban politics in postcrash Madrid». *Environment and Planning D: Society and Space*, 34(2): pp. 209-226. DOI: 10.1177/0263775815608852
- GONZÁLEZ-ANLEO, J. y López-Ruiz, J. A. (2017): *Jóvenes españoles entre dos siglos 1984-2017*. Madrid: Fundación SM.
- GONZÁLEZ ENRÍQUEZ, C. (2017): *La excepción española: el fracaso de los grupos de derecha populista pese al paro, la desigualdad y la inmigración*. Madrid. Real Instituto Elcano, Documento de trabajo 7/2017.
- GOODHART, D. (2017): *The Road to Somewhere. The New Tribes Shaping British Politics*. New York: Penguin Random House
- GONZÁLEZ PARADA, J. R. (dir.) (2014): *Emergencia alimentaria: Grecia, Portugal, España*. Barcelona: Icaria.
- GRAEBER, D. (2014): *Somos el 99%. Una historia, una crisis, un movimiento*. Madrid: Capitán Swing.
- GUTIÉRREZ, B. (2017): *Pasado mañana. Viaje a la España del cambio*. Barcelona: Arpa.
- HABERMAS, J. (1988): *Ensayos políticos*. Barcelona: Península.
- (2018): «¿Hacia dónde va Europa?». *El País*, 18 noviembre. https://elpais.com/internacional/2018/11/16/actualidad/1542373515_267593.html
- HABERMAS, J., TAYLOR, CH., BUTLER, J. y WEST, C. (2011): *El poder de la religión en la esfera pública*. Madrid: Trotta.
- HARGUINDÉGUY, J.-B. (2013): *Análisis de políticas públicas*. Madrid: Tecnos.
- HARRISON, R. (2013): *People Over Capital: the cooperative alternative to capitalism*. London: New Internationalists books.
- HEINBERG, R. (2014): *El final del crecimiento*. Madrid: El Viejo Topo.
- HEIZMANN, B., JEDINGER, A. y PERRY, A. (2018): «Welfare Chauvinism, Economic Insecurity and the Asylum Seeker 'Crisis'». *Societies*, 8(83). DOI: 10.3390/soc8030083

- HERNÁNDEZ, E. (2014): *El fin de la clase media*. Madrid: Clave Intelectual.
- HOBBS, TH. (1980): *Leviatán*. Madrid: Editora Nacional.
- HOCHSCHILD, A. R. (2018): *Extraños en su propia tierra*. Madrid: Capitán Swing.
- HOLLOWAY, J. (2014): «A note on hope and crisis». *Sociology*, 48(5): pp. 1070-1072. DOI: 10.1177/0038038514544491.
- HONFOLL, S. E. (2018): *Tribalism. The Evolutionary origins of Fear Politics*. Cham: Palgrave Macmillan.
- HONNETH, A. (2017): *La idea del socialismo. Una tentativa de actualización*. Buenos Aires: Katz.
- HOLLAND, S. (2016): *Contra la hegemonía de la austeridad*. Barcelona: Arpa.
- HUFFINGTON, A. (2012): *Traición al sueño americano. Cómo los políticos han abandonado a la clase media*. Madrid: Taurus.
- HUSBANDS, C. T. (2002): «How to Tame the Dragon, or What Goes Around Comes Around: A Critical Review of Some Major Contemporary Attempts to Account for Extreme-Right Racist Politics in Western Europe». SCHAIN, M., ZOLBERG, M. y HOSSAY, P.: *Shadows over Europe: The Development and Impact of the Extreme Right in Western Europe*. New York: Palgrave Macmillan, pp. 39-60.
- IGNATIEFF, M. (2018): *Las virtudes cotidianas. El orden moral en un mundo dividido*. Barcelona: Taurus.
- ILLUECA, H., MONEREO, M. y ANGUITA, J. (2018): «¿Fascismo en Italia? Decreto dignidad». *Cuarto Poder*, 5 septiembre. <https://www.cuartopoder.es/ideas/2018/09/05/fascismo-en-italia-decreto-dignidad/>
- INGLEHART, R. y NORRIS, P. (2017): «Trump and the Populist Authoritarian Parties: The Silent Revolution in Reverse». *Perspectives on Politics*, 15(2): 443-454. DOI: 10.1017/S1537592717000111
- INNERARITY, D. (2001): *Ética de la hospitalidad*. Barcelona: Península.
- INNERARITY, D. (2016): «Sociedades exasperadas». *El País*, 12 junio. https://elpais.com/internacional/2016/06/08/actualidad/1465403932_549636.html
- IRURE, T. L. (2002): «Polity, politics, policy». *El País*, Comunidad Valenciana, 9 mayo. https://elpais.com/diario/2002/05/09/cvalenciana/1020971881_850215.html
- IZAOLA, A., AIERDI, X. (2019): *Nuevas intolerancias para nuevos colectivos: inmigración y diversidad cultural*, Documento de trabajo 5.6. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.
- y ZUBERO, I. (2015): «La cuestión del otro: forasteros, extranjeros, extraños y monstruos». *Papers*, 100(1): 105-129. DOI: 10.5565/rev/papers.649
- JACKSON, T. (2011): *Prosperidad sin crecimiento. Economía para un planeta finito*. Barcelona: Icaria.
- JARAIZ ARROYO, G., MOTA LÓPEZ, R. (2019): *Capital social y cultural en España: análisis de tendencias y transformaciones en el período 2013-2018*, Documento de trabajo 5.3. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.
- JASPER, J. M. (2014): «Constructing Indignation: Anger Dynamics in Protest Movements». *Emotion Review*, 6(3): pp. 208-213. DOI: 10.1177/1754073914522863

- JIMÉNEZ DÍAZ, J. F. (2013): «Crisis económica, confianza institucional y liderazgos políticos en España». *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, 15: pp. 125-141. DOI: 10.20932/barataria.v0i15.87.
- JONES, O. (2015): *El Establishment. La casta al desnudo*. Barcelona: Seix Barral
- JONES, R. P., COX, D. y LIENESCH, R. (2017): «Beyond Economics: Fears of Cultural Displacement Pushed the White Working Class to Trump». *Public Religion Research Institute PRRI/The Atlantic*, 5 September. <https://www.prii.org/research/white-working-class-attitudes-economy-trade-immigration-election-donald-trump/>
- JOVER, D. (2015): *Memoria de la esperanza. Redes de ternura y solidaridad*. Barcelona: Icaria.
- JUNGER, S. (2016): *Tribu. Sobre vuelta a casa y pertenencia*. Madrid: Capitán Swing.
- KARNER, CH. y WEICHT, B. (eds.) (2016): *The Commonalities of Global Crises. Markets, Communities and Nostalgia*. London: Palgrave Macmillan.
- KESKINEN, S. (2016): «From Welfare Nationalism to Welfare Chauvinism. Economic Rhetoric, Welfare State and the Changing Policies of Asylum in Finland». *Critical Social Policy*, 36(3): pp. 352-370.
- KIMMEL, M. (2013): *Angry White Men. American Masculinity at the End of an Era*. New York: Nation Books.
- KLEIN, N. (2007): *La doctrina del shock*. Barcelona: Paidós.
- . (2019): *La batalla por el paraíso*. Barcelona: Paidós.
- KROKNES, V. F., JAKOBSEN, T. G. Y GRØNNING, L.-M. (2015): «Economic Performance and Political Trust: The impact of the financial crisis on European citizens». *European Societies*, 17(5): pp. 700-723. DOI: 10.1080/14616696.2015.1124902
- KÖTTIG, M., BITZAN, R. Y PETÖ, A. (eds.) (2017): *Gender and Far Right Politics in Europe*. Cham, Switzerland: Palgrave Macmillan.
- KRUGMAN, P. (2012): *¡Acabad ya con esta crisis!* Barcelona: Crítica.
- LAKNER, CH. y MILANOVIC, B. (2016): «Global Income Distribution: From the Fall of the Berlin Wall to the Great Recession». *The World Bank Economic Review*, 30(2): pp. 203-232. DOI : 10.1093/wber/lhv039
- LAKOFF, G. (2007): *No pienses en un elefante*. Madrid: Editorial Complutense.
- (2016): *Política moral. Cómo piensan progresistas y conservadores*. Madrid: Capitán Swing.
- LANCEROS, P. (2017): *El robo del futuro. Fronteras, miedos, crisis*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- LAPUENTE, V., et al. (2018): *La calidad de las instituciones en España*. Madrid: Círculo de Empresarios.
- LARA, A. y ENCISO, G. (2013): «El Giro Afectivo». *Athenea Digital*, 13(3): 101-119. <https://atheneadigital.net/article/viewFile/v13-n3-lara-enciso/1060-pdf-es>
- LARAÑA, E. y DÍEZ, R. (2012): «Las raíces del movimiento 15-M. Orden social e indignación moral». *Revista Española del Tercer Sector*, 20: pp. 105-144.
- LAVAL, CH. y DARDOT, P. (2014): *Común*. Barcelona: Gedisa.
- LAVILLE, J.-L. (2015): *Asociarse para el bien común*. Tercer Sector, Economía Social y Economía Solidaria. Barcelona: Icaria

- y GARCIA JANÉ, J. (2009): *Crisis capitalista y economía solidaria. Una economía que emerge como alternativa real*. Barcelona: Icaria.
- LAZARIDIS, G., CAMPANI, G. y BENVENISTE, A. (eds.) (2016): *The Rise of the Far Right in Europe. Populist Shifts and 'Othering'*. London: Palgrave Macmillan.
- LORENTE, M. Á. y CAPELLA, J. R. (2009): *El crack del año ocho. La crisis. El futuro*. Madrid: Trotta.
- LORENTE, J. y SÁNCHEZ-VÍTORES, I. (2018): «La desafección en las urnas: las elecciones generales de 2015 en España». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 161: pp. 41-62. DOI: 10.5477/cis/reis.161.41
- LOSADA, A. (2013): *Piratas de lo público. El neoliberalismo corsario al abordaje del Estado del Bienestar*. Barcelona: Ediciones Deusto.
- LLOPIS, E. (2015): *Gente precaria. La revolución de los frigoríficos vacíos*. Cieza: Alfoque.
- MAALOUF, A. (2009): *El desajuste del mundo*. Madrid: Alianza.
- MAFFESOLI, M. (1993): *El conocimiento ordinario. Compendio de sociología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MAREA BÁSICA (2017): *Contra el paro y la precariedad*. Madrid: El Viejo Topo.
- MARÍ-KLOSE, P. y MARTÍNEZ PÉREZ, A. (2015): «Empobrecimiento en tiempos de crisis: vulnerabilidad y (des)protección social en un contexto de adversidad». *Panorama Social*, 22: pp. 11-26.
- , FERNÁNDEZ, L. y JULIÀ, A. (2015): «La percepción subjetiva de la crisis: una aproximación alternativa a procesos de empobrecimiento y amenaza de desclasamiento». *Panorama Social*, 22: pp. 27-42.
- MARQUÉS, I. (2015): *La movilidad social en España*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- MARTIN, É. (2013): *No pasarán. Contra la economía caníbal*. Barcelona: Malpaso.
- MARTÍNEZ VIRTO, L. (2014): *Sobreviviendo a la crisis. Estrategias de los hogares en dificultad*. Barcelona: Bellaterra.
- MASON, P. (2015): *Postcapitalismo: hacia un nuevo futuro*. Barcelona: Paidós.
- MCRORBIE, A. (2018): «Anti-feminism and anti-gender far right politics in Europe and beyond». *Open democracy*, 18 January. <https://www.opendemocracy.net/can-europe-make-it/angela-mcrobbie/anti-feminism-and-anti-gender-far-right-politics-in-europe-and-be>
- MEGÍAS, E. (2014): *Jóvenes y valores (II). Los discursos*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud/Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- MIR, J. (2016): «DemocrÉtica: 5 años del 15M». *CTXT*, 14 mayo. <https://ctxt.es/es/20160511/Firmas/6022/15M-democracia-etica-lo-llaman-democracia-y-no-lo-es-acampadas-manifestacion-democracia-real-ya.htm>
- MISHRA, P. (2017): *La edad de la ira. Una historia del presente*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- MOLINO, S., DEL (2016): *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Turner.
- MONTERO, J. R., GUNTHER, R. Y TORCAL, M. (1999): «Legitimidad, descontento y desafección. El caso español». *Estudios Públicos*, 74: pp. 107-149.
- MORENO, J. Á. (2014): «Semillas de economía alternativa. ¿Construyendo otro mundo?». *Mediterráneo Económico*, 26: pp. 291-307.

- MORERAS, J. (2018): *Identidades a la intemperie. Una mirada antropológica a la radicalización en Europa*. Barcelona: Bellaterra.
- MORIANA MATEO, G. (2018): «Y después de la huelga feminista del 8M, qué». *Revista de Treball, Economia i Societat*, 88, abril. <http://www.ces.gva.es/sites/default/files/2018-04/art1.pdf>
- MOUFFE, CH. (1999): *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós.
- (2007): *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MUDDE, C. (2007): *Populist right parties in Europe*. New York: Cambridge University Press.
- (2016): «The Revenge Of The Losers Of Globalization? Brexit, Trump And Globalization». *The Huffington Post*, 8 September. https://www.huffingtonpost.com/cas-mudde/the-revenge-of-the-losers_b_11407468.html?ec_carp=7082662303101123506&guccounter=1
- MULLAINATHAN, S. y SHAFIR, E. (2016): *Escasez. ¿Por qué tener poco significa tanto?* México: Fondo de Cultura Económica.
- NACHTWEY, O. (2017): *La sociedad de descenso*. Barcelona: Paidós.
- NAÍM, M. (2008): «La peligrosa clase media». *El País*, 17 febrero. https://elpais.com/diario/2008/02/17/internacional/1203202808_850215.html
- (2011). «Choque de clases». *El País*, 17 julio. https://elpais.com/diario/2011/07/17/internacional/1310853605_850215.html
- NAÏR, S. (2018): «iLa izquierda ‘reaccionaria’ existe!». *El País*, 8 octubre. https://elpais.com/elpais/2018/10/05/opinion/1538750096_843959.html
- NORRIS, P. (2009): *Derecha radical. Votantes y partidos políticos en el Mercado electoral*. Madrid: Akal.
- y INGLEHRAT, R. (2018): *Cultural Backlash and the Rise of Populism: Trump, Brexit, and the Rise of Authoritarianism Populism*. New York: Cambridge University Press.
- NOYA, J. (2018): *Mayo del 68. Las críticas de la izquierda a las revueltas estudiantiles*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- NUSSBAUM, M. (2014): *Emociones políticas*. Barcelona: Paidós.
- ORTIZ GARCÍA, P. y PORTILLO NAVARRO, M.ª J. (2018): «Moral fiscal en el contexto de la crisis socioeconómica en España». *Política y Sociedad*, 55(2), pp. 421-440. DOI: 10.5209/PO-SO.56412
- PALAU, A. M. y Davesa, F. (2013): «El impacto de la cobertura mediática de la corrupción en la opinión pública española». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 144: pp. 97-126. DOI: 10.5477/cis/reis.144.97
- PARANQUE, B. y WILLMOTT, H. (2014): «Cooperatives—saviours or gravediggers of capitalism? Critical performativity and the John Lewis Partnership». *Organization*, 21(5): pp. 604 -625. DOI: 10.1177/1350508414537622.
- PARDO, J. L. (2017): «El malestar en la política». VV.AA., *La era de la perplejidad. Repensar el mundo que conocíamos*. Barcelona: BBVA/Penguin Random House.
- PEÑAS, E. (2018): «La España solidaria ya no lo es tanto». *Ethic*, 9 abril. <https://ethic.es/2018/04/cooperacion-al-desarrollo-espana/>
- PÉREZ-DÍAZ, V. (coord.) (2012): *Europa ante una crisis global*. Madrid: Fundación FAES.

- (2017): *La voz de la sociedad ante la crisis*. Madrid: Funcas.
- PÉREZ-NIEVAS, S., et al. (2013): *Informe del proyecto de investigación sobre «Los efectos de la crisis económica en la democracia española: legitimidad, insatisfacción y desafección»*. Universidad Autónoma de Madrid. <https://docplayer.es/9556455-Los-efectos-de-la-crisis-economica-en-la-democracia-espanola-legitimidad-insatisfaccion-y-desafeccion.html>
- PÉREZ OROZCO, A. (2014): *Subversión feminista de la economía*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- PEW RESEARCH CENTER (2017): «Globally, Broad Support for Representative and Direct Democracy». Washington. <http://www.pewglobal.org/2017/10/16/many-unhappy-with-current-political-system/>
- (2018): «Eastern and Western European Differ on Importance of Religion, Views of Minorities, and Key Social Issues». Washington. <http://www.pewforum.org/2018/10/29/eastern-and-western-europeans-differ-on-importance-of-religion-views-of-minorities-and-key-social-issues/>
- PIGEM, J. (2009): *Buena crisis. Hacia un mundo postmaterialista*. Barcelona: Kairós.
- PIKETTY, T. (2014): *El capital en el siglo XXI*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- PINKER, S. (2012): *Los ángeles que llevamos dentro*. Barcelona, Paidós.
- (2018): *En defensa de la Ilustración*. Barcelona: Paidós.
- POLAVIEJA, J. y GALLIE, D. (eds.) (2013). *Economic Crisis, Quality of Work and Social Integration: The European Experience*. Oxford: Oxford University Press.
- POLITIKON (2017): *El muro invisible. Las dificultades de ser joven en España*. Barcelona: Debate.
- POPPER, K. R. (1973): «La lógica de las ciencias sociales». ADORNO, T. W., et al.: *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. Barcelona/México: Grijalbo.
- PORTA, D., DELLA (2015): «Del 15M a Podemos: resistencia en tiempos de recesión». *Encrucijadas*, 9. <http://www.encrucijadas.org/index.php/ojs/article/view/162>
- , et al. (2017): *Late Neoliberalism and its Discontents in the Economic Crisis. Comparing Social Movements in the European Periphery*. London: Palgrave Macmillan,
- PRADEL, M. y GARCÍA CABEZA, M. (eds.) (2018): *El momento de la ciudadanía. Innovación social y gobernanza urbana*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- PRZEWORSKI, A. (1988): *Capitalismo y socialdemocracia*. Madrid: Alianza.
- PULGAR PINAUD, C. (2016): «Nuit Debout: ocupación de plazas, convergencia de luchas y derecho a la ciudad en Francia». MATHIVET, CH. (ed.): *Develando el derecho a la ciudad: Representaciones, usos e instrumentalización del derecho a la ciudad*. París: Ritimo, Coredem, pp. 77-83.
- QUINTANILLA, M. A. y VARGAS-MACHUCA, R. (1989): *La utopía racional*. Madrid: Espasa-Calpe.
- RAFFINI, L., PEÑALVA, C. y ALAMINOS, A. (2015): «Antiausteridad y protesta en el contexto de la crisis económica y política en España e Italia». *Società Mutamento Politica*, 6(11): pp. 23-50. DOI: 10.13128/SMP-16399.
- RAMONEDA, J. (1999): *Después de la pasión política*. Taurus, Madrid.

- (2011): «La crisis moral». *El País*, 26 junio. https://elpais.com/diario/2011/06/26/domingo/1309059034_850215.html.
- RAMONET, I. (2010): *La catástrofe perfecta. Crisis del siglo y refundación del porvenir*. Madrid: Diario Público.
- REVELLI, M. (2002): *Más allá del siglo xx*. Madrid: El Viejo Topo.
- (2008): *La política perdida*. Madrid: Trotta.
- (2015): *La lucha de clases existe... ¡y la han ganado los ricos!* Madrid: Alianza.
- RIDLEY, M. (2011): *El optimismo racional*. Madrid: Taurus.
- RIECHMANN, J. (2012): *Interdependientes y ecodependientes. Ensayos desde la ética ecológica (y hacia ella)*. Cánoves y samalús: Proteus.
- (2017): *¿Vivir como buenos huérfanos? Ensayos sobre el sentido de la vida en el Siglo de la Gran Prueba*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- RIZZO, S. y Stella, G. A. (2015): *La casta. De cómo los políticos se volvieron intocables*. Madrid: Capi-tán Swing.
- ROBINSON, A. (2013): *Un reportero en la montaña mágica. Cómo la élite económica de Davos hundió el mundo*. Barcelona: Ariel.
- RODRÍGUEZ, E. (2016): *La política en el ocaso de la clase media. El ciclo 15M-Podemos*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G. y Marbán, V. (2015): *Análisis prospectivo sobre los retos actuales y futuros del Tercer Sector de Acción Social. Parte I: El Tercer Sector de Acción Social en el contexto de la Unión Europea. Situación actual y tendencias de futuro del TSAS en España*. https://www.plataformaong.org/ciudadaniaactiva/tercersector/analisis_prospectivo_retos_del_TSAS_parte_1.pdf.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G. y MARBÁN, V. (coords.) (2015): *Análisis prospectivo sobre los retos actuales y futuros del Tercer Sector de Acción Social. Parte II: Los retos del Tercer Sector de Acción Social*. https://www.plataformaong.org/ciudadaniaactiva/tercersector/analisis_prospectivo_retos_del_TSAS_parte_2.pdf.
- RODRÍGUEZ GARCÍA, M. J. Y NAVARRO YÁÑEZ, C. J. (2008): «El esfuerzo público de desfamilización. Propuesta de medición y análisis descriptivo para la Unión Europea (1970-1999)». *Papers*, 90, pp. 59-81. DOI: <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers/v90n0.735>.
- RODRIK, D. (2011): *La paradoja de la globalización*. Barcelona: Antoni Bosch.
- (2018): «Los populistas son los únicos que no mienten sobre el trilema de la globalización». *El Confidencial*, 1 diciembre. https://www.elconfidencial.com/economia/2018-12-01/dani-rodrik-entrevista-globalizacion-trilema_1674846/.
- ROITMAN, M. (2012): *Los indignados. El rescate de la política*. Madrid: Akal.
- ROMERO, M. (2017): «El clima social seis años después del 15M». *El Diario*, 17 mayo. https://www.eldiario.es/piedrasdepapel/15-M-Valoracion_Politica-Opinion_Publica-CIS_6_644695525.html.
- ROSANVALLON, P. (2007): *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.
- (2015): *El parlamento de los invisibles*. Barcelona: Hacer.
- ROSLING, H. (2018): *Factfulness*. Barcelona: Ediciones Deusto.

- SALES I CAMPOS, A. (2014): *El delito de ser pobre. Una gestión neoliberal de la marginalidad*. Barcelona: Icaria.
- SALIDO, O. (2018): «Crisis económica y clases sociales: todos perdemos, sobre todo los más pobres». *Observatorio Social de «La Caixa»*, julio. <https://observatoriosociallacaixa.org/-/crisis-economica-y-clases-sociales>
- SALOM-CARRASCO, J., PITARCH-GARRIDO, M.-D. y SALES-TEN, A. (2017). «Innovación social: estrategias urbanas en un contexto de cambio. El caso de la ciudad de Valencia». CIRIEC-España, *Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*, 91: pp. 31-58. <https://www.redalyc.org/pdf/174/17454620002.pdf>.
- SÁNCHEZ-CUENCA, I. (2014): *La impotencia democrática. Sobre la crisis política de España*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- (2018): *La superioridad moral de la izquierda*. Madrid: Lengua de Trapo.
- SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, J. L. (2017): *Las prácticas económicas alternativas en perspectiva geográfica*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- SANTOS, B. S. (2011): *Producir para vivir. Los caminos de la producción no capitalista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2014a): *Si Dios fuese un activista de los derechos humanos*. Madrid: Trotta.
- (2014b): *Democracia al borde del caos. Ensayo contra la autoflagelación*. México: Siglo XXI.
- (2016): *La difícil democracia. Una mirada desde la periferia europea*. Madrid: Akal.
- (2017): *Democracia y transformación social*. México: Siglo XXI.
- SANZO, L. (2018): «La política de garantía de ingresos en España». *Zerbitzuan*, 65: pp. 45-51. DOI: 10.5569/1134-7147.65.04.
- SASIA, P. M., BILBAO, G. (2019): *Los valores en el ámbito económico y empresarial y el papel de la responsabilidad social empresarial en la generación de ámbitos de mayor justicia social*, Documento de trabajo 5.5. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.
- SASSEN, S. (2015): *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires: Katz.
- SCHÄFER, A. y STREECK, W. (2013): *Politics in the Age of Austerity*. Cambridge: Polity Press.
- SCHIRRMACHER, F. (2014): *Ego. Las trampas del juego capitalista*. Barcelona: Ariel.
- SEMPERE, J. (2018): *Las cenizas de Prometeo. Transición energética y socialismo*. Barcelona: Pasado & Presente.
- SENNETT, R. (2000): *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.
- (2006): *La cultura del nuevo capitalismo*. Madrid: Anagrama.
- SERRANO, D. (2011): *#papacuentameotravez. Apuntes sobre una revolución que contar a nuestros hijos*. Barcelona: Ariel.
- SHKLAR, J. (2018): *El liberalismo del miedo*. Barcelona: Herder.
- SINGER, P. (2003): *Un solo mundo. La ética de la globalización*. Barcelona: Paidós.
- SKOLL, G. R. (2016): *Globalization of American Fear Culture. The Empire in the Twenty-First Century*. Baringtoke/New York: Palgrave Macmillan.

- SOBREMONTE DE MENDICUTI, E. et al. (2019): *Aporofobia: nuevos conceptos para viejas realidades*, Documento de trabajo 5.2. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.
- SOLÉ, J. y PIÉ, A. (coords.) (2018): *Políticas del sufrimiento y la vulnerabilidad*. Barcelona: Icaria.
- SLABY, J. y VON SCHEVE, CH. (2019): *Affective Societies*. Key Concepts. Oxon/New York: Routledge.
- SRNICEK, N. y WILLIAMS A. (2017): *Inventar el futuro. Postcapitalismo y un mundo sin trabajo*. Barcelona: Malpaso.
- STANDING, G. (2011): *The Precariat. The New Dangerous Class*. London/New York: Bloomsbury.
- (2013): *El precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Pasado & Presente.
- (2014): «Por qué el precariado no es un «concepto espurio»». *Sociología del Trabajo*, 82: pp. 7-15.
- STAVRAKAKIS, Y. (2013): «La sociedad de la deuda. Grecia y el futuro de la posdemocracia». BADIOU, A., et al.: *El síntoma griego. Posdemocracia, guerra monetaria y resistencia social en la Europa de hoy*. Madrid: Errata naturae, pp. 9-28.
- STEENVOORDEN, E. y HARTEVELD, E. (2018): «The appeal of nostalgia: the influence of societal pessimism on support for populist radical right parties». *West European Politics*, 41(1): pp. 28-52. DOI: 10.1080/01402382.2017.1334138.
- STENNER, K. (2005): *The Authoritarian Dynamic*. Cambridge: Cambridge University Press.
- STREECK, W. (2011): «Las Crisis del Capitalismo Democrático». *New Left Review*, 71. <http://newleftreview.es/71>.
- (2016): *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Katz, Buenos Aires.
- SOLNIT, R. (2009): *A Paradise Built in Hell: The Extraordinary Communities That Arise in Disaster*. New York: Penguin Random House.
- SUBIRATS, J., et al. (2008): *Análisis y gestión de políticas públicas*. Barcelona: Ariel.
- y GARCÍA BERNARDOS, Á. (eds.) (2015): *Innovación social y políticas urbanas en España. Experiencias significativas en las grandes ciudades*. Barcelona: Icaria.
- TEJERINA, B., et al. (2013): «From indignation to occupation: A new wave of global mobilization». *Current Sociology*, 61(4): pp. 377-392. DOI: 10.1177/0011392113479738.
- TIMMINS, N. (1995): *The Five Giants. A Biography of the Welfare State*. London: Harper Collins.
- TODD, S. (2018): *El pueblo. Auge y declive de la clase obrera británica (1910-2010)*. Madrid: Akal.
- TORCAL, M. (2014): «The Decline of Political Trust in Spain and Portugal: Economic Performance or Political Responsiveness?». *American Behavioral Scientist*, 58(12): pp. 1542-1567. DOI: 10.1177/0002764214534662.
- TRAVERSO, E. (2018): *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- TRICIO, P. (2019): *La rebelión de los mayores. Porque la indignación no se jubila nunca*. Barcelona: Península.
- TROJANOV, I. (2018): *El hombre superfluo*. Barcelona: Plataforma Editorial.

- TRONTO, J. C. (2013): *Caring Democracy. Markets, Equality, and Justice*. New York/London: New York University Press.
- TUCKLER, D. y BASU, S. (2013): *Por qué la austeridad mata. El coste humano de las políticas de recorte*. Madrid: Taurus.
- UNGER, R. M. (1999): *La democracia realizada: la alternativa progresista*. Buenos Aires: Manantial.
- USATEGUI, E., VALLE LOROÑO, A. I. DEL (2019): *Retos educativos para la escuela y la familia*, Documento de trabajo 5.4. para el VIII Informe FOESSA. www.foessa.es/viii-informe/capitulo5.
- VAN DER WAAL, J., DE KOSTER, W. y VAN OORSCHOT, W. (2013): «Three Worlds of Welfare Chauvinism? How Welfare Regimes Affect Support for Distributing Welfare to Immigrants in Europe». *Journal of Comparative Policy Analysis*, April. DOI: 10.1080/13876988.2013.785147.
- VATTIMO, G. (2009): *Ecce Comu. Cómo se llega a ser lo que era*. Barcelona: Paidós.
- VESTRYNGE, J. (2008): «Cuando las barbas de tu vecino...». *El Viejo Topo*, 245: pp. 63-67.
- VIDAL, G. (2018): «Challenging business as usual? The rise of new parties in Spain in times of crisis». *West European Politics*, 41(2): pp. 261-286. DOI: 10.1080/01402382.2017.1376272.
- VILLASANTE, T. R. (2014): *Redes de vida desbordantes. Fundamentos para el cambio desde la vida cotidiana*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- VILLORIA, M. (2015): «La corrupción en España: rasgos y causas esenciales». *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, 15. <https://journals.openedition.org/ccec/5949>.
- WACQUANT, L. (2010): *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.
- WESTON, A. (2009): *El pensamiento atento. Compendio práctico de ética*. Cànoves i Samalús: Proteus.
- WRIGHT, E. O. (2014): *Construyendo utopías reales*. Madrid: Akal.
- ZAMAGNI, S. (2014): «El reto de la responsabilidad de la empresa». *Mediterráneo Económico*, 26: pp. 209-225.
- ZARAGOZA, J. M. y Moscoso, J. (2017): «Presentación: Comunidades emocionales y cambio social». *Revista de Estudios Sociales*, 62: pp. 2-9. DOI: 10.7440/res62.2017.01.
- ZIZEK, S. (2002): *El frágil absoluto o ¿Por qué merece la pena luchar por el legado cristiano?* Valencia: Pre-Textos.
- (2013): *El año que soñamos peligrosamente*. Madrid: Akal.
- y GUNJEVIC, B. (2013): *El dolor de Dios. Inversiones del Apocalipsis*. Madrid: Akal.
- , SANTNER, E. L. y REINHARD, K. (2010): *El prójimo. Tres indagaciones en teología política*. Buenos Aires: Amorrortu.
- ZUBERO, I. (2012): «Violencia, política e identidad». *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 4: pp. 325-341.
- (coord.) (2014): *¿Qué sociedad saldrá de la actual crisis? ¿Qué salida de la crisis impulsará esta sociedad?*. VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España. Madrid: Fundación FOESSA/ Cáritas Española, pp. 395-449.

- (2017): «El valor del trabajo en tiempos de precariedad: políticas redistributivas y mercado de trabajo». ZALAKAIN, J. y BARRAGUÉ, B. (coords.): *Repensar las políticas sociales. Predistribución e inversión social*. Madrid: Grupo 5, pp. 161-183.
- (2018). «El Tercer Sector como movimiento voluntariadista: una propuesta para repensar la identidad del TSAS desde el paradigma de la democracia del cuidado». *Revista Española del Tercer Sector*, 38: 43-68.